

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

A TRAVÉS DE TENERIFE



IMPRESA DE SUC. DE M. CURBELO. - LA LAGUNA

400-

Á TRAVÉS DE TENERIFE



FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

A TRAVÉS DE TENERIFE

SEGUNDA EDICIÓN

1923

LAGUNA DE TENERIFE
IMPRESA DE SUC. DE M. CURBELO
SAN AGUSTÍN, 47

Es propiedad de su autor.

A LA SOCIEDAD «SALÓN FRÉGOLI», NÚCLEO DE
ENERGÍAS Y ENTUSIASMOS JUVENILES.

DOS PALABRAS AL LECTOR.

PUBLIQUÉ hace mucho tiempo este libro que reedito ahora para salvarlo de la oscuridad y el olvido en que cayó tristemente andando los años. Es un canto de mis mocedades; un canto a la hermosura de la naturaleza. Aroman sus páginas los sencillos olores de los campos tinerfeños, y le dan sombra las umbrías de sus bosques recónditos, y están en él las luminarias sublimes de las puestas de sol de la Orotava.

Lo concebí y lo escribí en una época de irritadas luchas entre Gran Canaria y Tenerife, como ofrenda de paz llevada a las aras de la concordia isleña. Yo no he sentido nunca tales odios, inhumanos y perniciosos, abismo abierto por la violencia de la pasión ante los pasos de nuestra raza, morbo político-social de nuestros pueblos. Mi visión abarca el pasado, el presente y el futuro de la canaria familia, sin exclusiones ni reservas, íntegramente, y el amor a todo el país vive en mi alma de verdadero patriota. Quizá los que no ven tan alto ni sienten tan

hondo, me lo censuran; de fijo, no me lo perdonarán, porque habrá de serles imposible ensanchar sus corazones hasta colmarlos de un patriotismo ilimitado, de un regionalismo incondicional y absoluto. Ellos querrían hacer eternas las miserables discordias cuya corrocción ha debilitado y empobrecido la savia regionalista. Unos y otros, los de Tenerife y los de Gran Canaria que así proceden, están enfermos, están aquejados todavía de la vieja endemia.

Yo ofrezco este olvidado libro, en su segunda salida al público, con los mismos sentimientos y propósitos que me lo dictaron al publicarlo la primera vez. Contemplo en él la última sonrisa de mi juventud, sonrisa de arrobamiento deleitoso frente a la belleza de Tenerife. Torno a vivir con la memoria días lejanos que fueron felices y rípidos, días de primavera... Ha pasado desde entonces mucha agua bajo los puentes arrastrando mil despojos de la vida; desaparecieron, llevados hacia lo ignoto, seres y cosas que me fueron caros o propicios; podría poner al pie de cada página una nota que sería una queja y un sollozo. Todas ellas son ya, con respecto a las fechas en que las compuse, hojas secas, pétalos caídos, melancolía de otoño... La primavera se ha deshojado dentro de mí. Pero queda el sentimiento inspirador, como el perfume inmortal de las rosas votivas, aprisionadas entre las páginas de un íntimo breviario. Eso no muere...

Y todo va en la reedición sin agregaciones ni mudanzas. Hay que retroceder mentalmente, como yo retrocedo, para tomar el punto de vista y reconstituir el estado de espíritu que corresponden al instante de la publicación primera. Los nuevos lectores de mi obra acaso no sepan quién fué aquel hombre inteligentísimo y nobilísimo, modelo de caballeros, que escribió el prólogo, reproducido totalmente. Se llamaba José Aguilera, y amó la democracia de tal modo que sólo vivió para enaltecerla y honrarla, nativo prócer sacrificado a la causa del pueblo.

Otros quizá tampoco sepan quién fué don Domingo Aguilar, claro varón, espejo de todas las virtudes, el primer apóstol del culto forestal en Canarias. Ignorarán otros el valor de otras figuras, modestas o relevantes, que en el libro se mueven, por mí alzadas y evocadas.

Pero las conocerán ahora. Todo resurge, y se suelda con siluetas y paisajes vistos después, agrandando el marco primitivo de mis observaciones e impresiones tinerfeñas. En nuevas perspectivas, con matices nuevos, el cuadro se dilata siempre magnífico...

¡Ojalá sirviera A TRAVÉS DE TENERIFE, reeditado, para dar a conocer universalmente el conjunto de bellezas que Tenerife, y Canarias, atesoran!

Francisco González Díaz.

EDICIÓN DE 1903

A TENERIFE.

**EN PRUEBA DE SIMPATÍA, Y EN HOMENAJE A LA
NECESARIA UNIÓN DE CANARIOS Y TINEERFEÑOS;
MEJOR DICHO, DE TODOS LOS CANARIOS.**

EL AUTOR

PRÓLOGO

COMO si tratárase de que singular contraste diese mayor realce a las maravillas que encierra el Alcázar sevillano, que deja absortos a cuantos por primera vez lo visitan, hánlo rodeado los hijos de la ciudad del Bétis de negro y pesado murallón.

Al llegar a la desierta plaza, nadie podría sospechar que por el obscuro y aun medroso arco abierto en tan tosco muro se había de penetrar en la encantada mansión que atesora filigranas como el *Patio de las muñecas* y suntuosas é imponentes estancias como el *Salón de embajadores*.

Mucho nos tememos que el autor de A TRAVÉS DE TENERIFE haya tenido idéntico capricho que los paisanos de Tenorio y de Mejías, pues, como si sus brillantísimas descripciones y las galas de su hermoso y castizo estilo tuvieran necesidad de que contraste alguno las pusiera de relieve, ha manifestado el deseo de que vayan precedidas de este prólogo.

Una diferencia veo, sin embargo, y por ella debe felicitarse el lector. Para entrar en el Alcázar de Sevilla, no hay otro medio que pasar por el triste arco abierto en la negra muralla; pero el lector puede entrar de lleno a saborear los muchos primores que este libro contiene, sin imponerse la enojosa obligación de detenerse en el prólogo; sáltelo, que nada pierde en ello.

El hecho de que un hijo de Gran Canaria escriba y publique un libro que sea un verdadero himno en loor de otra isla hermana, Tenerife, debiera parecernos lo más natural del mundo, y no debiera extrañarnos que en sus descripciones y narraciones palpitará el acendrado cariño que dicha isla le inspirase ni el férvido entusiasmo y la admiración con que de sus innumerables bellezas nos hablara. Mas en las menguadas circunstancias en que vivimos, un hecho así supone gran dosis de valor moral, y el que lo realiza es digno de todo encomio.

Nadie ignora, en efecto, que, de algún tiempo a esta parte, hay quién no se da reposo en la odiosa labor de sembrar la cizaña, lo mismo en los campos de Tenerife que en los de Gran Canaria; quién, echando en olvido que en provincia alguna es tan necesaria como en esta la unión de todos sus hijos, por muchas causas que para todos debieran ser evidentes, sólo tiende a suscitar discordias; quién, sintiendo hondo pesar por el bien ajeno, no quiere com-

prender que lo bueno y grande que se haga en cualquier punto de una de las siete islas, honra a toda la provincia.

El Sr. González Díaz está muy por encima de todas esas miserias; el amor que por las Canarias siente en nada se parece al que a grito herido pregonan los que constantemente lo tienen en los labios, para que se crea que también lo llevan en el corazón; y por eso ha escogido este momento para publicar su obra, que, a sus grandes méritos une la condición de ser de actualidad, de ser un alto ejemplo que todos debieran imitar y que ha sido dado en la ocasión más oportuna.

Felicitemos muy sinceramente al Sr. González Díaz por esa prueba de valor moral, que le retrata de cuerpo entero, y tenga en cuenta que, si bien es felicitación muy modesta, no es para despreciada, sin embargo, porque no la prodigamos, y porque, no siendo nosotros de esta provincia, nadie podrá tacharla de interesada.

Con lo que en las anteriores líneas dejamos expuesto, hemos dado ya a conocer cuál es el asunto del libro que prologamos.

Tenerife, la isla de los campos incomparables; la de los hondos barrancos y los risueños valles; la que se viste de eterno verdor en los contornos de La Laguna y de Tacoronte, y de nieve en las alturas que circundan la montaña más esbelta del mundo; la que guarda en su seno esa mara-

villa sin rival que se llama Valle de la Orotava; sus habitantes y sus costumbres: tal es el asunto de la presente obra. ¿Habrà quién se atreva a motejarlo de falto de interés?

En lo que a nosotros se refiere, con todas nuestras simpatías hemos acompañado al señor González Díaz en sus excursiones A TRAVÉS DE TENERIFE. Y así tenía que ser, precisamente, puesto que por Tenerife sentimos idénticos cariños e idénticos entusiasmos que el ilustre autor de la obra a que tenemos el honor de poner prólogo, por más que nos aflija la desgracia de no poder expresarlo de la gallarda manera que él sabe hacerlo.

Aunque parezca una paradoja, cuándo queráis conocer si un hombre profesa verdadero cariño a un país, preguntadle si le importaría dormir allí el sueño eterno. Como si no nos esperàra igual podredumbre, cualquiera que sea el lugar en que hayamos de ser sepultados, la muerte se nos presenta menos fiera y repulsiva en unos puntos que en otros, y hay comarcas y regiones en las que no nos espanta la idea de que puedan quedar nuestros huesos.

Allá en los países del Norte, cuando pesado manto de nieve cubria la tierra, cuando el soplo helado de cruel invierno nos hacia estremecer, y negros nubarrones rodaban sobre nuestra cabeza, la idea de que la muerte pudiera sorprendernos en tales parajes nos oprimió el corazón muchas veces.

Nada parecido nos ocurre aquí, donde, por lo contrario, la que alguien ha llamado la gran vengadora, se nos presenta a nosotros revestida de dulzura infinita. Y a los que en tal estado de ánimo nos encontramos, las descripciones que el señor González Díaz hace con tanto amor de esta privilegiada región, nos produce análogo efecto que las suavísimas palabras con que el gran Espronceda convidaba al reposo y al no ser.

No, no se debe descansar mal en el seno de esa espléndida naturaleza que tan llena de atractivos y encantos nos presenta el autor de
A TRAVÉS DE TENERIFE.

Y una vez indicado el asunto de este libro ¿nos creeremos obligados a decir algo de la manera como está escrito y de las condiciones del estilo de su autor?

Hacerlo, sería casi inferir grave ofensa a los que se disponen á deleitarse con la lectura de esta obra del señor González Díaz.

Tratándose del primer publicista de Canarias, del fecundo escritor que no deja pasar una semana sin que alguno de los periódicos del archipiélago nos dé a conocer nueva prueba de su inagotable ingenio y de su vastísima cultura, ¿qué podríamos decir que nuestros lectores no se hayan dicho a si mismos en frecuentes ocasiones?

¿Que el señor González Díaz no sólo tiene

estilo propio, sino que es original, sobrio y correctísimo? ¡Buen descubrimiento!

En una sola de las cualidades que enaltecen al señor González Díaz como escritor nos vamos a permitir insistir breve momento.

En cuantos trabajos publique el autor de A TRAVÉS DE TENERIFE, cualquiera que sea su índole y el asunto de que traten, echaréis de ver que el señor González Díaz es de los contados escritores españoles que por nada ni por nadie descendería á donde el cieno pudiese siquiera salpicar sus plantas.

Amante y paladín de la verdad, sabe que a ésta no ha de serle grato más lenguaje que el que sea digno de ella y tenga algo de su augusta serenidad, ni que en su defensa se esgriman las mismas armas que se emplean en defensa del error y la mentira, a quienes place lo violento, procaz y destemplado.

Entusiasta adorador de la belleza, todo lo vulgar y chocarrero le es odioso y lastima profundamente su alma delicada.

Resplandecen, por tanto, en cuánto escribe el señor González Díaz una elevación, una nobleza y una placidez que encantan. Nada hay en sus obras que a mogigatería se parezca, y cada asunto lleva el lenguaje y estilo que requiere; pero sin que el autor se permita jamás traspasar ciertos límites. Con gran energía se eleva contra los errores que combate, mas sin que nunca

olvide que, como la dulzura no es la debilidad, tampoco tiene nada de común la violencia con la fuerza de la razón.

Y como no daríamos fin a este prólogo, si en él fuésemos a consignar todo lo bueno que pensamos del autor de *A TRAVÉS DE TENERIFE* y toda la admiración que nos inspira, aquí hacemos punto, quedándonos sólo el desconsuelo (y así terminamos casi de igual modo que empezamos) de que tan hermoso edificio lleve tan pobre fachada.

José Aguilera y Montoya.

San Cristóbal de La Laguna, 18 de Septiembre de 1903.

DOS PALABRAS

HABRÁ tal vez espíritus mezquinos, enfermos por haber aposentado ciertos microbios devastadores que abundan en nuestra atmósfera moral; habrá, digo, tal vez espíritus incapaces de aprobar la sinceridad y la nobleza con que este libro ha sido preparado.

Tanto peor para ellos. Este libro es una ofrenda al alma canaria, y el alma canaria yo no la concibo, no la puedo concebir partida en pedazos; en tantos pedazos cómo las islas son. Flotará siempre sobre nuestras luchas, consoladora y grande, una y eterna. En ella pienso, por ella trabajo, a ella le rindo mis modestas labores.

Probad a romperla vosotros los que sólo habéis conseguido agitarla. No la romperéis. Probad a apagarla. No la apagaréis. En pos de esas agitaciones pasajeras, recobrará la serena posesión de si misma. Las riñas familiares de la canaria gente, tendrán su término, porque hemos de aprender, al fin, que mientras nos peleamos, nos debilitamos y nos empobrecemos; que si

estamos unidos espiritualmente de una manera indisoluble, será en vano, será absurdo inferirnos heridas y desgarraduras materiales y físicas.

La raza vive como unidad, y no debe olvidar que la llama su destino...



Pero este libro sólo es un libro de impresiones. Quien busque en él otra cosa, se equivocará. Hícelo en su mayor parte de recortes periodísticos, y lo entrego a la benevolencia de los que se molesten y fatiguen leyéndolo. Si fuera algo, sería la obra de un artista desinteresado y generoso.

Y eso desearía yo que fuese, además de ser, en el sentido dicho, humilde ofrenda.

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR TENERIFE

(1902 - 903)

INTROITO

Mi vida es un desierto donde me estoy muriendo de hambre, de sed y de frío. En la soledad y el silencio que habitualmente me rodean, mi pobre corazón languidece como una flor en la obscuridad. Sobre mi cabeza han caído nieves tempranas. Llevo en mi interior una fiera que necesito domar y cansar: la neurastenia, cuyas manifestaciones principales son angustia, tristeza, desesperanza y duda indescriptibles. Me siento mordido rabiosamente, insultado, abofeteado, lapidado, herido; busco las marcas físicas de las heridas, olvidando ¡necio de mí! que están por dentro y que por dentro sangran. ¡Cuántas veces sube la hiel a mi boca y me la trago, en lugar de escupirla al rostro de los muchos imbé-

ciles que se cruzan en mi camino y a quienes desprecio!

Juzgad si vivir de esta manera es vivir. Ni un minuto de calma moral, ni un segundo de perfecta bienandanza. Como no bastaban mis propias tristezas y mis propios dolores, recojo los dolores y las tristezas de los demás para abreviar siempre amargura. Huyo de la turba innoble de la gran aldea. Con razón pude decir hace poco a los obreros de Santa Cruz:—¡Soy espantosamente desgraciado, y éste es el mejor título que invocaré para con vosotros, que ahora estáis aprendiendo a ser felices! Desde la zona tórrida me han transportado a los hielos, y antes me será posible morir que aclimatarme.

En el movimiento, en el cambio de horizontes, hallo alivio a mis espantosos dolores morales. Una breve temporada de rigurosa dieta literaria me ha reanimado; una serie de excursiones por la campiña de Tenerife me ha devuelto el sueño, el apetito, la confianza en mi mismo, ya que no la alegría, y el afecto hacia los otros. He tenido éxitos, obsequios, agasajos inmerecidos, pero ¿por qué negarlo? halagadores. He encontrado gentes bondadosas y amables que me han reconciliado con la existencia y me han hecho creer de nuevo en la amistad. Me he acercado al Teide para medir mi pequeñez, y lo he visto tranquilo, con una tranquilidad que le envidio; ¡él, que podría, si quisiera, aniquilarnos a todos!

He registrado hasta el último rincón de la deliciosa vega lagunera y he penetrado en el bosque virgen del Agua García, donde hubiera deseado quedarme para siempre, plantando mi tienda de salvaje a la sombra de un árbol secular. He contemplado puestas de sol inverosimilmente hermosas. ¡Cuánto oxígeno vital he recogido en mis pulmones! Traigo conmigo ráfagas, esplendores y perfumes del inmenso espacio. Ya no me parece tan innoble la baja turba de la gran aldea. Y ahora, otra vez a trabajar. Cerraré de nuevo mi puerta y entrará de nuevo en mí la melancolía del crepúsculo.

He estado demasiado grave en el *introito*, ¿verdad? Es un intervalo lúgubre. En medio de sus forzadas risas, lanza el payaso un grito de dolor. Pero luego torna a embadurnarse la cara y continúa riendo por fuera y llorando por dentro.

EL DOCTOR CHIL (1)

LA última de *las cosas* del doctor Chil ha sido una cosa hermosísima, que bastará para hacer entre nosotros imperecedero su nombre.

Ha legado al Museo Canario su casa-habitación y su bien nutrida biblioteca, queriendo así velar desde Ultra Tumba por la suerte del Establecimiento científico a cuya prosperidad consagrara en vida sus mayores afanes y sus más ardientes desvelos.

(1) Estando yo de temporada en la Orotava, recibí la noticia de la muerte del inolvidable doctor Chil, y consagré a su buena memoria este artículo. Por eso lo incluyo aquí, como incluyo, además, algunos otros en la Orotava pensados y escritos, que aunque, aparentemente, no concuerden, tienen interno enlace.

De esta manera Chil se continúa en el Museo y el Museo se continúa en Chil. La muerte no podía separarlos. El tomó sus disposiciones para que no los separase, y juntos seguirán en lo futuro, como juntos estuvieron en lo pasado. El testamento en que esa perpetua unión se consigna, es, lo repito, una bella *cosa* póstuma del *carísimo hermano*.

¡Y tuvo tantas! Rasgos originales, gallardos, generosos, sorprendentes, patentizan por igual su ingenio y la nobleza de sus sentimientos. Tenía fisonomía propia, que en esas singulares formas se expresaba. Las gentes vulgares, incapaces de comprenderlo, llegaron a decir, sin meterse en averiguaciones: —Cosas del Dr. Chil. Y desde tal instante, el doctor quedó reconocido por una de nuestras indiscutibles especialidades, pero no logró entre los que solamente veían las apariencias ser tomado en serio.

Lo serio, sin embargo, estaba en el fondo de su carácter. No había sino buscarlo, explorando, ahondando. Debajo de aquella máscara volteriana, agitábase algo que no encontraba expresión exterior más que en ciertas ocasiones señaladísimas, y que, de ordinario, permanecía oculto. La risa burlona, saltando siempre en los labios de Chil, no lo profanaba. Era el culto de la patria y el culto de la ciencia.

Por la ciencia y por la patria lidió infatigable. El Museo Canario es su gran timbre bajo este

doble aspecto. El pueblo, que supo asociar los dos nombres, lo llamó el *Museo de Chil*. Así merece llamarse, sin ofensa para los demás patricios beneméritos cuya cooperación entusiasta en la magna obra confesamos y agradecemos.

Pero Chil era el último de los briosos sostenedores, y después de haberle dado al Museo su actividad, su inteligencia, dále ahora al morir una buena parte de su fortuna. Le dió, pues, todo lo que pudo darle. Además, Chil lo popularizó. Los pilluelos decían, cuando veían pasar algún tipo excesivamente raro:— *Vamos a llevarselo a don Gregorio*.

Porque sabían que don Gregorio andaba siempre a caza de rarezas, de curiosidades para su *Museo*. En esta forma aparecíaseles, como un coleccionador insaciable que nunca acababa de llenar su saco. *¡Al Museo!* era la frase adoptada por la pillería del arroyo cuando se proponía lanzar sobre alguien la suprema burla. Los raros, los feos, los extravagantes, estaban incluidos en la sentencia.

La figura del doctor Chil no será con facilidad olvidada. Sus obras patrióticas y sus genialidades asegúranle la perduración en la memoria de sus coterráneos. ¿Cómo olvidar aquella mascarada famosa en que don Gregorio hizo de Guarnarteme y lucida comitiva guanchesca le siguió por las calles de Las Palmas, postulando para los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura, en

tiempo de sequía y de miseria semejantes a las que hoy hacen sentir sus rigores sobre las desdichadas islas? Con lo recaudado entonces comenzó a abrirse la carretera que de Chil se nombra y que en los nuevos planos municipales, está llamada a ser el mejor paseo de la ciudad.

Las humoradas de nuestro excelente doctor llenarían un volumen si se escribieran. Acompañóle la alegría constantemente en su no breve existencia, y le inspiró muchos dichos y hechos agudos y salpimentados. Jamás pasaba por el puente de Verdugo, sin decir a los mozos de cuerda que allí se estacionan:—Hermanos, pedid que me muera pronto: un duro se os dará para que me llevéis con cuidado al cementerio.

Esta broma fúnebre ya se ha convertido en realidad.

El doctor Chil ocupaba un puesto distinguido en las ciencias antropológicas. Sus estudios sobre las islas Canarias, aunque inconclusos y deficientes, merecen estimación. Era muy conocido en Francia, donde su nombre aparecía con frecuencia en los periódicos científicos. Presidió un Congreso de Antropología, compartiendo semejante honor con el insigne Broca. Cuando hace poco estuvo en París, formó parte de otra ilustre asamblea del mismo género, pronunció un discurso en francés relativo a antigüedades canarias, y fué agasajado por el príncipe Rolando Bonaparte, ese *amateur* de la ciencia.

Perdemos una personalidad notable, mal comprendida generalmente, pero a quién se ha de hacer justicia completa. Yo, por mi parte, pierdo en el *hermano carísimo* un amigo entusiasta, siempre pronto al aplauso y al consejo.

ARBOLES

CUANDO miro las arboledas que circuyen al hotel Taoro, no puedo menos de recordar los pelados cerros que rodean a Las Palmas, y hacer comparaciones, no muy agradables para nosotros por cierto.

En pocos años esta zona se ha transformado completamente, gracias al plantío de árboles en gran escala. Donde antes no había sino escorias volcánicas, hoy espesas frondas alegran la vista, y embellecen el paisaje, y refrescan la atmósfera atrayendo la humedad. Cambio tan grande ha sido obra de un hombre que lleva el culto de la arboricultura hasta el fanatismo, e incansable lo practica. Su esfuerzo inteligente trocó las tierras baldías en tierras productivas y feraces donde árboles y flores a porfía medran. Para ello hubo

de emprender trabajos colosales, variar la faz del terreno, enmendar la plana, como si dijéramos, a la naturaleza; pero lo hizo, y lo hizo maravillosamente. No menos de veinte mil árboles, plantados en el espacio de unos cuantos años, realizaron la transformación.

Impresiones de belleza, abundancia y alegría, sustituyeron a las impresiones de tristeza, abandono y esterilidad que suscitaba la contemplación de aquellos sitios. La vida vegetal los ha hecho risueños, los ha hecho prósperos. El arbolado los ha hecho hermosos. La labor humana los ha conquistado para el cultivo y para la cultura.

A un hombre de voluntad entusiasta e inquebrantable se debe. Ese hombre es don Domingo Aguilar, un hijo de Las Palmas, que con su ejemplo nos invita a hacer otro tanto. ¡Él transformaría nuestra ciudad, convertiría sus secos alrededores en amenos jardines, la dotaría de buenos paseos públicos, cubriría de verdor sus *riscos* desolados!

Efectuaría por sí sólo lo que nuestras autoridades, nuestros administradores municipales, en tanto tiempo, ni siquiera han concebido. Arbolando se civiliza, se hace higiene, se procura salud y se presta embellecimiento a las poblaciones. Por eso, en los países verdaderamente cultos se estimula de mil modos la plantación de árboles, y aun se crean sociedades cuyo único

objeto es fomentarlos, recompensar a los que los planten. En cambio, nosotros solemos ofrecer recompensa a los que los destruyen.

Con semejante proceder nos acreditamos de bárbaros y nos notamos de imprevisores. ¡Cuánto no había de ganar Las Palmas, cuánto no había de mejorar su aspecto, desde que sus alturas, hoy tristísimas por lo estériles, se cubrieran y adornaran de arboleda! En el clima mismo experimentaríamos pronto beneficiosamente los efectos de las masas vegetales, que mantienen una fresca agradable.

La prensa debe propagar estas útiles verdades, y debe cooperar con una activa y celosa propaganda a que se conviertan muy pronto en realidades para bien de nuestro país. Plantemos árboles, que plantándolos laboramos y edificamos. (1)

(1) Este artículo fué el primero de una larguísima serie que he escrito sobre el mismo asunto.

EL CERTAMEN

Los primeros Juegos Florales de Canarias, celebrados en la Villa de la Orotava, han dejado grata memoria. Quise asistir a la fiesta, y presencié conmovido el triunfo de los campeones del gay saber. Jamás fiesta alguna de su clase tuvo por escenario un cuadro parecido.

No necesitó la Orotava vestirse de gala para la poética solemnidad. Gala es siempre su arreo, diadema fragante y con rica profusión esmaltada ciñe la perezosa sultana del Valle hasta en lo más avanzado del invierno, cuándo el Pico se viste y se recama de pedrería ofuscadora. No se despierta nunca con frío, ni sabe lo que son los latigazos del viento huracanado, las mordeduras y los arañazos de la borrasca enemiga. Flora le vierte en las faldas su canastillo y Céres su

cuerno; ambas diosas la miman y la obsequian en competencia.

En los días tibios del verano, la Orotava se muestra llena de esplendor y de gracia. Desaparece el hielo de la ingente cumbre, aquel imperial tesoro, pero en el campo una expansión de vitalidad corre poderosa y se resuelve en música; música que por donde quiera levanta un acorde, una armonía. Diríase que las mismas piedras tienen voz y cantan.

A mediados de Junio, fué la fiesta de los poetas. Cuantos la presenciamos, poetas nos sentimos, bien que no supiéramos decir en tiernas endechas como Antonio Zerolo, como Tabares, o como Figueroa, las alabanzas y loas del Valle. El doctor don Tomás Zerolo las cantó en prosa, poéticamente. La reina del torneo reinó de veras sobre el Valle y sobre nosotros. Aquella noche por contagio, floreció mi pensamiento, floreció mi pluma...

TACORONTE

EN esta excursión a la Orotava, cómo en las demás que he emprendido recientemente para visitar distintos puntos de Tenerife, me acompañan nobles y afectuosos amigos que extreman el cumplimiento de los deberes de hospitalidad. Nunca podré agradecerles bastante sus finas atenciones. Quede aquí consignado el testimonio de la profunda gratitud con que correspondo a ellas y el propósito que formo de pagarlas bien, cuando llegue la ocasión de pagarlas.

La campiña tñnerfeña ofrece, desde La Laguna en adelante, una serie de paisajes encantadores. Primero son los campos laguneros, las llanadas de los Rodeos feraces dilatándose hasta las montañas que los encuadran y los limitan, coronadas de vagarosa niebla; luego son Tacoronte, la

Matanza, la Victoria, Santa Úrsula, una sucesión de pueblos lindísimos que se asoman sonriendo por entre la verdura y nos saludan enviándonos el perfume de los rosales silvestres y de las madre selvas trepadoras. Las flores suben hasta los campanarios para mandar al cielo su aroma junto con el incienso de los altares y la plegaria sonora de las campanas.

Tacoronte aparece en una gran depresión del terreno, como un vasto jardín sembrado de casas y de quintas. El caserío, disperso, presenta un conjunto que puede llamarse bello desorden artístico; aquel confuso agrupamiento es hermoso sin ajustarse a la severa regularidad. Apenas hay calles. Las viviendas están diseminadas en medio de espaciosas huertas o deliciosos parteres. El mar, color turquí, completamente dormido, rima con leve rumor el sueño del pueblo, tendido a la sombra protectora de sus dos iglesias, una de las cuales sirve de santuario al famoso Cristo cuya fiesta se celebró hace poco. Allá arriba, el Hotel Camacho despliega su arquitectura ligera, semejante a un palacete recortado en cartón.

Ya amarillea en los campos el otoño. Nos envuelve el remolino de las hojas que se van, y hasta en el rostro de los campesinos, que cantan a la puerta de sus hogares, se refleja un tinte melancólico. Sin embargo, no lo tienen ellos, mi imaginación se los da. El preludio autumnal

siéntese tan sólo en el fondo del alma cómo un hálito interior de dulce tristeza. La tierra nunca se pone triste ni fría en nuestros climas; no se viste de luto en el invierno, ni siquiera de medio luto. El invierno no hace más que *desteñirle* un poco las vestiduras estivales. Aquí las estaciones, consideradas en relación unas con otras, son propiamente *atenuaciones*.

Una apacibilidad bucólica se exhala de cuanto nos rodea. Tacoronte todo es una inmensa égloga cuyas figuras vivientes nos salen al paso y nos convidan a gustar las delicias arcádicas prolongando el embeleso de esta contemplación.

Pero el hambre grita desesperadamente en nuestros estómagos, y la Matanza nos espera. En la Matanza hay una fonda donde hubieran podido saciar su elefantino apetito varios Gargantúas. ¡A la Matanza, pues!

Mataremos el hambre en el mismo lugar en que la antropofagia de la guerra consumió una espantosa mortandad de seres humanos obligados a exterminarse sin misericordia. Allí se han conjugado y se conjugan los dos grandes verbos: matar y comer. Para alimentar a los viajeros que pasan, *la matanza* se continúa indefinidamente en *los gallineros*.

LA MATANZA

DESDE la Matanza divísase un panorama hermoso que la fotografía ha popularizado. El Pico se ve en una de sus *actitudes* más soberbias; digo actitudes porque mi imaginación se empeña en atribuir a la enorme montaña una personalidad tiránica y avasalladora. Es el Padre Teide, a cuyas plantas las islas reposan ceñidas de la nieve cándida de la espuma, formando un coro de gracias. A todas por igual las custodia y se me figura que cuando se despierten otra vez sus cóleras de padre enloquecido, a todas por igual las matará.

En Tenerife no se puede dar un paso sin que la vista tropiece con la pavorosa mole gigante. Parece que se mueve, parece que amenaza; dominadora del espacio, su serenidad inalterable

infunde respeto y miedo a un tiempo mismo. ¿Rugirá el monstruo algún día? De su boca se escapa un débil aliento, respiración de titán dormido. Por ahora es el buen Padre Teide, vigilante y callado. Siempre está presente; hasta cuando la bruma lo envuelve y los nubarrones lo ocultan, *siéntesele respirar*. A él lo referimos todo; las pequeñeces y las grandezas. Como la imagen del rey, la imagen del Teide preside el hogar tinerfeño.

Y es otro rey, monarca omnipotente, Júpiter de la naturaleza. Se ha tragado sus rayos; pero ¡ay de nosotros el día que le ocurra, en un raptó colérico, echarlos de sí! Hoy se nos muestra propicio, benévolo, risueño diría si los titanes pudiesen sonreír. Por lo menos ha desaparecido su ceño adusto. Destacándose entre la luz difusa de esta plácida tarde, su mole soberana no brilla, relumbra. Se ha vestido el Padre Teide un blanquísimo albornoz, y luego lo ha dejado escurrir hasta sus faldas, y se ha quedado con el colosal cuerpo desnudo; el turbante le flota hecho girones. Las albas nubes se extienden como almohadones a sus piés. ¡Qué hermoso estará cuando se ponga, único competidor posible del cha de Persia, todos sus diamantes!

Vale la pena venir a la Matanza, aunque no sea sino para comer y para ver el Pico. El pueblo es pequeño y nada ofrece de particular. Lo mejor del pueblo es la moza Gabriela, renom-

brada en Tenerife y aun en el Archipiélago. Se llama así una bella sirvienta de una de las dos fondas que en el lugar existen; Venus-Maritornes, que tiene por santuario la cocina y por trono el fogón. Cuantos por aquí pasan, desde el mozo de mulas al caballero linajudo, le llevan el homenaje de sus adoraciones. En la casa es un talismán; garantiza el bienestar del establecimiento atrayendo y subyugando a los viajeros. Asegúranme que ya ha dejado de ser mascota; pero sigue siendo sirena. Bonita como un amorcillo, resistente a los asedios como una sólida fortaleza.

No es una hermosura maciza, cual suelen abundar por estos campos, sino una belleza delicada, un palmito finísimo. Con su pelo en *bandeaux*, su naricilla caprichosa y sensual, sus negros ojos fulgurantes y sus frescas sonrosadas mejillas, recuerda la Venus del Tiziano más que las mujeres de Rubens. También nosotros la visitamos. Hallámosla ocupada en desplumar pulcramente una gallina con sus preciosas manos que habían despellejado las salpicaduras del agua caliente. Estaba coronada de zumbantes moscas y aún tuvo humor para sonreírnos, y para contestar con mucho ingenio a los piropos y pullas que le dirigiera Crosita, el incomparable *Crosita*.

¡Pobre Gabriela! Volvemos a la otra fonda huyendo del mosquerío y comemos como unos cardenales. ¡Almuerzo inverosímil en sitio tal!

Siete platos, buenos todos: dos pesetas cincuenta céntimos el cubierto... Y en las paredes del comedor hay unos carteles donde se avisa a los comensales que, por razón de la carestía de los artículos, la dueña de la casa se ha vistó precisada a aumentar en cincuenta céntimos el precio de las comidas, que antes no pasaba de dos pesetas.

Despachamos alegremente el banquete. Crosita, inspiradísimo, pronuncia siete brindis en distintos idiomas, tantos como platos. Suárez-Corvo improvisa unos versos. Los demás excelentes amigos rien y comen.

Otra visita a Venus-Maritornes, en la que Crosa le busca el ceñidor y sólo le encuentra el delantal. Al tomar de nuevo el coche para seguir el viaje a la Orotava, todos declaramos convencidísimos:

—La Matanza... es Gabriela.

PUESTA DE SOL

Los pueblos del trayecto siguen saludándonos desde los floridos lechos en que se reclinan, sesteadores y risueños. Nos envían besos perfumados, nos dicen adiós con los mismos cantos que los campesinos elevan para despedir al sol poniente.

Y el sol también saluda a la tierra antes de retirarse en medio de una fiesta del cielo que nadie, ni el pintor más inspirado, ni el escritor más poderoso, lograrían describir. Se admiran pero no se describen esos espectáculos superiores a cuantos medios de expresión tiene el arte humano. El pincel y la pluma se acobardan, se escurren, se caen de las manos que como instrumentos de creación los mueven, en presencia de tanta y tan incommunicable hermosura. Sin asomos

de paganismo puede decirse que Dios es el sol; pero jamás me ha parecido que lo fuese tanto como esta tarde a la hora solemne de la agonía de la luz.

Hubo primero una vastísima licuación de oro en el espacio. La turquesa del cielo y la esmeralda del mar se esmaltaron de rayos difusos; los rayos, reunidos en hacesillos, fueron pronto ráfagas deslumbradoras; las ráfagas, como luminosas pinceladas en el azul, tomaron formas diversas y fingieron columnas incandescentes, capiteles encendidos, cresterías rutilantes, la arquitectura sublime de un tabernáculo; nubes empapadas en ideales colores rodeaban como reclinatorios para los ángeles y para los santos aquel trono del Ser Supremo. El astro se disolvía en una lluvia de destellos que a cada segundo, por obra de inconcebibles combinaciones, afectaban una nueva milagrosa apariencia. Y, sin embargo, aquello no era sino la preparación del cuadro.

Poco después, su aspecto cambió completamente. Desapareció el tabernáculo, fundióse el oro de nuevo y se derramó en chorros, en reguerros resplandecientes que fueron formando montañas en fusión, gloriosos monumentos, duomos, torres, agujas, columnatas, botareles, pórticos y frontones, basílicas, coliseos y palacios, calles, plazas y camposantos. Una ciudad fantástica, fabricada de vapores y de resplandores, surgía

en los aires. Por los bordes de las nubecillas sonrosadas, asomaban puntas de alas angélicas. Un lago se abrió entre las edificaciones portentosas, una faja de un verde que yo llamaría *soñado*, tan limpio era, y tan puro. El sol, al morirse, se entretenía en estos inimaginables juegos de luz, e indudablemente había *Alguien* detrás del sol...

¡Escenógrafo divino que pintas estas decoraciones del ocaso, yo te adoro de rodillas!

Hicimos detener el coche y efectivamente nos arrodillamos. Crepúsculos como el que he tratado de recordar en frases incoloras, son frecuentes aquí durante el invierno. Desde los balcones del hotel Taoro los admiran con la boca abierta los huéspedes ingleses cantando el *god save the king*. El valle es muy bello; pero a tal hora su belleza se obscurece ante la magnificencia solar. Es sólo un anfiteatro dispuesto por la naturaleza para ver el espectáculo de los espectáculos, para ver como muere el sol.

EL TAORO

HE vuelto a ver el grandioso hotel Taoro, una de las cosas más notables que hay en Canarias. Siempre que lo veo me produce la misma impresión de grandeza que aplasta. Es, sí, lo grande en medio de lo bello. Me hace pensar en los palacios reales abandonados por los reyes a quienes expulsa la revolución, y asaltados por la burguesía triunfadora.

Pero al Taoro también vienen como huéspedes reyes acompañados de preciosas mujeres. Tres años ha, el de Bélgica estuvo aquí. Ahora anuncia, según creo, su segunda visita. La primera vez trajo consigo una hermosísima flor humana cogida para regalo de su real alcoba en los jardines mundanos de París. Luis Figueroa, relamiéndose, me la describe como una suprema tentación.

Dice que, vista entre las rosas, era la más grande y la más bella.

Luis Figueroa es poeta, aunque el maleante *Gedeón* diga lo contrario, por seguir la broma. Es poeta sensual que canta las maravillas de la carne y, cuando desarrolla en prosa o en verso su tema favorito, hace gala de una elocuencia irresistible. Como abogado tiene triunfos jurídicos, pero el mayor lo conquistaría si hubiera de defender a una nueva Fryné desnuda y pecadora, o a una nueva Magdalena antes del arrepentimiento.

Por las galerías y salones del hotel vaga como un alma en pena mi imponderable amigo don Domingo de Aguilar. Prepara la casa, que recibirá pronto a los primeros invernantes; da los últimos toques de acicalamiento al enorme edificio, manda suavemente la maniobra como un *gentleman* hecho contra-maestre. Sin embargo, su suavidad resulta más eficaz que la mayor rudeza, por que aquel hombre es un perfecto caballero, y los caballeros perfectos no necesitan desgañitarse para ser respetados y obedecidos. Cual siempre, me abruma con sus agasajos. Yo no puedo corresponderle, sino diciendo lo que queda dicho. Son tan deliciosos estos lugares que si pudiera olvidarme de la tierra de Gran Canaria, donde nací, donde tanto sufro, desearía quedarme en ellos para siempre y que bajaran mi ataud por estas floridas sendas hasta aquel

rinconcito del Puerto de la Cruz, hermoso y triste.

Al Puerto vamos, descendiendo por la inmensa gradería de bosques y jardines que empieza a desarrollarse junto al Taoro. Mirado desde abajo, el hotel parece un gigantesco castillo del Rhin con su feudo a las plantas.

Una agradabilísima comida íntima pone fin a esta jornada inolvidable. Me acompañan Benito Pérez Armas y Luis Figueroa, dos poetas empeñados en extraviarse por los caminos del positivismo. Figueroa ¡horror! se va a casar. Benito Pérez está dedicado a alumbrar aguas, y mientras las encuentra y las alumbra, mantiene ociosa su pluma, que tantos regalados frutos podría darnos. Deseo que esa pluma sea por el momento la varita de Moisés, y que luego nuevamente florezca y fructifique. *

Como los tres somos en más o menos grado soñadores, durante la comida el amplio comedor se puebla de aladas metáforas y paradojas que vuelan sobre la mesa como mariposas nocturnas. Un escéptico, un pagano y un ecléctico encantador se han juntado. A los postres, estamos de acuerdo en un punto: declaramos que mirada a través de las ventanas del Taoro abiertas sobre el valle, sobre el océano, sobre las frondas tupidas y saturadas de intensos perfumes, en aquella quietud paradisiaca en que todo duerme y todo sueña, se embellece mucho la abominable vida.

El Sr. de Aguilar cree lo mismo que nosotros.

LA LAGUNA

LA Laguna, invadida por los veraneantes, que cada año aumentan, cobra animación y alegría. Interrumpe su habitual tristeza, se endominga aún en los días ordinarios, abandona su actitud perezosa de matrona que dormita soñando en glorias pasadas. Sus calles se llenan de ruido, las amplias salidas a sus campos hermosos ven pasar alegres peregrinaciones, largas comitivas en dirección de los pintorescos alrededores, San Diego del Monte, Tejina, Tegueste, Las Mercedes. Los domingos, durante la temporada estival, en la ciudad no se encuentra un coche disponible, una vez transcurridas las primeras horas.

Las fiestas del Cristo y de San Miguel atraen grandísima concurrencia de forasteros, la primera

sobre todo. (1) Es un espectáculo sublime aquel que se admira a la entrada del Crucificado en su capilla suntuosa, volviendo de recorrer La Laguna engalanada, reverente y postrada de hinojos. La lenta procesión detiene su paso; Cristo en la Cruz, con las carnes acardenaladas, los ojos muertos, dolorida la faz augusta, parece enderezarse alegrando un momento su mortal agonía para sonreír a los que le bendicen, le rezan y le aclaman. La fe que le contempla cree verle efectivamente risueño. Y a sus pies abiertos, llagados, lívidos, deposita un tributo colosal en que se mezclan todos los dones y todos los ofrecimientos.

La sencilla devoción campesina se dá con ímpetus fogosos en un raptó extraordinario que conmueve la vasta plaza de San Francisco, donde Dios triunfa. El espacio se llena de delirante amor místico, expresado en formas paganas. Los aldeanos venidos de los contornos gritan, cantan y bailan el *tajaraste*, cual si quisiesen regocijar al divino humillado, al divino entristecido. El velo negro del crepúsculo se rompe, se quema y se deshace en chispas, al estruendo de una pirotécnica formidable que imita un terremoto. La Pasión, simbolizada en aquella Cruz, se convierte en gloria. La noche, incendiada,

(1) Vi la fiesta del Cristo hace muchos años; pero la impresión entonces recibida no muere en mí.

truécase en día radiante y triunfal. Cristo sonríe, gozoso en medio de su martirio.

De las colinas surgen llamas; en las calles el mirto esparcido y las flores deshojadas embalsaman los pies de los transeuntes; un rumor inmenso formado por millares de voces llega desde muy lejos trayendo a Cristo vencedor la adoración de sus fieles en una gran plegaria de la Naturaleza. La Vega entra en la ciudad. El pasado viene al presente. Hasta las carcajadas báquicas suben como un homenaje, en competencia con el serpenteo de los cohetes.

Toda La Laguna es templo aquel día, templo que sufre numerosas profanaciones, porque la muchedumbre en fiesta, aunque piensa en Cristo, concluye por adorarlo paganamente. Cristo, sin embargo, sigue sonriendo bajo su corona de espinas, dispuesto a desprender sus clavados brazos y a bendecir la grey creyente que le exalta.

.

La Laguna es templo, repito, aquel día. Lo es siempre. Nunca cesa de oirse el gemido o el canto de sus campanas, lenguas de bronce que mantienen interminable conversación con lo infinito. La bella y simpática ciudad, con sus

históricas vejeces, es un gran museo. No la describiré para que no se diga que trato a estas horas de describirla. Deberían cercarla de una verja y dejarla entregada al sueño. Cada golpe descargado sobre su vetustez, la profana. Su reposo es el reposo solemne de la historia.

AGUA - GARCÍA

EL día que hicimos la excursión al bosque del Agua-García, no encontramos en La Laguna un sólo carruaje de alquiler disponible. Las cocheras estaban vacías porque se había organizado otra gira de placer a las Mercedes, en que figuraban el grupo veraneante casi íntegro y las más distinguidas familias de la ciudad.

Dolíanos dar por fracasado nuestro plan. A falta de coche, un carro,—dijimos,—y en demanda del carro fueron dos o tres de la partida prometiendo traerlo tal y tan bueno y tan cómodo que no nos dejara echar de menos otro mejor vehículo. Al cabo de breve rato estuvo delante de nosotros una carreta capaz como para diez personas, montada sobre grandes ruedas, cerrada a los costados por una doble

baranda y en la parte trasera por un tablón corrido; provista de banquillos de palo, bastante parecida, según imaginé, a aquellas carretas en que la Revolución Francesa expedía sus víctimas a la guillotina. Mandábala un hombre formidable, de recia musculatura, hercúlea complexión y poderosas mandíbulas; un *luchador* canario de la edad heroica cuyo nombre me dijeron y no recuerdo ahora, ni me importa mucho recordarlo.

Miré al coloso con respeto. Sus puños macizos, a poco que tirasen de las riendas, debían romperlas, y a poco que acariciasen unas narices, debían aplastarlas. Aquel hombrachón, empotrado en estrecho asiento, hacía temblar el armatoste bajo el peso de su humanidad, y bromeaba y reía con esa benevolencia propia del fuerte que significa «ni temo ni provocho, y por eso me humanizo». Los gigantes suelen ser así, accesibles, benignos, hasta mansos. Igualan la pachorra del camello y la mansedumbre del elefante que, representando el sumo grado de la fuerza, la guardan siempre en reposo.

El carro y el carrero parecieronme mágicos. Pensé en las hazañas de Hércules, y me creí invitado a una descomedida e imponderable aventura. La verdad es que nunca me he divertido tanto como en aquel viaje realizado vulgarísimamente; pero lo original resulta a veces del exceso mismo de lo vulgar, y entonces resultó.

Apenas hubimos emprendido la marcha, empe-

zamos a saltar como títeres. El conductor, inmovible en su pescante como una humana roca, no saltaba, sino que a compás de los acentuados movimientos del carromato columpiábase magestuosamente. Bajaba y subía aquella mole incrustada en la delantera, mientras nosotros, zaran-deados, traqueteados, sufríamos a cada salto violentos entre-choques. En un barquinazo, *Por amor y por dinero* fué a chocar con *El Cristo de La Laguna*; es decir, que Suárez-Corvo chocó con Vilela.

Acudimos en su socorro y les volvimos a su sitio. Otros expedicionarios se derrumbaron después, cual torres vencidas por el terremoto. Nadie podía tenerse, a causa de las tremendas sacudidas y los fortísimos bandazos. El descomunal automedonte hacía tomar a su caballo un trote que nos descuadernaba. El carro chirriaba, chillaba, gemía, produciendo un ruido atroz de hierros viejos desencajados y removidos. Recordé una frase de Víctor Hugo, una de aquellas metáforas que caracterizan la sublime barbarie de su estilo. Nuestro auriga «parecía un demonio arrastrando el trueno».

Súbito, cruje el banco de una de las bandas, nos tumba a varios y de nuevo padece dolorosa caída *El Cristo de La Laguna*. Gemidos, protestas, risas, burlas. En este preciso momento de nuestro naufragio ridículo, pasan unos coches con ingleses que vienen del hotel Tacoronte bajo

la conducción de su dueño el orondo portugués Camacho.

Crosita entabla con el gran don Luis en lusitano macarrónico, uno de esos diálogos que constituyen quizás la más curiosa de sus especialidades.

—Vamos de *brincadeira*,—concluye por decirle.

Camacho a su vez habla con los britanos, que se ríen suavemente de nosotros.

—¿Lo ven ustedes?—nos dice Crôsa. De seguro les está contando a sus huéspedes alguna pintoresca historia en la cual aparecemos nosotros como caprichosos señoritos, hijos de marqueses o condes, que, por variar, vamos en carro pudiendo ir en carroza.

Entre tumbos y brincos, caídas y topetazos, llegamos por último al término del viaje que podíamos hacer en carreta. Desde allí, moribunda ya la tarde, tendríamos que acometer una caminata hasta el Agua-García, cuya grande y solemne hermosura intentaré describir en otro artículo, aunque dudo de conseguirlo.

HACIA LA SELVA OSCURA

DEJAMOS el carro y seguimos a pié hasta el monte del Agua-García, distante lo menos media legua de aquel lugar en que habíamos cambiado la locomoción animal por nuestra propia locomoción. Los últimos momentos de un día alegre y radioso, traíannos mil rumores concertados como de un epílogo musical de la Natufaleza. Respirábamos y absorbíamos, disuelta en el ambiente suave, una poesía melancólica que hasta de los campos en rastrojo se exhalaba. Era el *bel morire* en que todo hombre de mediana afinación artística cree percibir voces de la inmensidad, llamamientos del infinito.

A tal hora, los grandes velos misteriosos se corren y se cierran; detrás de ellos algo inefable palpita que tiene comunicación con el espíritu.

Bajo su imperio estamos, y por estarlo, nos sentimos, sinó buenos, mejores, dignos de gozar la suprema belleza. El espectáculo del mundo natural nos exalta al éxtasis divino y nos limpia y nos rescata del barro de la tierra. Pero basta, basta de filosofías.

No acabábamos de llegar, y ya sobre nuestra frente se condensaba la sombra. Nos cruzábamos con campesinos que, de vuelta del monte, nos saludaban con esta frase propicia y dulce, bruscamente cortada: *la paz de Dios...* Como los campesinos de las campiñas de Italia saludan al pasajero enviándole el halago de esta melodiosa palabra: *felicitá*.

—¿Falta mucho,—les preguntábamos,—para llegar al bosque?

Y una, dos, diez veces, nos respondieron lo mismo:—poco falta, tras de aquel recodo se aparece.

¿Qué se había de aparecer?... Estaba más allá, escondido y lejano como los bienes, como las glorias por cuya conquista la humanidad batalla; sólo que a las glorias, a los bienes, la mayor parte de los hombres no llegamos nunca, y al bosque, aunque vencidos del cansancio, llegaríamos nosotros.

Las gentes del campo, por el hábito de vivir circuidas de lo inmenso, no tienen noción precisa del tiempo ni del espacio. Miden muy a lo largo las distancias, refiriendo lo grande en extensión

a lo pequeño. Las leguas de su cuenta holgadísima son harto mayores que las nuestras en la amplitud de su percepción material, lo contrario de lo que ocurre con sus visiones morales, estrechas y miserables.

Por eso aquellos rústicos nos decían, invariablemente, en respuesta a nuestra pregunta: Allí lo tenéis, y avanzábamos y no veíamos el fin de nuestro viaje. Antes de verlo, cayó la noche, una noche magnífica.

Habíamos admirado cuadros de encanto indecible, durante la caminata. Vimos un crepúsculo de apariencias y variaciones, por lo bellas, inenarrables. Primero pintáronse en el cielo limpiísimo, fajas multi-colores, divergentes, semejando el varillaje de un enorme abanico solar; luego, previa una rápida transición luminosa, el gran disco mostróse deformado y llegó a afectar la forma de un farol japonés que lentamente caía al mar.

Por el lado opuesto, surgía la luna pálida y amorosa. ¡Soberano simbolismo! *Era la mujer*. En todo matrimonio perfecto, el marido representa el sol, la mujer la luna, y los hijos y la servidumbre los planetas y satélites. Como este sistema planetario es completamente caprichoso, suprimiremos a la tierra por fea, por sucia y por mala.

Estoy ante la selva oscura. En derredor mío, se extienden la naturaleza dormida, la vida

agitada. Este viaje dantesco ha destrozado mis piés, pero ha estimulado mi imaginación: por el camino, me he entretenido en cazar alígeras pintadas mariposas, en vez de apartar las piedras.

Penetraré en la selva mañana.

EN LA SELVA OSCURA

HÉNOS ya en el umbral de la selva que alza ante nosotros su masa sombría. Llegamos, como llevo dicho, al cerrar de la noche, cuando, apagados los últimos rumores del trabajo campesino, la extensión poblada de árboles tórnase doblemente misteriosa. Las sombras se tienden entre los troncos; vamos tropezando con el manto negro de las tinieblas salpicado de rayos de luna.

A medida que nos hundimos en la obscuridad, el horror y el encanto crecen. La presencia de lo enorme nos aplasta, pero la adivinación de lo divino nos engrandece, nos consuela. Esto pudiera llamarse condensación material del tiempo en el espacio. Nuestras edades reunidas no son nada si las comparamos con cualquiera de los

colosos inmóviles que entrelazan sobre nuestras cabezas sus múltiples brazos. Los siglos nos contemplan y nos saludan. Por los claros de la bóveda llega a nosotros el misterio de las radiantes excelsitudes. Nunca soñé encontrar en Canarias un sitio de tan romántica belleza.

Llena de ideas está la espesura. Desasidos absolutamente de las cosas bajas y percederas, emancipamos nuestro espíritu, sublimamos nuestro pensamiento. Precédenos como un fuego fatuo la llama del farolillo de nuestro guía, llama mezquina, inquieta y trepadora, que profana la magestad selvática; sus correrías, sus travesuras, ultrajan el culto de paz y silencio que a la venerabilísima congregación debe rendirse. Cada árbol murmura en nuestro oído incomprensibles palabras, parte de un canto salmódico, que recoge la noche en sus inmensos senos para trasmitirlo al cielo profusamente estrellado.

La espesura, repito, está llena de ideas. No hay cerebro que aquí no entre en actividad, sintiéndose de pronto fortalecido e iluminado. Hasta nuestro conductor se nos revela ser pensante y nos sorprende con frases inspiradas, impropias de su estólida rustiquez. Se para y nos dice:

—Siempre que vengo a este *matorral*, me entran ganas de rezar algo. ¿Crearán sus mercedes que me dá miedo y no se de que me lo dá?

Es la posesión del hombre por la selva. Nos-

otros también la sufrimos. La resonancia de nuestras voces, las hacen solemnes; a derecha e izquierda, las masas de follaje se estremecen cual si estuvieran animadas de una respiración nocturna. Nos abrimos paso con esfuerzo, las ramas retorcidas y erizadas unas veces nos acarician, otras veces nos azotan el rostro. Y la lluvia de pálidos reflejos que ciega la tupida ramazón, traza en el piso musgoso y húmedo grandes fajas argentadas.

Vemos troncos imponentísimos de apariencia mineralógica, hundidos e incorporados en la roca de tal modo que forman con ella un sólo cuerpo. Los dos reinos muéstranse confundidos. Alguno de esos troncos tiene tanto grosor que formados en ronda los expedicionarios no logramos ceñirlo.

La impresión es confusa, pero intensa. Siluetas pavorosas se destacan de los lejanos términos oscuros, dijérase que avanzan a encontrarnos. El débil resplandor del farolillo del guía se oculta, sorbido por la sombra, y reaparece bailoteando. El agua, alma y voz de la soledad, canta a lo lejos...

Un pedazo, en fin, de bosque americano, de bosque virgen, que en medio del suave e idílico paisaje canario semeja obra de artefacto, decoración pintada y contrahecha; pero que cuando de cerca se le mira, cuando se está en su contacto y bajo su dominio, cautiva, avasalla los sentidos.

Quien haya visitado Agua-García en las con-

diciones que nosotros lo visitamos, no olvidará jamás la hermosura de estos parajes, donde todavía, vivificadas por la imaginación que las creó, habitan las hamadriades.

LA «MAGA»

CADA uno de los adorables pueblecitos del campo lagunero tiene su nota propia, su encanto especial; desde todos ellos divisase un paisaje amplio y lindísimo en que los últimos términos se esfuminan en un ambiente velado, y bajo el pabellón de las cambiantes nubes las montañas adquieren tonos de un violeta intenso. Por las desembocaduras de aquel anfiteatro, asoma y penetra el azul del mar.

Sinuosos senderos de monte conducen a las cimas arboladas; anchas y bien mantenidas carreteras, cual la de Tejina, comunican La Laguna con los pagos de su contorno, tendidos y dormidos a su sombra protectora. La venerable ciudad, madre envejecida de prole numerosa, poco calor puede ya darles; pero ellos viven del

suelo pródigo que los sustenta. Y diariamente envían sus productos al mercado de la *urbs mater*.

También le envían sus aldeanas en revueltos grupos que llevan consigo la alegría de la campiña. Son por lo común buenas mozas, de color encendido, formas exuberantes, suelto andar. No tienen la rusticidad salvaje de nuestras *talayeras* y su indumentaria es típica. Su sombrero masculino presta al rostro una sombra suave que realza los pronunciados rasgos. Van descalzas como la mayor parte de las campesinas canarias, no tanto por rigor de miseria como por comodidad, aunque parezca absurdo. Andan mejor sin zapatos: cuando su ceremonial les ordena llevarlos, en los días de fiesta de gala, no se los calzan, sino que los ostentan y lucen en las manos, juntamente con el paraguas o cualquier otro adminículo. Su imaginación viva les sugiere salidas de un cómico grotesco con que responder a las pullas que al paso les dirigen los señoritos.

Uno de los espectáculos más interesantes para el forastero es el que le ofrecen estas campesinas que por las mañanas acuden a La Laguna, agrupadas y bulliciosas. Su invasión trae regocijo a la vieja ciudad, la despierta y la anima. En los anchurosos caminos de la vega destacan el rojo fuerte de sus faldas y en la tranquilidad del ambiente lanzan las notas traviesas de sus risas locas.

Para ellas los piropos tienen sabor de injurias, las lisonjas dejo de agravios. Cuando se las celebra, considéranse atacadas en su amor propio, confusamente sentido, por lo cual apuntan la artillería ligera de sus burdas malignidades. El gesto acompaña la frase completándola, dándole singular elocuencia. Con un ademán enérgico, seguido de una palabra fustigadora, paran en seco al más atrevido.

Son únicas en su especie, como nuestras *talayeras*, citadas más arriba; pero les llevan ventaja porque en su ordinariez hay mezcla de gracia, una gracia peculiar e indefinible, mientras que las mujeres de la Atalaya son simple, exclusiva y desafortadamente cerriles, sin añadidura de ningún elemento amable.

Entre las laguneras de extra-muros, al contrario, se suelen hallar figuras femeninas de presencia airosa, de genio desenfadado, de lengua tan suelta como ocurrente, tipos de una espontaneidad que seduce. Lo campestre se asocia en ellas una miajita de lo urbano; no huyen de las gentes de las ciudades, como nuestra *talayera*, sino que más bien tratan de acercárseles, y tomar sus modos y formas. El fondo, sin embargo, a despecho de las aproximaciones, permanece inalterable y constituye lo pintoresco de esta clase popular civilizada en un décimo.

El mayor poder de la *maga* está en la risa. No se ríe como las demás personas; con su

carcajada acaricia o abofetea, pega o halaga. Y ese poder halla su complemento en la expresión crudísima del *remanguete*. Cuando una maga emplea ese doble lenguaje, dice con él todo lo que se propone decir. Un movimiento de hombros o de caderas, subrayado con su especial manera de reír, le basta para tumbar a un hombre.

Es una chula malograda por el nacimiento.

ALFOMBRAS DE FLORES

A CABO de asistir a la procesión de la octava de Corpus en esta deliciosa villa y acabo de ver sus alfombras de flores. Merecen la fama que desde antiguo gozan, constituyendo una singularidad extraordinaria, una especialidad sorprendente. Para fabricarlas, un pueblo entero conviértese en artista, las familias más distinguidas le consagran sus desvelos, y desde mucho antes del jueves solemne en que se exhiben, todo el mundo piensa en ellas. Son la preocupación general de los orotavenses.

A quien, como yo, las contempla por primera vez, tienen que parecerle originalísimas, tan originales que creo valdrían ellas solas la pena de un viaje a la Orotava por estos días alegres

de junio para verlas y admirarlas. Arte verdadero, arte delicado, preside a su confección.

La villa encantadora improvisase en inmenso taller de tapicería, donde con las flores del Valle se hacen prodigios que no sabe mi pluma describir. Las floridas alfombras cubren las calles como espléndidas alcatifas del más puro estilo: mil caprichos ornamentales, delicadezas, filigranas, atraen y cautivan los ojos. Frente a algunas casas, extiéndense tapices de una magnificencia imperial.

La de Monteverde, entre todas, se distingue por las cualidades artísticas de *su obra*, por el sello de buen gusto insuperable que le imprime. Cultiva dicha casa una tradición muy hermosa, hermosísima, una nota propia y perfecta, fabrica suntuosos *gobelinos*, de labor maravillosa, que acreditan una maestría de grandes artifices en las damas de esa noble familia cuyas manos de hadas labran tamaños primores.

¡Qué preciosidad! No se cansa uno de recrearse en contemplar las combinaciones de colores, las sombras, el claro-oscuro, los contornos, la composición y perspectiva del cuadro, porque un verdadero cuadro es aquello, un cuadro donde hay matices y perfumes, un cuadro donde los pétalos olorosos, hábilmente dispuestos, imitan el trabajo del pincel.

Este año, según he oído decir, las alfombras no han sido tan numerosas, tan ricas ni tan

bellas como en años anteriores; pero yo, que por primera vez las he visto, las he encontrado admirables.

Delante de la citada casa de Monteverde estaba la que podríamos llamar alfombra del Trono, alfombra de honor, alfombra magna, alfombra digna del Altísimo. Cuando quedó deshecha al paso de la procesión, parecióme que un tesoro de arte había sido profanado.

Otra ví, representando a Santiago Apóstol sobre su blanco corcel, con asombroso lujo de detalles, también de grandísimo mérito; y otras muchas que figuraban dibujos muy lindos, orlas, cenefas, ramilletes, cruces, gran variedad de objetos y de adornos, todas esmeradamente ejecutadas.

La gente entra y sale con completa libertad en las casas para mirar las alfombras desde lo alto. Yo también entro, salgo, miro, encantado de tan peregrina costumbre, que me deja entrever *interiores* suntuosos, confortables, de las viejas familias patricias. Buen golpe de campesinos del Valle ha afluído a la villa, con ocasión de las fiestas. ¡Pasan como un inmenso ganado en fuga y en desorden sobre las alfombras, pisoteándolas, destruyéndolas, aventando sus partículas bien olientes!

Detrás de la Custodia que brilla deslumbra-dora sobre la multitud arrodillada, el tributo de las cien mil flores del Valle se deshace en polvo

multicolor... La Villa es un inmenso pebetero,
una flor monstruosa que se ofrece al Dios de las
misericordias, al Dios de las alturas.

Orotava.

EN EL VALLE

NADA comparable a las puestas de sol, a los deliciosos crepúsculos que se admiran en el Valle de Orotava. Mejor que describirlos fuera pintarlos; pero no hay pintor capaz de trasladar al lienzo con exacta fidelidad tanta belleza. No puede el Arte, aun siendo tan poderoso, robar a la Naturaleza el secreto de ese espectáculo sublime. ¿Cómo habían de conseguir los pobres medios expresivos de la pintura semejante traslado, si es la luz, la divina luz en sus más prodigiosos cambiantes, en sus más extraños tonos y reflejos, lo que queremos apropiarnos para reproducirlo?

Ni la palabra ni el pincel alcanzan a operar milagro tan grande, aunque el genio los mueva. Cuando Prometeo quiso robar el fuego del cielo,

cayó y fué condenado a eterno suplicio. El buitre que interminablemente roe sus entrañas, en las nuestras también hunde su corvo pico. Es la impotencia humana ante lo infinito, ante lo inefable, ante lo absoluto. Es la limitación incorregible de nuestras facultades interiores que no se amplían con cristales de aumento, como se amplía y se dilata la visión.

Viendo estoy ahora ponerse el astro soberano tras de este maravilloso circo de montañas, y sin embargo, digo que no le veo; no le veo, porque en vano querría expresar lo que miro y lo que siento. La percepción completa se da en mí, pero no logro transmitirla: mi alma es una flor que absorbe la luz moribunda y se recoge y se cierra guardándola como el tesoro de los tesoros. Así parecen recogerse y cerrarse las flores del Valle, trémulas al recibir los últimos rayos del sol poniente. El sol—perdóneseme lo atrevido de la frase,—el sol las hipnotiza.

Una espléndida decoración crepuscular luce sobre el Valle, suave, apagada, matizada caprichosamente. ¡Magnífica policromía del cielo! Las montañas se recortan sobre un fondo amarillo luminoso, que diríase formado de polvo de oro. Sobre esta áurea faja, un matiz anaranjado se difunde y luego se encienden luces violetas, esmeraldas, ópalos, nácares indescriptibles. Destellos perdidos atraviesan las bandas superpuestas de ideales colores, de mágicos tonos, como

rayos de la gran corona solar. Las masas de verdura brillan con los diversos colores de este crepúsculo fantástico, y el campo semeja un sueño de poeta materializado. La luz desfalleciente hace juegos caleidoscópicos en la inmensidad. Los pájaros que vuelan de regreso a los nidos van bogando en claridades violáceas de apoteosis. El azul intenso del mar palidece, y el hotel Taoro con su mole de techumbres rojas, entre la vaga niebla, parece un gigantesco espejismo.

Hora de hechizamiento, de efusión mística. En el silencio religioso de la Naturaleza, mi alma quiere romper su cárcel y volar, como los pájaros de regreso a los nidos.

EN NOMBRE DE LA LIBERTAD

EN medio de esta naturaleza risueña y apacible que nos envía una elocuentísima invitación a la paz, llegan de la madre patria noticias tristes, hablando de desórdenes, de colisiones, de luchas, no por ideales de redención patriótica, sino por enconados odios religiosos.

Cuéstame mucho comprender cómo ocurren y se desarrollan tales sucesos, desde el seno de la tranquilidad paradisiaca en que actualmente vivo. Aquí todo canta la libertad y todo invita al sosiego. Los pacíficos espectáculos del campo alejan por completo de nosotros las ideas de rencor, guerra y ruina; el lejano mar dormido no hace pensar en tormentas ni en naufragios, sino más bien en viajes prósperos a riberas venturosas; la canción del labriego es el acompañamien-

to sonoro del trabajo que fatiga pero no mata. La muerte, el odio, el dolor, ¡cuán lejos parecen estar, aunque siempre estén cerca!

Y he aquí que vienen a despertarme, poniéndome delante una realidad aborrecible, esos aciagos rumores. Todavía se derrama sangre por causa de religión; todavía el hombre arma su brazo contra el hombre por motivos de conciencia; todavía las muchedumbres se levantan en nombre de una creencia para exterminar otra creencia; todavía hay bandos perseguidos, todavía implacables señales rojas, impuestas sobre los que pertenecen a estos últimos, les entregan al furor y a la venganza de sus enemigos.

Para tal viaje no se necesitaban alforjas. Estamos dondè estábamos cuando se decía: *güelfos y gibelinos*, cuando se decía: *hugonotes y católicos*. Es decir, que se concibe la igualdad ante la idea social, pero no se concibe la igualdad ante la idea religiosa... El derecho cesa desde el punto en que el prójimo no piensa lo que nosotros pensamos ni cree lo que nosotros creemos. Las castas suprimidas reaparecen al calor de la intransigencia excéptica, del libre-pensamiento despótico que a sí propio se atribuye la autoridad necesaria para condenar y perseguir las conciencias católicas, sin conceder a los católicos en cambio una autoridad semejante. Hermanos para todo, a despecho de las mayores diferenciaciones; para todo menos para creer. Se grita ¡sus

al católico!, como en un tiempo el católico gritó *¡sus al hugonote!*

Pero hay esta diferencia: que el segundo no invocó nunca la libertad para perseguir a su enemigo, y el primero siempre la invoca. Estamos hartos de oír hablar de libertad, con cualquier pretexto o con cualquier propósito: hasta las más escandalosas farsas políticas quieren sus promovedores, odiosos hipócritas, que las aceptemos como actos libres. De la misma manera pretenden los intolerantes de la extrema izquierda proscribir a los que creen en Cristo y en su Iglesia, sin tomarse siquiera la pena de disimular sus móviles, pero invocando siempre la libertad. La exclamación dolorosa de Madame Roland se me viene a los labios: «¡Libertad, libertad: cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

No se ataca al clericalismo, que sólo es una muletilla, un estribillo, una consigna; se ataca pura y simplemente al católico, y la prueba de ello está en que se intenta coartarlo en las manifestaciones externas y pacíficas de su culto. ¿Por qué esta *preferencia*? ¿Por qué no se sigue igual procedimiento con las otras confesiones? Los promovedores de tamaña cruzada han encontrado su fórmula: *Le catholicisme: voilà l'ennemi*, y cada vez que la llevan a la práctica, no para defenderse, sino para ofender, acompañanla de un viva a la libertad.

Lo repito. No comprendo como ocurren y se

desarrollan tales sucesos, desde el seno de la naturaleza risueña y apacible en que actualmente vivo.

IMPRESIONES

A NOCHE, víspera de San Pedro, el Valle de Orotava prendió numerosísimas fogatas que le dieron aspecto de colosal retablo adornado y encendido para la celebración de una gran fiesta mística. Las hogueras ardiendo como antorchas y elevando columnas de humo que iban a confundirse con las nubes bajas e inmóviles, levemente clareadas por la luna, alegraban la extensión inmensa, el vasto anfiteatro. Lenguas de fuego parecían lamer las montañas, sobre cuyo fondo misteriosamente obscuro retorciáanse y enroscábanse.

Al resplandor vivo de los ardientes focos, grupos de campesinos bailaban los aires lánguidos del país, con cadenciosos balanceo, mientras otros prorrumpían en *ajijidos* que voces robustas

repetían y el eco prolongaba por el Valle. Las siluetas de los bailadores, súbitamente enrojecidas, tenían una apariencia fantástica, mucho mayor cuando, para poner el colmo a su regocijo, saltaban sobre las llamas, en medio de grande gritería y barahunda. Llegaban hasta mí rumores apagados de cantos y de risas, expresión de un buen humor desbordante que crecía con el movimiento desordenado, con el bailoteo y con la broma. ¡Oh, gentes felices, como os envidio!

Estas veladas de San Pedro y de San Juan, sólomente evocan en nosotros, los cansados, los desengañados, recuerdos melancólicos. Para vosotros, en cambio, siguen siendo lo que siempre fueron: no han perdido su encanto ni su poética belleza. Todavía a la claridad rojiza de las fogatas, cantáis, bailáis y esparcís al viento de la noche vuestras ligeras penas. Pero las nuestras son tan pesadas que ni el mismo huracán tendría fuerza para barrerlas. Carne ha venido a ser de nuestra carne, sangre de nuestra sangre. ¡Bailad, bailad campesinos!

Las hogueras alegres, chisporroteantes, os invitan a la danza. En ellas arden los mejores sarmientos, los troncos más robustos, las ramas tiernas y las verdes hojas. ¡Todo un simbolismo doloroso, que nunca llegaréis a penetrar, por vuestra dicha! Así como se consumen las primicias de la Naturaleza en la hoguera devoradora que ofrecéis a San Pedro y a San Juan, así se

consumen las primicias de la vida en la juventud, hoguera también. Así han volado y han desaparecido, convertidas en cenizas, mis ilusiones; pero vosotros, más dichosos, cada año podéis encender vuestra fogata, cada año podéis, en torno del renovado fuego, bailar y cantar.

Seguid bailando y cantando, campesinos del Valle. Mientras trenzáis vuestras danzas paganas, al reflejo y al amor de la violenta lumbre cuyos destellos rojo-sangrientos incendian la montaña, yo medito en las cosas desaparecidas. Los recuerdos me persiguen como aves de crepúsculo, encarnizadas y feroces, horribles cinifes. No tengo nada que poner en mi hoguera, porque todo está consumido, extinguido, apagado dentro de mí. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuánto tiempo hace que se puso el sol?...

XVIII

MAYO (1)

MAYO, mes poético, bucólico por excelencia, mes de los idilios, mes de las flores, ¿cómo poder cantarte? Divino Floreal, ¿cómo poder decir lo que tú eres en palabras, si eres un himno y para interpretarlo el humano lenguaje carece de armonía?

Eres un himno que del seno de la creación se alza a los cielos, himno concertado y suave, donde cada cosa, cada ser, pone su nota. Entran en ese himno desde las pintadas alas de la

(1) Este canto a Mayo, publicado en el Almanaque del «Diario de Las Palmas», me servirá de introducción a la segunda parte del presente libro, en que relato impresiones de los Juegos Florales celebrados en la Orotava, y de un viaje por Tenerife en plena primavera.

mariposa inquieta hasta el arrullo de amor que estremece el nido; desde el canto del campesino rebosando alegría, hasta la pincelada de carmín con que el pintor supremo engalana el horizonte a la hora del ocaso; desde el incienso de las rosas hasta el blando quejido de las olas, cautivadas también y sometidas al ritmo universal. Himno que se eleva en sonido, en matices, en aromas, en destellos, en palpitaciones y en ideas como una ofrenda gigante; himno que es una especie de *oración por todos*, oración pagana, letanía gentilica para ser cantada en el caramillo del Dios Pan.

La naturaleza es templo, el sol hostia, palio el cielo, ara de sacrificio la extensión de los campos cubiertos con el maravilloso tapiz bordado de la primavera... No cesan de llover pétalos en este largo luminoso día de la Ascensión.

Divino Floreal, eres Pascua, eres Himeneo. La Naturaleza aparece como una desposada, ceñida de guirnaldas, temblorosa y anhelante: va a celebrar sus nupcias con el sol, con ese eterno renovador de la vida, bodas periódicas que alegran y fecundan al universo. Sirvenle de velo las nubes de tus albas gloriosas, de diadema tus claras estrellas engarzadas en constelaciones cuyo brillo aumentan tus azuladas transparencias.

El estremecimiento que llega desde los nidos hasta los surcos es una promesa de fecundidad.

Divino Floreal, eres la florescencia, como Thermidor será la madurez, como Vendimiario será el fruto. En tí se dan las primeras ansias, ansias indescriptibles, del amor que reproduce las formas y provee los mundos; del amor, *alma mater*.

El santo misterio celébrase en todos los santuarios de la Naturaleza. Revuelos, trinos, arrullos, quejas, cantos, aletazos, besos, gemidos, lo acompañan, lo riman. La brisa que lleva el polen, trae las plumas caídas de los nidos; los duos de las parejas acopladas estallan entre el follaje, la expansión vital conmueve la tierra, un aliento omnipotente parece agitar no sólo los cuerpos, sino también las almas. ¡Oh divino Floreal, divino Floreal!

La paleta inmensa de la Naturaleza renueva sus colores. El mar vuelve a ser azul, el campo verde, el firmamento tornasolado; los crepúsculos se prolongan y esfuman en lontananzas inverosímiles; los árboles que el invierno convirtió en esqueletos, se visten de lozanía; las flores se abren como bocas pidiendo besos... ¡Divino Floreal, eres Renacimiento, eres Pascua, eres Himeneo! ¡Eres un largo luminoso día de la Ascensión, durante el cual no cesan de llover pétalos! Lo que asciende es la savia, es el amor...

Bañémonos en los manantiales de la vida que se renuevan. ¡Ay! se renueva todo, todo, menos la esperanza. Esa ave celestial no volverá nunca al nido vacío de mi corazón. ¡Traémela, traémela, divino Floreal!

LAS BODAS DE CAMACHO

I

BAJÁBAMOS hacia el Valle de Guerra en una mañana clara y apacible, besados suavemente por una brisa acariciadora. Los campos laguneros empezaban a desnudarse de su vestidura estival y respirábamos al atravesarlos esa melancolía dulce, indefinible, que anuncia el invierno como un prelude quejumbroso de una ópera trágica, si bien en estos blandos climas no puede ser exacta esta comparación. De cualquier modo, era verdad que nos sonreía cautivándonos un día tibio y adorable de fines de Septiembre.

Nada conmueve y regocija tanto los espíritus un poco afinados por la cultura, como estas inmersiones repentinas en la naturaleza, de la cual extraen, virgen, la miel del placer estético.

¡Oh, con qué delectación *pagana* la libábamos en amplias, febriles aspiraciones!

En la partida gozosa hay antusiastas de la belleza natural, temperamentos artísticos que, apenas recibida la sensación, saben convertirla en ideas, en *material* aprovechable para obras de ingenio. Vuela la fantasía a tejer entre el bosque sus mágicas redes con reflejos invisibles del oro de la inteligencia; se posa temblando en los pámpanos amarillentos y evoca las sombras de los zagales y zagalas clásicos: va monte arriba en demanda de la pureza luminosa de la cumbre para bañar en ella sus alas, y no se fatiga de correr, subir, bajar, esconderse y descarriarse. Vuelta de sus travesuras locas, encuentra más estrecha que antes la prosaica caja del coche, y se escapa de nuevo sin que podamos detenerla. Ya no nos pertenece, como si estuviese fuera de nosotros, en el ambiente halagador, en los elementos dominantes pero propicios, la imaginación de todos se esparce y flota... Somos comparsas satisfechos de un gran poema pastoral.

El Valle de Guerra se desarrolla como una inmensa alfombra verde cortada a trozos por espaciados caseríos; el mar, allá en el fondo, le pone una orla azul. Y he aquí que, mientras nuestras miradas se tienden perezosas y distraídas sobre la campiña jocunda viendo tras el cuadro real el cuadro imaginario que la fantasía se complace en trazar con restos de lejanas

impresiones artificiales, por un sendero adelante avanza un vistoso grupo.

Una bizarra pareja lo abre. Luego viene una comitiva heterogénea y bulliciosa que ríe y canta, esparciendo granos de la generosa sal de la alegría sobre la dicha de unos bien auspiciados desposorios.

Es el cortejo de Himeneo. Aquella boda en medio de los campos, saludada por el sol que sube, ungida por los perfumes agrestes transportados en alas de las brisas juguetonas que revuelven las cabelleras de los árboles, nos hace replegarnos en nuestro paganismo circunstancial, producto de la sugestión de un momento.

Los novios pasan, y aunque son gentes rústicas y no de muy buen ver, nos parecen gentiles desposados, como pareció a don Quijote repulida dama la aldeana tosca y fosca a quién trasladó su locura las partes perfectas y prendas inestimables de su soñada Dulcinea.

Invitados a los regocijos nupciales, aceptamos llenos de satisfacción. Encima hubiéramos pagado gustosos, si nos hubieran exigido escote, porque preveíamos, y no nos equivocábamos al preverlo, una fiesta esplendidísima.

Entramos en la sala del banquete y del baile haciendo profundas zalemas.

LAS BODAS DE CAMACHO

II

NUESTRA entrada en escena aumentó el interés del espectáculo, que ya era regocijadísimo. El coro de las nupcias, animado con el vino generoso de la madrina, nos acogió cantándonos al son de guitarras destempladas una marcha triunfal. Voces benévolas nos echaron coplas, a las cuales correspondió *Crosita* con improvisaciones picarescas. Algunos, sin embargo, había en el concurso que nos miraban de reojo. Y se oyó esta insinuación aguda que venía a resumir las suspicacias del mayor número:

—Son *políticos* de Santa Cruz, que andan buscando votos.

¡Oh, poder adivinador de la recelosa gente campesina! Desde aquel momento procuramos tomar, aunque sin conseguirlo, un aspecto grave cual correspondía a nuestra supuesta misión de

cazadores de sufragios. Y era de ver el entono solemne y la magestuosa actitud con que dimos vuelta a la sala, mirados y admirados por la escogida concurrencia.

Pero la *pose* de hombres serios, cuando en el cuerpo todo nos retozaba la risa, llegó a hacérsenos violenta. La abandonamos para brindar gozosamente por los desposados, que en medio de la nupcial algazara se arrullaban como una pareja de tórtolos excitados por la perspectiva del cercano nido, caliente e intacto.

Tendiónos la madrina una repleta catimplora, y las mozas más agraciadas de la reunión nos escanciaron el vino de los desposorios, del cual podía decirse que era impuro pero inofensivo. Tenía poca fuerza *ascensional*, subía lentamente haciendo cosquillas, provocando muecas, desatando las lenguas en charla inagotable. La asamblea ruidosa sentía ya sin duda sus efectos: parecía sentirlos hasta el candil histórico que desde lo alto de una mesa, histórica también, alumbraba el cuadro con las oscilaciones de su llama ebria.

¡Curiosa y extraña joya el tal reverbero! Objeto de museo perdido en la campiña de Tenerife, nos recordaba otros parecidos que en los dramas de costumbres medioevales suelen alumbrar escenas de violencia y horror. La sala sumida en penumbra; los semblantes bañados por reflejos amarillos; el ir y venir de las parejas

como sombras, traían a la mente aquellos recuerdos con visos de realidad. Por un instante creímos sentir pasar sobre nosotros el soplo helado de la tragedia.

Pero de pronto, la realidad *real* nos llamó y nos detuvo. Una voz agria advirtiéndonos secamente: —Podían mirar donde pisan los señoritos, que me han deshecho un callo.

Era la novia. ¡Oh, cielos, que desencanto! A dos dedos del tálamo, al punto mismo de depositar su velo misterioso en las aras de Himeneo, se permitía tener callos! ¡Y lo decía, la desgraciada!

El novio nos lanzó una mirada furibunda. Para desagrar a todos, propuse yo que improvisara Crosa un discurso epitalámico.

Crosa estuvo magnífico de inspiración; pero no le dejaron pasar de las primeras frases en que invocaba los auxilios del pedicuro, gran protector de las novias con callos.

—¿Pedí... qué?— gritaron indignadísimos varios mocetones, más ebrios que la llama del reverbero histórico. Eso ya es faltar demasiado. No aguantamos el insulto.

Sólo el vino de la boda logró persuadirles de que el vocablo no era insultante, ni nosotros personas capaces de insultar a nadie, si antes no éramos insultados.

—Verán ustedes—les dije yo intentando una explicación ingeniosa,—pedicuro quiere significar

y significa efectivamente un dios griego, muy amigo de los que se desposan...

—¿Griego?—vociferó uno, lleno de escama; eso me suena peor que lo otro, *Ajoto* que son gentes de colegio y de escritura y quieren ustedes *gatuperiarnos*...

—Amigo, aquí, no hay *gatuperio*, ni cosa tal. Dígole y afirmole que eso del pedicuro no tiene malicia. Nosotros respetamos los pies del prójimo, y no volveremos a pisar ningún callo; pero déjennos, déjennos continuar nuestro *epitalamio*...

—¿Espítamalo?... pero que demonios de lengua es ésta? O hablan sus mercedes como buenos cristianos, o les trataremos como a herejes...

—Está bien,—concluí; quédense en paz el pedicuro, los griegos y las excrescencias de la gentil desposada...

—¿Indecencias de la desastrada? ¡A la calle ahora mismo! ¡Ellos serán los indecentes!

Comprendí que sería inútil intentar un nuevo esfuerzo de elocuencia. Más que escapar huímos, bajo una lluvia de amenazas, reconociendo a gritos que así como no se ha hecho la miel para la boca del asno, no se han hecho las palabras finas para oídos toscos ni para entendederas cortas.

NOTA.—Del anterior relato, solamente es verdad lo de la boda y lo del vino impuro aunque inofensivo. Lo demás es imaginado; pero puede suceder y sucede en nuestros campos. Y las cosas posibles no son del todo imaginarias.

BUEN CAMINO

AL anunciarse la celebración de los Juegos Florales en la Orotava en Junio del 901, me entusiasmó el proyecto y escribí en la prensa de Las Palmas, para recomendarlo, los dos artículos siguientes:

¿Dónde están los poetas? ¿Servirá ese concurso para que se revelen? ¿Irán allá con sus lirás adornadas de flores, llevando por dama a la belleza y por nuncio al Amor?

Yo no sé de donde podrán salir los nuevos bardos de la gente nueva; pero se que los antiguos ya *la colgaron* de los tristes sauces, y quizás hicieron bien en colgarla. ¡Buenos están los tiempos para poesía, en gracia de Dios! Ya no hay ideales nobles, ya no hay pasiones *estéticas*, ya no hay creyentes, ya no hay enamorados.

Los *felibres* son los últimos caballeros de una caballería que pasó. La conmovedora ceremonia del *Pré Catalan* es el fin de un culto. ¡Y nosotros, pobres canarios, queremos tener, como quien no dice nada poesía, y, por añadidura, poesía regional!

Vamos a ver eso; yo quiero verlo. ¡Quién sabe si de entre las rosas que Primavera ha engendrado y encendido con su soplo los esperados trovadores se alzarán!

Pero reparo en que esto que diciendo voy, es poesía, o se le parece mucho; poesía aunque trasnochada. Vaya, vaya, el contagio se da en mí.

Id, poetas. Manos blancas, *que no ofenden* cuando pegan y abren el cielo cuando acarician, os llaman para coronaros de laurel y de mirto. Hermosa corona, más ligera, más apetecible que la de hierro de Carlo-Magno, porque la trae y la pone una mujer.

Id, poetas. Yo os garantizo que hay poesía. *Mientras exista una mujer hermosa...*, lo dijo uno de vosotros, que se murió de tanto amar.

Y el mismo dijo: *poesía eres tú...* Y dijo otro: *¡amor, divino amor, alma del mundo!*... Y otro, grande entre los grandes: *la hez divina del amor humano...*

Y canta Fausto en la ópera de Boito, al punto extremo del morir: *forma ideal, purísima, de la belleza eterna...*

Indudablemente, hay amor; indudablemente, hay poesía.

¿Pero habrá poetas? Id, y probadlo. Yo lo dudo, tal vez porque yo soy la perpetua duda. (1)

(1) No se revelaron en los Juegos Florales nuevos poetas; pero los ya conocidos, Zerolo, Tabares Bartlet, Rodríguez Figueroa, confirmaron en aquel certamen su justa reputación. Y, como ensayo, como primera prueba, el certamen fué un éxito. ¡Lástima que no se haya repetido!

LLAMAMIENTO

YA está próxima la celebración de los Juegos Florales con que la Orotava, en su Valle risueño, verdadero paraíso terrenal, invita a los amantes de la poesía. Ya poco tardará en abrirse el palenque donde gallardos campeones de las letras van a medir sus fuerzas, a justar por la belleza, por el arte, por las grandes ideas ennoblecedoras.

Cercano, pues, ese señalado día, la ocasión me parece oportuna para hacer un último llamamiento a los que pueden y deben concurrir al florido certamen llevándole el realce de su presencia, si antes no le llevaron el concurso de sus obras. No sólo una gran fiesta literaria será esa fiesta, sino además una fiesta grandísima de confraternidad y de concordia, una fiesta de

cariño y de paz en que por vez primera, después de mucho tiempo, aparecerán unidos los canarios en un mismo culto espiritual, en un mismo culto purificador.

Los Juegos Florales para nosotros significan ésto, aunque también expresen, con arreglo a su tradición constante, un auto de fe en el ideal inextinguible, una renovación del fuego sagrado. Tras el aspecto artístico hay que buscar otro aspecto de mayor importancia y eficacia práctica en la hermosa festividad caballeresca. En el terreno neutral literario, los que ya han empezado a conocerse y amarse, acabarán su conocimiento y acrecentarán su amor. La política no ha de entrar allí como medianera que vende por buenos sus malos oficios: a la puerta ha de quedarse como una excomulgada, rendida bajo el peso de merecidísimas maldiciones.

Y tan sólo sentimientos nobles, pensamientos generosos cambiaremos, cuyo aroma ahogará el perfume embriagador de las flores del Valle. La obra de salvación emprendida por los elementos intelectuales de Canarias tendrá remate, y ese remate será luminoso, será bien hallado, será feliz.

Unión, armonía, solidaridad; reconocimiento del verdadero regionalismo, del regionalismo sano y discreto consistente en la afirmación enérgica de nuestros modos de ser particulares, dentro de la gran afirmación nacional, programa

patriótico de una acción colectiva enderezada al bien común, tales son los beneficios que los Juegos Florales nos prometen, si el espíritu que los ha inspirado preside a su realización y dignamente los corona.

Acudamos a ellos; acudid todos los que estáis en condiciones de empujar con esfuerzos poderosos la obra de salvación

UNA EXCURSIÓN

LA que en buena compañía hice días pasados a San Juan de la Rambla, me dejó impresiones gratísimas. No se da un paso por la campiña de esta isla de Tenerife, sin encontrar un punto de vista que causa admiración, un paisaje que produce deleite. Los bellos panoramas se suceden, variados y caprichosos, siguiendo las revueltas de los caminos abiertos en el seno de las montañas, suspendidos a veces entre el mar y el monte; las tierras cultivadas, en que se despliega una flora espléndida, van ofreciendo, en sucesión de cuadros que asombra, encantos mil a los ojos. Por donde quiera, el agua, desbordada en sonoros raudales, canta alegría. Sentimos la maternidad de la Naturaleza, maternidad fecunda, maternidad amorosa, cuyo regazo

inmenso por igual a todos nos cobija. Indudablemente, esta maternidad no es una ilusión.

Bajo este cielo benigno, nadie reconocerá a la madrastra desabrida y fría que en otras zonas menos afortunadas niega al hombre todo auxilio y le presenta, en lugar de senos ubérrimos, pechos exhaustos; nadie reconocerá a la naturaleza enemiga que esteriliza con el hielo o mata con el rayo, que ahoga los gérmenes vitales en lo hondo del surco y parece casada con la muerte.

Casada está aquí con la vida, con la esplendorosa vida meridional que brota en flores y revienta en frutos, con la vida libre y generosa cuyo ministerio es un eterno producir, un eterno crear. Las brisas, cargadas de perfumes y de gérmenes, pasan como ráfagas de vitalidad; hervores perpetuos de germinación conmueven la tierra haciéndola palpitar estremecida, las rosas se desbordan de las tapias como rostros bonitos que sonríen, tienden sus guirnaldas hasta la playa, suben a las alturas, inciensan la vasta extensión donde reinan su color y su aroma, y cuando se descorre el blanco *velum* con que el cielo de ordinario se cubre, brilla sobre los campos eternamente florecidos una indescriptible pompa solar.

Mi reciente excursión hasta San Juan de la Rambla me ha mostrado innumerables aspectos de la campiña tinerfeña, cambiante siempre y

siempre encantadora. Aquí una llanada sobre la cual cosechas magníficas se tienden; allá un barranco entre cuyo encajonamiento los helechos ostentan sus finas hojas de verde reluciente cuajadas de rocío que desde lo alto mandan los desatados manantiales en una profusa aspersion; más lejos, un picacho erguido y escueto envuelto en finísimos cendales, un sendero empinado que serpentea y se esconde entre húmedas verduras para reaparecer luego y seguir serpenteando montaña arriba ceñido de rosales silvestres; un caserío blanco con su alegre tocado de tejas rojas, un Calvario que llama al caminante para que en medio de la Naturaleza cautivadora se detenga y rece y adore al Dios que la ha creado.

A derecha e izquierda de la carretera, las adelfas se inclinan fatigadas al peso de sus exuberantes flores carmíneas, flores enfermas que exhalan un veneno adormecedor, halago y tormento de los sentidos, cabecean los eucalip-tos, agitan las palmeras sus abanicos de palmas en son de triunfo, como si nos hablaran de la gloria en convenidos signos y como si quisieran espantar la mosquea imperante sobre el campo en muchedumbres increíbles. A la derecha, la costa con sus cortaduras bizarras, sus cadenas, sus arrecifes, sus rocas de formas singulares que esmalta y borda la hirviente espuma; una línea durísima, cortada cien veces bruscamente, unida a negros promontorios, seccionada y hendida,

socavada por el asalto de las olas tumultuosas. Por todas partes, la canción del agua, ronca en los gemidos del mar, suave y deleitosa en el lamentar dulce de los arroyos despeñados que por entre las grietas de los cerros bajan aprisa en busca del llano, es decir en busca de la paz... Y por todas partes también las ermitas, de cuyas humildes cruces parece desprenderse el perfume místico de las oraciones acumuladas. Y las rosas que, cual si las animase misteriosa vida, parecen buscarse, apiñarse, correr, subir, ofrecernos sus cálices para que depositemos, en homenaje a la Naturaleza creadora, un beso de adoración.

EN EL CAMPO

.....

Aquí la vida discurre callada por un cauce de olvido, en la dulce contemplación de la campiña, del mar y del cielo. La naturaleza cariñosa nos oprime contra su seno como una buena madre, meciéndonos en plácido arrullo. Y nos cuesta considerable esfuerzo arrancarnos a sus halagos poderosos, romper la magia de su conquista.

Todo nos dice: ¡La paz sea con vosotros!, mientras que allá, y más allá, y en todas partes, enemiga y adusta, nos espera la guerra.

Yo amo la quietud del campo, donde me imagino que Dios se aproxima a los seres y las cosas. Lo siento en la grandeza de la soledad, lo

venero en la hermosura del paisaje, lo adoro en las aras grandiosas de las montañas sobre cuyas cimas se posan temblando las estrellas. Donde quiera, pues, lo adoro, lo venero y lo siento. Viene a mí y voy a El, lleno de confianza. Tengo resonancias interiores que corresponden a las manifestaciones de la divinidad en lo creado. Hasta el corderillo que bala con ternura, de Dios me habla, y del poder creador e infinito me convence.

Pero esta submersión en lo divino no puede prolongarse. Cuando volvemos a la lucha, cuando otra vez nos incorporamos a la caravana peregrinadora, se interponen las miserias, las maldades, el horrible fardo humano, entre nosotros y la visión augusta. Diríase que Dios se aleja de esos desiertos morales que se llaman poblaciones, donde inexorablemente se cumple la cruel sentencia antigua, base fundamental del moderno positivismo: *Homo homini lupus...*

JUEGOS FLORALES

(Párrafos de un discurso pronunciado en el Hotel Taoro)

HE traído a estos Juegos Florales, los primeros que en tierra de Canarias se celebran, todo un tesoro de renovada fé; vengo a deciros como esa fé alienta en mi pecho, y como mis hermanos de Gran Canaria la comparten, y mis colegas en letras la confiesan, y mis correligionarios en religión artística la elevan a la categoría de un culto apasionadísimo; estoy entre vosotros como un cofrade de la gran secta que resucita los viejos ideales para informar con ellos la nueva vida, y como un iniciado entusiasta a quien se le escapa de los labios el canto supremo de verdad, de pasión y de esperanza! Vengo a buscar en el santuario una chispa del fuego sagrado para calentar mi aterido, mi desfalleciente corazón, esperando que la chispa se con-

vierta en incendio y que el incendio se comunique; voy a asomarme al porvenir donde mis ojos buscan afanosos, entre las sombras que pasan, las realidades que perdurarán... Soy vuestro, soy enteramente, en cuerpo y alma, del ideal en que se juntan como tres rayos de la eterna luz, las tres cosas inefables, sacrosantas e indefinibles, que hacen bajar el cielo a nuestros espíritus: belleza, poesía, amor.

En el simbolismo poético de esta festividad, la cual une los eslabones rotos de una preciosa cadena y nos conduce sucesivamente a lo pasado y a lo futuro, a lo pasado para que nos extasieemos con la evocación y a lo futuro para que nos hagamos fuertes con la invocación; en el simbolismo, repito, de esta festividad fastuosa, original y bella cómo ninguna, encuentro creencias que renovar, verdades que adorar. La vieja caballería sin tacha y sin reproche surge otra vez coronada de espiritualidad brillante, la fantasía mariposea sobre los sepulcros donde duermen todos los poetas muertos, todos los trovadores desaparecidos, y los despierta para que vengan a juicio. Este valle se me imagina el valle de Josafat de la poesía, donde los vates, los cantores redivivos acuden a nuestras voces evocadoras e invocadoras, y juntando las suyas divinas cantan el último coro, una despedida a lo que se fué y una salutación a lo que vendrá, un himno compuesto de todas las notas, que desciende a nuestras almas

como una música suave y pasa sobre nuestras cabezas como un aliento de tempestad. Todos acuden a la cita, desde Clemencia Isaura y Ausias March hasta Romanille, Aubanel y Mistral; todos están entre nosotros presidiendo este nuevo certámen de la galantería, esta resurrección del espíritu caballeresco en medio de las maravillas de una comarca incomparable, estas bodas de oro de la Naturaleza con el sol anunciando un hermoso amanecer para Canarias, dormida hasta hace poco en la pesadez y en la inconsciencia de un sueño embrutecedor.

¡Y qué espléndido el escenario donde tan faustos sucesos se desarrollan! ¡Qué vistoso, que sugestivo el marco de semejante cuadro! ¿Cuál podría hallarse más digno de encerrar nuestros amores y nuestras esperanzas, más digno de contener nuestro entusiasmo, más digno de presenciar nuestro ágape fraternal, nuestro banquete de concordia? Una vez pasó por aquí la Primavera, y encontró estos lugares tan hermosos que al punto dijo: me quedo, y se quedó, se quedó para siempre entre vosotros. Sus pródidas galas desde entonces sirven de adorno perpétuo a este valle delicioso, edénico asiento de los nuevos jardines de Armida que llaman a gozar las mayores dulzuras en el seno de una paz inalterable, a la sombra de árboles añosos poblados por colonias de pájaros divinamente vocingleros; alegrados por el rumor de

desatadas fuentes apacibles; matizados por el verde pomposo y opulento de los plátanos, y por el oro pálido de los trigos rubios que espejean cuando el sol los acaricia; gayados y perfumados por las flores que ponen acá y allá, entre las lozanías de la verdura perenne, su esmalte multicolor; abiertos, en fin, sobre el foro grandioso del mar que les canta eternamente una canción de amores. Esta es una fiesta de la inteligencia y es también una fiesta de unión y de paz. Fundidos en un mismo culto espiritual, en un mismo culto purificador, los canarios todos ven a través de la idea artística la idea patriótica, por lo cual la ven ennoblecida, que el arte todo lo ennoblece, y deponen sus viejas rencillas para abrazarse reconciliados ante la tribuna de los Juegos Florales que es un altar. Me complazco en creer que los que no han venido, con la voluntad y con el deseo nos acompañan, y en pensar que los Juegos Florales inauguran una época de buena armonía, de solidaridad y de prosperidad; una época en que Canarias, sintiendo por fin su fuerza se obligue a conservarla y a desarrollarla, a vivir la vida propia de nuestros tiempos y a poner como condición de esa vida, en el trabajo, en el trabajo bajo todas sus formas múltiples, el punto de mira. El elemento intelectual ha preparado este acercamiento, y ahora consume la reconciliación; en las serenas regiones cerebrales nació el primer impulso para esta grande obra,

obra práctica a la cual ha precedido otra obra teórica, de continua propaganda, una obra de pensamiento proseguida con tenacidad admirable. La política nos había separado; el arte nos reúne. Los intereses materiales habían abierto entre nosotros inmensos abismos: los intereses espirituales los colman, los cierran, los suprimen, y llamándonos a la realidad, llamándonos a la razón, nos dicen: si quereis ser grandes, si quereis ser fuertes, acordáos de que sois hermanos y fundad para siempre en hechos permanentes vuestra hermandad. Hermandad fecunda, hermandad para el bien común, hermandad salvadora que reconstituirá el hogar deshecho de las siete islas hermanas, divididas hasta hace poco por malhadadas desinteligencias, hoy avenidas, salvadas mañana por un esfuerzo supremo de amor y de fe.

Este doble aspecto tiene la fiesta que celebramos: manifestación triunfante de la literatura regional, palenque libre donde nuestros escritores ganan laureles y conquistan pacíficos trofeos, será además punto de partida de progresos positivos, si acertamos a sacar consecuencias provechosas y tenemos energía y perseverancia suficientes para mantenerlas. Fiesta bella y útil, con una faz hermosa, hermosísima, de alto valor estético, con otra faz de utilidad indudable que mira a las conveniencias de orden material, al bienestar y al engrandecimiento de nuestra

región una e indivisible, de nuestra región canaria sin divisiones internas, sin intestinas luchas, sin recelos ni antagonismos enojosos, consagrada al servicio de los grandes fines de la civilización, buena para sí misma y buena para la humanidad. La faz bella a que me refería, desde luego muéstrase subyugadora. En medio de esta atmósfera serena, me alucinan y cautivan espejismos morales que son como un reflejo de la naturaleza paradisiaca en mi alma estremecida por alientos omnipotentes de vitalidad, por emanaciones irresistibles de la belleza circundante; en medio de este valle amenísimo cuyos senderos parecen conducir todos a la gloria de una bienaventuranza desconocida, a la felicidad, a la beatitud, a los placeres inmortales, creo contemplar el regreso de los ídolos, la vuelta de los dioses, toda una procesión de sombras augustas reanimadas por nuestro conjuro, que vienen a dictarnos en una sola ley, de un solo precepto, el sumo principio confortador y divino: sobre la caducidad irremediable de las cosas terrenas, la eternidad del arte, y sobre la eternidad del arte únicamente la eternidad de Dios. Yo fantaseo como un enfermo delirante en presencia de tanta hermosura, dejando que la imaginación, la loca de mi casa, corra a su guisa en demanda de soñados paraísos, mientras que la razón calculadora allá se queda rezagada y perdida pidiéndole en vano que descienda a los abrojes de la ingrata realidad;

pero la imaginación no desciende, sino que sigue y sigue, sube y sube. Y me ha parecido que, en virtud del parentesco natural existente entre la mujer y la flor, la rosa fragante, la lozana rosa, lauro del poeta vencedor en estos juegos, iba a posarse por sí misma en la cabeza de la reina colectiva del torneo; y que de aquella cabeza gentil partía una espiral invisible por donde nuestras ideas imantadas, purificadas, abrillantadas, aladas, iban a perderse en lo infinito de la Poesía.

Estas fiestas nos descubre ilimitados horizontes. Mirándola por su lado actual, es la afirmación de nuestra personalidad como pueblo intelectual, como pueblo artista, como pueblo productor en la esfera literaria, como pueblo que tiene fisonomía propia y de un golpe la muestra: considerándola en sus proyecciones sobre lo futuro, es la promesa alentadora de bienes fecundos y duraderos, de amistades indisolubles, de obras firmes y sólidas. A nosotros toca trabajar por que esa promesa en realidad feliz se convierta muy pronto. ¡Hombres de inteligencia, hombres de acción, hombres de pensamiento, hombres de iniciativa; poetas, escritores, oradores, periodistas, los que pensáis y los que ejecutáis, los que proponéis y los que cumplís, y los que ayudáis, brava legión donde todas las armas se confunden y donde flamean mezclando sus pliegues todas las banderas, dirigid esas armas a un mismo punto, clavad

esas banderas en la fortaleza encumbrada, y unidlas hasta formar una sola gigantesca, un inmenso paño de altar! Trocadlas en instrumentos de labor ruda y grosera, cuando el caso llegue, pero mirad siempre, siempre a lo alto, para no perder de vista las luces guadoras del Arte, que hacen a la realidad más clara y más bella. El camino es penoso; pero alumbrado así, centuplicados los bríos por el patriotismo, multiplicadas enormemente las fuerzas por la unión, corto parecerá, y mucho más corto cuando a su término, se abran nuevos horizontes, se enciendan nuevas luces, y sigan las armas siendo una sola arma y las banderas una sola bandera... Entonces descansaremos, haremos alto para reposarnos un poco de las fatigas de la travesía, y luego continuaremos andando y laborando, soñando y construyendo, llevando delante la visión consoladora de una grande patria futura.

Desde estas eminencias fantásticas donde nos mecen sueños poéticos que son como rosadas nubes, no perdamos de vista el terreno práctico. El arte tiene de bueno, ya lo he dicho, que esclarece las cosas reales, que enseña a percibir las mejor, pues las hermosea sin desfigurarlas y les presta relieve sin quitarles volumen. La literatura, después de unirnos en su campo neutral, nos señala objetivos desinteresados, que solo han de conseguirse mediante una labor patriótica. La revelación artística se completará

con la realización material de las vastas empresas que harán a nuestra región próspera, rica y fuerte, que la ennoblecerán y engrandecerán. Emprendida la marcha, debemos proseguirla como un ejército conquistador que estrecha sus filas y se siente invencible al sentirse unido, compacto y disciplinado; compañeros de faena, debemos ir hasta el fin formando un solo cuerpo. Y si hay obstáculos, nuestro empuje los vencerá, y si hay botín, como tiene que haberlo, nos lo repartiremos como hermanos.

Medid el espacio recorrido por la cultura canaria en los últimos veinte años. Bien puede decirse que hemos realizado una evolución completa; que hemos pasado de nuestra edad de piedra a nuestra edad de oro; que hemos salido de la clase de innominados para tener un nombre y un apellido honrosos. Desde aquí, desde este punto que es el término de una jornada histórica, podemos abarcar tan grande distancia. Considerándola en altura, el Teide la simboliza; considerándola en extensión, la simboliza el Valle de Orotova desplegando al sol sus soberbios tapices bordados, tendiendo hacia el mar sus llanuras feraces, elevando de todos sus ámbitos, en mil rumores, un canto omnipotente de vida y trabajo. Yo me asomo al porvenir por la abertura inmensa de este valle, y lo saludo lleno de confianza. No nos extraviemos en los caminos entrelazados de este paraíso; sólo hay entre ellos uno que

pueda conducirnos a la fortuna, a la grandeza, a la dicha; camino recto, camino seguro, camino abierto sobre la inmensidad de la esperanza. Sabemos dónde empieza, pero ignoramos dónde acaba, porque se pierde en lo indefinido. Hemos entrado en él: prosigamos recorriéndolo como vigorosos alentados viajeros, y brindemos porque una constante buena suerte nos acompañe».

EL PUENTE DESTRUIDO

HABÍAMOS fabricado un puente de comunicación espiritual entre nuestras dos islas. Con esfuerzos del pensamiento, con empujones de la voluntad, con arrebatos del cariño, lo hicimos en afanada tarea de muchos años. Para hacerlo, rechazamos con el pié los obstáculos amontonados por el malquerente egoísmo, por la preocupación ciega y el interés político descasado. Mientras trabajábamos, nos alumbraban los ideales y sentíamos retirarse a nuestras espaldas, en derrota y en tumulto, las pasiones que nos habían hecho olvidar nuestra condición de hermanos.

Se terminó la obra, la contemplamos orgullosos, y vimos que era buena. No pensamos en

que pudiera ser derruída por el mismo enemigo que acabábamos de vencer.

Y ved aquí que el enemigo vuelve, y la derrumba de un soplo. Así levantaba y demolía puentes el diablo en las añejas leyendas...

¿Quién es nuestro diablo?

Yo lo conjuro con este libro.

*
* *

Una vez más se ha evidenciado la oposición entre la política y la literatura. Los políticos han deshecho la obra de los hombres de buena voluntad. En un minuto, nuestro trabajo de tantos años ha venido a tierra.

Sólo me incumbe lamentarlo con profunda amargura, como una derrota en que me corresponde parte y de la cual he resultado herido. Olvidemos motivos más altos, completamente impersonales: hasta por egoísmo, por ese móvil que suele inspirar los actos de la política, aquí y en donde quiera; hasta por egoísmo, debemos procurar que los canarios vivan siempre unidos. Es necesario que vivan y permanezcan en paz y concordia, para que el progreso y el bienestar comunes no se interrumpan.

Cultívese la emulación digna y leal entre las islas rivales; pero no se olvide que, a despecho de todos los accidentes, formamos un hogar y una familia.

LA VILLA - CHASSERIAU

UNO de los recuerdos más agradables que conservo de mis recientes excursiones por Tenerife es el de la visita a la magnífica quinta del barón de Chasseriau, situada en Tegueste, muy cerca de La Laguna.

Había admirado antes de llegar a ella, bajo diversos aspectos, la naturaleza sólomente: en ella pude admirar la naturaleza y el arte. El barón de Chasseriau, antiguo cónsul de Francia en Tenerife, construyose aquel refugio de artista refinado y de sibarita para pasar largas temporadas lejos del mundanal ruido, viviendo a lo gran señor.

El edificio, cómodo, espacioso y elegante, reproduce en su traza el estilo de las «villas» italianas. Rodéanlo extensos jardines donde una

vegetación cuidadísima y una interesante flora exótica despliegan sus galas multicolores. La mano misma del barón, notable jardinero, guía el desarrollo de las plantas con pericia y cariño no mal correspondidos, pues crecen aquéllas llenas de vigor y lucen orgullosas sus encantos. La abundancia de ejemplares raros, el pululamiento de ricas especies dentro de las estufas y a lo largo de los senderos, hacen del precioso parque un verdadero jardín botánico. Cuando lo visitamos, los primeros soplos fríos del otoño empezaban a despojar la arboleda; pero no por ello dejaba de aparecer encantador en su semi-desnudez, cubierto con una crujiente alfombra de hojas muertas.

El barón de Chasseriau, amable *gentil homme campagnard*, nos mostró cuanto hay en su posesión digno de verse, que no es poco, desde maravillas de floricultura hasta tesoros inapreciables de pintura y estatuaria antiguas. ¿Quién sospecharía que en aquel deleitoso escondite estuvieran coleccionadas joyas auténticas, obras maestras de las mejores escuelas pictóricas, y además, algunas muestras soberanas de diversas artes plásticas?

El barón es un inteligente e infatigable *amateur*. Ha formado una valiosa colección artística, parte heredada, parte adquirida a precio de oro. Se complace en enseñarla a sus visitantes y, como tiene competencia suma, como sabe la historia

y el mérito de cada obra, de cada pieza, los ilustra con oportunas observaciones y abundantes notas. La Villa-Chasseriau, escondida en el rincón florido y aromado de Tegueste, contiene riquezas de museo.

Con no fingido entusiasmo celebramos lo que vemos para que se nos permita ver lo que aun permanece oculto. Arbustos peregrinos, semejantes a árboles enfermos, llaman nuestra atención en el parque. El barón de Chasseriau nos los designa por sus nombres botánicos, entonando un himno a la magnificencia de la vida en los trópicos.

—Ahora verán ustedes lo mejor,—nos dice con su voz cascada, lenta y mimosa.

Lo mejor son los cuadros, las estatuas, los objetos suntuarios de lejanas épocas, reunidos en las habitaciones. Entre los lienzos, figuran una Virgen de Palma el Viejo y una hermosísima figura de mujer, de Albano. Hay también obras admirables de la escuela francesa, primorosos trabajos de ebanistería y marquetería, productos de un exotismo pintoresco en cuya selección y colocación se hace patente el buen gusto de sus poseedores.

El conjunto, sin embargo, visto de prisa, me causó una impresión de *pele mete* artístico, de exhibición de bazar, confusa y deslumbradora; pero es que me faltó tiempo para separar, distinguir y analizar los componentes.

—Todavía no han visto ustedes lo mejor,— agrega el antiguo cónsul. Y nos muestra un reloj monumental que perteneció a la reina Ana de Inglaterra.

¡Cuántas horas habrá marcado!

—Lo mejor,—decimos nosotros al despedirnos del barón y de la baronesa, dama venerable de señorial aspecto,—lo mejor aquí es la amabilidad de los dueños de tanta belleza y riqueza.

—No, todavía no han visto ustedes lo mejor,—responde él, con su voz de niño viejo, lenta y mimosa.

Como era tarde y temíamos abusar, nos quedamos sin ver lo mejor. Pero lo que vimos nos pareció excelente.

SAN DIEGO DEL MONTE

MERECE ser visitado San Diego del Monte, donde en otro tiempo tuvo su nido de sombras una comunidad que ha dejado en aquel sitio umbroso y plácido nombre y recuerdo perdurables.

Eran como los guardianes de La Laguna aquellos buenos frailes apostados en un punto místicamente estratégico desde el cual agitaban en dirección de la ciudad sus incensarios y le enviaban sus preces. Una inmensa casa de oración debía ser toda La Laguna entonces, con sus conventos escalonados e idealmente comunicados cual estaciones para el viaje al cielo.

Todavía hoy guarda la vieja ciudad encantadora su aspecto levítico, a despecho del tranvía

eléctrico que la atraviesa y de los progresos múltiples que poco a poco la van transformando. Su modernización será obra lenta que habrá de robarle los rasgos más simpáticos y más nobles de su fisonomía. Me agrada mucho tal como se conserva, conquistada a medias por el movimiento de los tiempos, grave y recogida al abrigo de sus campanarios cuyas lenguas de bronce nunca callan. Reina en sus calles, de ordinario, un silencio claustral; un ambiente de reposo y de meditación lo envuelve todo, y la piedra de la fachada de las casas heráldicas refleja la melancolía suprema de las cosas que fueron. Hundida en el pasado, La Laguna comienza hoy a emerger, sacudiendo su manto de recuerdos augustos.

La subida a San Diego es grata, porque se va entre verduras suntuosas y entre sanos aromas campestres. Aun permanece en pie un resto de la antigua construcción monástica e intacta queda la ermita, llena de singulares vestigios. Allí me mostraron sobre un labrado sepulcro la efigie en mármol del fundador, piadoso hidalgo de antaño.

Pero lo más curioso es la historia ilustrada de un lego que hubo en el convento, famoso por su santidad y por sus obras taumatúrgicas. El lego, cuyo nombre no recuerdo ni hace al caso, llegó a verse asistido de tanto poder divino, que operaba milagros; verdaderos, auténticos y descomunales milagros. Los operaba en sí mismo y

en los demás, en los racionales y en los irracionales. Una vez resucitó a un pollino. Otra vez arrebatóle un desaforadísimo diablo y cuando ambos estuvieron en las más encumbradas regiones del aire, lo dejó caer o se le escapó de entre las garras. Cayó Fray Juan (creo que así se nombraba el leguito) y se rompió la espina dorsal; pero por la gracia de Dios que nunca dejó de asistirle, pronto volvió a encontrarse sano, derecho y rozagante. Que no se hubiera hecho tortilla al caer era ya milagro calificado.

Estos y otros portentos han sido perpetuados en estampas de una ejecución seráficamente candorosa, sin más colores que el gris y el negro; pero como hay en ellas don sobrenatural, no obstante su burda sencillez, convencen. ¡Qué mano de santo debía de tener el lego para todo!

Al olor de sus virtudes, las gentes acudían esperanzadas e importunas. Pedíanle remedio a las tribulaciones, alivio a los pesares, satisfacción a las mundanas ambiciones; y él, dadivoso de los bienes que el cielo por su mediación transmitía a la precaria grey humana, no se cansaba de curar, consolar, reparar, satisfacer. Ibanle en súplica para que la próxima cosecha fuese abundante, y las mieses reventaban en espléndida granazón; le demandaban el agua, y llovía; tomábanle cómo intercesor a fin de que la paz volviese a reinar en las familias desavenidas, y volvía la paz; le rogaban que mirase por la prole

o que hiciese de manera que tornara al conyugal redil un marido descarriado, y la prole crecía lozana, y el marido en extravío tornaba sumiso y tierno. De estos prodigios, y aun de otros mayores, obró muchos Fray Juan.

¡Qué falta nos hacen hoy hombres así, en quienes floreciera mil veces el milagro, no para creer, que la fe verdadera no necesita estímulo, sino para aligerar con celestes dádivas y bendiciones la carga de la vida!

Aun está en pie la celda del leguito. Las paredes, cubiertas de inscripciones, algunas harto irreverentes, desvían la imaginación del rumbo glorioso que el recuerdo de tantas maravillas la hace seguir; y cuando se considera que en tan estrecho recinto tuvo albergue tanta beatitud y tanta potencia milagrera, el ánimo del visitante se anonada y se confunde. ¿Por qué se habrá extinguido para siempre la casta maravillosa de los legos que resucitaban pollinos? En un lienzo comido por el tiempo, campea, apenas discernible, la imagen de Fray Juan. Era muy feo, como casi todos los Santos.

.

En la época en que el convento de San Diego se hallaba en su mayor auge, las tierras bajas que rodean la antigua ciudad de San Cristóbal

estaban anegadas y formaban un extenso lago. De ahí la denominación que aquella lleva desde su origen.

Los frailes de San Diego atravesaban la laguna en barcas. Hábiles remeros, cruzaban las aguas cenagosas, imágen del mundo corrompido que la mística pinta y maldice, precaviendo contra sus riesgos innumerables al pecador. Serían de ver los buenos religiosos en la tarea de conducir sus embarcaciones a través del reducido piélagos, arremangados los hábitos, aferrados al remo los brazos nervudos, expertos en manejar el timón de la nave de Dios...

EL INSTITUTO

LA Laguna hace valer con especial predilección su título de ciudad académica, cabeza en este sentido del Archipiélago por haber educado generaciones de canarios que han brillado y sobresalido en altas esferas. Allí radicó la Universidad de San Fernando, cuyo restablecimiento se ha solicitado en vano de los gobiernos. Allí estuvo la Meca estudiantil hasta que, consumada una descentralización relativa por los últimos planes escolares, ha dejado de serlo; pero sigue siendo la gran sede de la enseñanza en Canarias.

Tiene mucho de venerable el Instituto en su vejez, como las cosas todas de La Laguna. Los que hemos cruzado sus claustros, siquiera haya sido accidentalmente, tornamos a ellos en las horas serenas de las meditaciones profundas.

Hay rinconcitos familiares, escondrijos amados, hacia los cuales se nos escapa, indómito, el pensamiento cuando nos ponemos a pensar en lo que fué, en lo que pasó... Cada discípulo se deja un pedazo no pequeño de su propio ser en los lugares donde percibió tembloroso las primeras revelaciones, donde sintió que se le acercaba ese algo formidable, espanto del hombre antes de serlo: la ciencia, el deber, el porvenir, la vida... ¡Las almas de los estudiantes vuelven llevadas por la querencia al aula e idolatran de viejas conscientemente lo que de jóvenes amaron por instinto! Los maestros, por ley de moral simpatía, han de sentir llegar las sublimes golondrinas que no se sabe cuándo se van ni cuándo regresan; pero que peregrinan sin descanso, sucediéndose al azar de las *fugas* espirituales, yendo y viniendo... En las bóvedas del Instituto habrá siempre misteriosos revoloteos de esas almas emigradoras.

El Instituto se ha transformado en los últimos años, bajo la dirección activa y *revolucionaria* del Sr. Cabrera Pinto. Digo revolucionaria para manifestar con exactitud enérgica el carácter de las reformas que aquel establecimiento docente ha sufrido. Entró en él la revolución, y le ha dado una faz nueva, rehecha y vistosa. Ya las almas emigradoras, a que acabo de referirme echan de menos el espíritu de la añeja tradición, desalojada. La tradición es bella por sí misma: si la matamos

nos herimos en lo más delicado de alguna fibra interna. Pero las cosas marchan, cambian y se renuevan, aún allí donde parece que están perpetuamente inmóviles.

Hoy el Instituto se nos muestra modernizado. Ha sacudido el polvo de los años, y sonríe a la nueva estudiantina que llena sus patios y sus salones con el canto matinal de la adolescencia. La limpieza, la higiene, el orden, la comodidad, el buen ornato, han cambiado el aspecto del vetusto templo de la enseñanza. Más todavía: ni vetusto aparece, porque esas modificaciones y reformas le han dado una segunda juventud. Los edificios, como los individuos, se remozan aliñándose, acicalándose, adornándose. El Instituto de La Laguna, vivificado y embellecido, diríase que espera la resurrección de sus días gloriosos.

En la plazoleta se ha formado un lindo parterre, circuido de una verja elegante; el frontispicio luce pintura fresca de tono oscuro con cuadrados blancos en rayas menudas. Desde que se traspasa la puerta monumental, empieza a notarse la huella de la mano reformadora de Cabrera-Pinto por todas partes. El salón de actos ha sido ensanchado, decorado con gusto sencillo y severo; las aulas relumbran de aseo minucioso, la biblioteca ostenta sus treinta mil volúmenes en una ordenación perfecta, y se ofrece a los visitantes como un vasto arsenal de cultura, el

primero de Canarias. En el menor detalle se echa de ver la ilustrada diligencia y ardiente solicitud del hombre que ha hecho en el Instituto la revolución. Hasta los alumnos que recorren en bandadas bullidoras los claustros y los jardines, creo yo que se sienten más jóvenes en aquel ambiente renovado y puro.

LOS OBREROS

Los obreros de Santa Cruz, organizados para las grandes luchas en que les será forzoso intervenir, constituyen hoy una milicia social nutrida y respetable. Forman una masa corporativa que se mueve al impulso de los ideales, sabiendo bien adonde va, lo que se propone y lo que le conviene hacer. Tardíamente, pero con firmeza, la conciencia de clase se ha revelado en ellos, y se ha hecho fuerte. Unidos por los vínculos de la más estrecha solidaridad, marchan a la descubierta, y ya se han batido en diversos encuentros con el capitalismo y con la tiranía de los patronos.

Este despertar del proletariado a los requerimientos de su destino debe mencionarse entre

los mayores progresos logrados por Tenerife en los últimos años. Los trabajadores avanzan, ganando terreno; estaban dispersos, y se han sumado; eran débiles, y se han fortalecido mediante la unión. Tienen un credo y una enseña. ¿Qué les falta para acabar de imponerse?

Mantener las condiciones en que se han constituido, y persistir en la propaganda por los medios numerosos que se hallan a su alcance. Han recurrido a la huelga sin resultado aparente; pero es indiscutible que con establecer el procedimiento por primera vez en el país, con haber hecho sentir la fuerza de su organización, con permanecer compactos y vigorosos después de las pruebas adversas que han sufrido, su causa se acredita y el día de su triunfo se acerca. Esa resistencia probada, esa inflexibilidad reconocida, valen por los laureles de muchas victorias, porque prometen para pronto el éxito. Vencen las nobles causas cuando la perseverancia, cimentada en una convicción inquebrantable, las sostiene contra viento y marea.

Al ponerme en contacto de los obreros de Santa Cruz, me ha sido dado apreciar lo sólido de su incorporación, lo elevado de su nivel intelectual, lo valioso de sus elementos directivos. No cabe duda que esa clase, bien conducida, se encaminará al logro de sus legítimas aspiraciones y podrá convertirse en factor decisivo para la transformación de la sociedad canaria. Son

tropas de refresco que, alentadas y ardorosas, sin la impedimenta moral de las derrotas repetidas, vienen del horizonte enlutado por el duelo de nuestras decepciones hacia el horizonte sereno que nuestras esperanzas tiñen de rosa. No se han manchado de fango en las tierras bajas y pantanosas de la política. Al contrario, su instinto claro-vidente les dice que en esa dirección están para ellos el enemigo y el peligro.

Resueltos a esquivarlos, se limitan a cultivar, mejorar y ensanchar su heredad, sin hacer incursiones en otros campos, mucho menos en aquellos de aprovechamiento común donde el inmoral caciquismo, planta maldita, brota y medra absorbiendo el jugo de los sufridos pueblos. Con esta condición, los obreros de Santa Cruz, llegarán a pesar mucho en los destinos de la isla hermana; serán verdaderamente el cuarto estado, pero no un estado fluído, sino un estado *sólido*. Tendrán personalidad *política*, aunque en la política no se entremetan, y lograrán al cabo las reivindicaciones que persiguen.

De ello es prenda segura la armonía que les mantiene asociados para trabajar por sí mismos, por su causa, por sus principios e ideas, mientras en torno de ellos se continúa y llega al frenesí, el desvergonzado *cake-walk* de políticos y caciques.

¡Qué diferencia respecto de los obreros de Gran Canaria! Estos, por causas que no me

cumple analizar aquí ⁽¹⁾, han realizado la misma obra a la inversa: se organizaron, y luego se desorganizaron y dispersaron como un ejército disuelto antes de entrar en batalla. Van ahora deshechos y entristecidos, sin guía, sin rumbo, sin saber que hacer de las armas inútiles ni donde depositar la plegada bandera...

(1) He de analizarlas algún día. Precisamente ahora anuncian su propósito de reorganizarse.

SANTA CRUZ

LA capital de Canarias ha progresado mucho en los últimos quince años. Lo mismo que Las Palmas, en Gran Canaria, constituye Santa Cruz, en Tenerife, el resúmen y el índice de los adelantos de aquella isla. Se ha duplicado su población, se ha renovado en gran parte su caserío, aunque todavía el rojo coralino de las tejas brilla en muchas techumbres. No perjudica este detalle a la visualidad, antes la alegra y entona por el contraste con el blanco deslumbrador de las construcciones modernas.

El aspecto de la ciudad, cuya perspectiva difiere de la de Las Palmas, es bonito. Las Palmas, aprisionada en estrecha faja de terreno, no pudo en ella acomodarse, y ha trepado risco arriba, en un desórden, en un desparramamiento

que da aspecto pintoresco e irregular a sus suburbios. Santa Cruz, desarrollada y extendida en un espacio más libre, se ha estirado con mayor holgura; pero una y otra ciudades conservan, a pesar de su creciente *europaización*—empleemos la palabra, puesto que está de moda,—aquél carácter moruno que siempre se les atribuyó. Débenlo, más que a su traza, en mi sentir, a las condiciones del paisaje circundante. Las peladas rocas de Anaga que encajonan a Santa Cruz, los cerros y los campos polvorosos que ciñen a Las Palmas, desde la primera ojeada evocan el recuerdo de las tierras arábigas y marroquíes, en quienes han visto Arabia y Marruecos. ¡Pero cuánta diferencia se advierte, y qué grata sorpresa se experimenta luego, si se avanza en el interior de ambas islas! La primera impresión queda borrada del todo, rectificadas; a cada paso que se dé en el terreno accidentadísimo, una belleza, una seducción surge ante los ojos.

Pero no es necesario internarse para notar señas inequívocas del progreso del país. Las influencias encontradas del cosmopolitismo le han dado una fisonomía característica, en la cual se suman innumerables rasgos. Lo típico, lo castizo, lo indígena se va a gran prisa. En cambio, se acumulan elementos de vitalidad y energía que determinarán, andando el tiempo, una magnífica resultante. No en vano pasan

sobre el Archipiélago Canario, receptor maravilloso, todas las corrientes de la civilización.

Santa Cruz y Las Palmas recogen y concentran tales corrientes, las cuales, por desventura, no llegan hasta los puntos extremos de la red de islas. Esa retención explica el porqué, habiendo en Las Palmas y Santa Cruz tanto calor vital, hay en muchos puntos de Tenerife y Gran Canaria frío e inercia.

No me propongo hacer comparaciones. Lo que me importa es dejar constancia en este capítulo de los progresos evidentes y notables que ha cumplido Santa Cruz. Tiene instituciones modelos, como sus hospitales; edificios hermosos como la Capitanía General, Santa Cecilia, el Palacio de Justicia y el Hotel Británico, entre otros; barrios de ensanche elegantes e higiénicos, donde el sello europeo, el modernismo de buen gusto, dan una nota bella. Algunas de esas recién abiertas calles, con su doble fila de lindos hotelitos, son preciosas. ¡Lástima que la acción municipal, allá como aquí, por deficiencia de medios o por otras causas, haya tenido y tenga tan pequeña parte en el desarrollo y las mejoras de las dos poblaciones! Si la asociación en grande escala del capital privado la supliera, ¡cuántas maravillas se podrían realizar en poco tiempo! ¡Qué avance podría imprimir a pueblos en pleno crecimiento, jóvenes, laboriosos y fuertes! Pero no se despierta de su modorra el espíritu isleño,

marroquí por su indolencia, como el aspecto de nuestras ciudades, aunque la actividad creadora del extranjero lo excita y lo sacude...

Para fines menos positivos sí que se manifiesta en Santa Cruz, poderosa y eficaz, la tendencia a la asociación. Son en crecido número los centros sociales que viven, funcionan y se robustecen en su seno. Desde el Club Tinerfeño al Ateneo, y desde la Benéfica a la X, cuéntase una serie de sociedades aplicadas a distintos objetos, mantenedoras y promovedoras de una animación muy viva. Son también, en sus respectivas esferas, agentes de progreso; y contribuyen a despertar estímulos que se traducen en obras útiles. Debemos reconocerlas como un síntoma progresivo que, agregado a la intensidad de la vida social, caracteriza a Santa Cruz. (1)

(1) El desarrollo y movimiento de Las Palmas, verdaderamente asombroso, tendrá su capítulo en otro libro.

EDICION DE 1923

SANTA CRUZ

SALÓN «FRÉGOLI»

FRÉGOLI, el artista de las transformaciones múltiples y sorprendentes, ha dado su nombre a una sociedad de Santa Cruz, que en materia de transformismo hace verdaderas maravillas. Lo que ella no transforme, nadie lo transformará. Entra usted en sus salones aburrido y melancólico, y sale con la cara iluminada por la alegría. ¿Qué es lo que ha pasado para que tal cambio se cumpla, para que el *spleen* se trueque en buen humor y se amenicen las desoladas perspectivas de la existencia ante los ojos que las miraban entristecidos o las huían desesperados?

Es que en «Frégoli» impera un espíritu de cultísima fraternidad, y ese espíritu ejerce irresistible atracción. El que penetra en aquel círculo

regocijado y distinguido, al punto se contagia y siente que la vida debe ser así, como los simpáticos socios fregolistas la entienden y la practican. A la puerta se quedan los graves cuidados, las preocupaciones obsesionadoras, los afanes del diario batallar; dentro hay una atmósfera propicia a las expansiones discretas y, especialmente, a los encantos de una camaradería afectuosa, noble, despreocupada y bonachona. Allí se olvida lo que enoja y se alijera lo que pesa; allí se procura, con cierta comprensión helénica de la filosofía del vivir, aliviar la pesadumbre de las horas cargadas de hastío. Allí el gesto alegre, la ocurrencia ingeniosa, el desenfado de buen género, el humorismo de buen tono, la iniciativa original y feliz, sucediéndose constantemente, ahuyentan las penas. El travieso diablillo que manda en «Frégoli», diablillo urbano y amable, semejante al genio que muda la fisonomía del célebre transformista italiano, nunca se está quieto y ocioso.

Las fiestas de «Frégoli» son espectáculos singulares en que Santa Cruz desarruga el ceño. Siempre las distingue alguna nota de novedad o de elegancia. Los «muchachos»—y cuenta que los hay de todas edades, hermanados por el común deseo de divertirse honradamente,—imaginan sin tregua mil muchachadas. Hoy organizan un baile que hace furor, al cual acude la sociedad santacruzera en peso; mañana dispondrán una

jura de bandera que dejará larga memoria. Y de esta suerte, entre bromas finas y veras risueñas, entre festejos mundanos y empresas benéficas, han llegado a constituir en Santa Cruz un verdadero poder social. Representan la *fine fleur* de la sociabilidad tinerfeña. Al son que ellos tocan, todo el mundo baila, ríe y se regocija.

Tienen ellos, acaso sin sospecharlo, parentesco con los buenos ciudadanos de Atenas; adoradores de la hermosura, del sol, de la alegría de la naturaleza. Filósofos a su modo, esquivan los caminos donde se pavonean los filisteos hipócritas, los mojigatos ridículos; entienden que vivirla es, sobre todo, gozar lícitamente de la vida, vivir en su integridad espléndida ¿Podrá dejar de reconocerse que éste es un ideal hermoso? Lo es, principalmente, por ser humano.

En «Frégoli» he encontrado yo un compañerismo galante y obsequioso, una hermandad sincera, un ambiente de cortesía, de espiritualidad y de buen humor que recuerdo con complacencia. Quisiera que los «alegres compadres» fuesen a las demás islas como gratos embajadores, y llevasen esos dones preciosos, para vencer y alejar la pesada monotonía y el abrumador tedio, de quienes se han declarado irreconciliables enemigos. Quisiera que trajesen su bandera, para jurarla también aquí, en Las Palmas.

SAMBURGO, O EL HOMBRE MISTERIOSO

SANTA Cruz le conoce, y él, en su inconsciencia, conoce a Santa Cruz. Llegó hace muchos años de lo desconocido y todavía es una incógnita sin despejar. Su primer acto de toma de posesión fué un vigoroso puñetazo que aplicó a un guardia, al primer hombre que se cruzó en su camino. Aquel hombre era la autoridad, era la impenetrabilidad con uniforme; pero el puñetazo era una afirmación contundente del yo combativo. Quien pega se afirma. Así entró Samburgo en Tenerife. Por no saber como llamarle, le llaman «Samburgo», nombre convencional, provisorio. Lo mismo podría llamarse Hamlet, o Robinson, o Don Quijote.

El mar nos lo arrojó un día como un pecio. No traía equipaje, ni pasaporte, ni cédula. Habla-

ba francés; zurraba para quitar estorbos, para abrirse paso en la ínsula salvadora. No se supo más, por lo pronto. Después, tampoco se ha sabido, y las gentes comenzaron a urdir mil conjeturas y patrañas para explicar respecto de aquel individuo misterioso lo inexplicable. Sus dioses le habían abandonado; pero no se sabe cuáles eran sus dioses. Samburgo se ignora, lo ignoran, y, sabiendo muchas cosas, lo ignora todo. Sabiendo muchas lenguas, no habla ninguna. Ni feliz ni desgraciado, procura mirar con el mismo desprecio la dicha y la desgracia, la vida y la muerte.

Ha llegado a convertirse en objeto familiar y divertido de la población santacrucera, un mueble viejo y roto, para cualquier uso. Unos le interrogan, otros le apuran, otros le tiran de las orejas. Perro pacífico y vagabundo, come de todos y a nadie muerde; si mordiera, acaso se mordería a sí mismo. Lleva sus andrajos, como Diógenes, con el decoro de la filosofía. Es el inclusero, el expósito de un pueblo, que ora recibe halagos, ora puntapiés. Mas él conserva siempre un rostro sereno e inmutable, bajo las caricias igual que bajo los golpes, como el mastín bien educado; un rostro que desafía al porvenir.

En virtud de automatismo cerebral, repite los actos de su existencia anterior, sin duda más honrosa y útil que la presente. Debió haber poseído múltiples, extensos y sólidos conocimien-

tos, los cuales muestra a veces, en retazos, en rápidas iluminaciones de la memoria y la inteligencia. Hace cálculos complicados, escribe recetas con fórmulas seguras o dosificaciones exactas sobre la mesa de un café, cuando se lo suplican (hay que suplicárselo). Tiene rasgos y gestos de gran señor: jamás pide limosna, pero si se la dan la toma, y luego a su vez la da al primer mendigo que encuentra, con un ademán socrático o verleriano. Le invitan a comer para verle comer, pulquérrimamente. Y su miseria desdeñosa hace recordar la de los grandes pordioseros atenienses, aquellos que llevaban linterna para descubrir a un hombre y se permitían decirle a un soberano: Quitateme de delante, que me robas la luz del sol.

No habla sino cuando le preguntan, y entonces contesta en frases cortadas, sibilíticas, incomprensibles. Se expresa en una jerga multilingüe, formada de reminiscencias de varios idiomas, una verdadera confusión de lenguas... y de acentos. Nunca ladra, ni gruñe, ni acomete, no obstante su categoría social de perro ciudadano. Algunos le consideran el último personaje de un gran drama en que perdió la razón y salvó la vida para ser un fantasma trágico. Otros le creen un burlador filosófico envuelto en el nubarrón de un enigma. Otros, en fin, un superloco. Cayó en Santa Cruz como una piedra, y su vivir es rodar, y nadie la recoge. Fué, pero no se sabe lo que fué. Es, pero por haber sido. Sólo tiene

pretérito, como los muertos. Creyérasele un desenterrado que no se decide a volver a enterrarse, por odio a la tierra.

* * *

Cierto día, Samburgo, como si respondiese a señales que le hicieran desde muy lejos, intentó la fuga. Algo ocurrió en su cerebro, ignorado de él y de todos. Samburgo comprendió, Samburgo quiso...

Encaminóse al puerto con el mismo paso arrollador con que desembarcara muchos años atrás. Entró en el Atlántico como Vasco Núñez en el Pacífico, ganó nadando un barquichuelo que parecía esperarle y brindarse a ser cómplice de su escapatoria, metióse en él, izó velas, y proa al horizonte. El naufrago volvía en busca del naufrago. El abismo llamaba al abismo... *Abyssum abyssus vocat*. Pero los dioses ¡ay! no le devolvieron su gracia. Y el mar volvió a escupirle como un cadáver que tampoco en el líquido elemento podía encontrar sepultura.

GLORIA IN EXCELSIS

CERRADO el bello hotel «Pino de Oro», la bondad obsequiosa de su gerente Mr. Lewis y su amable señora, mis buenos amigos, me permite gozar aún durante algunos días los encantos de sitio tan ameno. Quédome aquí como huésped de aquella distinguida familia, a la que debo gratitud sin límites.

Y he seguido paseándome a solas por los jardines llenos de poesía embriagadora. A solas, no, me acompaña la reina Primavera. Todo la anuncia, todo la hace presente en la tierra, en el cielo, en el aire, en el mar; todo la canta, todo la bendice. La naturaleza es una vírgen que se viste para desposarse.

Bajo los árboles pomposos y magníficos, desarrollan las flores el lujo pictórico de sus

matices en una sinfonía visual. «Música para los ojos». Desde las copas de los laureles gigantes, de las palmeras abiertas en forma de abanicos, las dirigen apasionadas serenatas y les entonan dianas dulcísimas los alados trovadores. En el fondo el azul del océano tiene morbideces, tornasoles y cabrilleos indescriptibles; me recuerda el manto celeste de la Inmaculada. Hay un drago que me evoca, no sé porque, la imagen de uno de nuestros castizos atletas isleños, campeones de la «lucha», membrudos y morrudos. Cuatro blancas estatuas, con aire enigmático de esfinges, guardan la entrada de este paraíso. En el paraíso se ven muchos hormigueros, invasión de la prosa más vil y la más baja codicia en un reino de poetas.

Las mañanas son radiantes como esperanzas, los atardeceres melancólicos como despedidas, las noches serenas como la conciencia de un justo. Hojas de rosas que sólo han vivido «l'espace d'un matin» alfombran los senderos. Otra gran sinfonía de perfumes, se agrega a la gran sinfonía cromática. Esas mil notas de la obertura primaveral entran débilmente en mi alma viuda y enferma. En un raptó de «universalismo» franciscano - por algo me llamo Francisco—voy hacia las florecillas generosas y humildes, sonrisas de Dios, con ansia de besarlas. Sóis para todos, dígoles muy quedo; pero ahora, sóis para mí. Entre los colosos de la vegetación, me parecéis

la gracia que aspira a la fuerza, la pequeñez que aspira a la altura.

Oprimiéndolo en mis manos y acercándolo a mi rostro con sensualidad mística, rompo el incensario de una rosa...

LA LAGUNA

VISTA DE CONJUNTO

No hay ciudad en Canarias que se asemeje a ésta de La Laguna por la situación ni por la belleza. Tendida sobre un terreno llano, pudo desarrollarse holgadamente, abrir y prolongar sus calles anchas, rectas, uniformes; sus plazas espaciosas, profusamente arboladas. El trazado de la urbe es perfecto; si en algún punto se rompe la simetría y se corta la rectitud, allí aparece con lo irregular lo artístico. Allí nos cautiva *un bello desorden*. Las masas negras de los conventos y las iglesias, sombrías petrificaciones seculares, las casas viejísimas que amenazan caerse al peso de los años pero no se caen, las calzadas cubiertas de menuda grama, las revueltas y cruceros temerosos donde se amontona el polvo del pasado, todo esto da a

La Laguna una fisonomía especial. Patinada y severa como un gran cuadro antiguo, el tiempo no le ha quitado el color, tan sólo le ha obscurecido el jugoso empaste.

Y como La Laguna está colocada en el centro de fuerzas creadoras que la solicitan y de corrientes vitales que la empujan, no desentona lo moderno en su recinto, consagrado por la tradición. De pronto, en medio del silencio de las vías solitarias, el progreso—mejor fuera otro vocablo menos vulgar—, lanza su agudo grito como un pájaro agorero... Pasa echando chispas el tranvía, que ha subido jadeante la terrible cuesta de la carretera de Santa Cruz. Un chico, pasea un gran cartel avisador de la función de la noche en el teatro Leal, hermoso edificio ofrecido a La Laguna por un Creso lagunero, nota gratamente modernista. La Catedral lanza al espacio las cruces y las flechas de sus pesadas torres, una de las cuales se terminó hace poco, completándose la fábrica con adiciones arquitectónicas que desvirtúan su estilo, harto pobre de suyo. En una rinconada, cerca de un palacio venerable, escondido como si se avergonzara de su lujo y de su juventud, álzase un jactancioso «chalet» de grandes proporciones, con aspecto insolente de advenedizo. Más lejos, en el centro de la población, cuando la noche llega, un establecimiento de novedades enciende una rueda luminosa para anunciar sus géneros.

He ahí La Laguna *actualizada*; pero me gusta más la que se encuentra debajo de la costra centenaria que hoy cubre un leve barniz de modernismo. Raspado el palimpsesto, aparece su primitiva escritura...

* * *

Y lo que todavía me gusta más, lo que más me atrae y enamora de La Laguna, es su vega. Esa campiña bellísima ciñe como un cinturón de esmeraldas a la ciudad proecta y noble. El campo se le mete dentro, conquistador seducido, por todas partes; por todas partes, ella va en busca del campo, seducida, conquistada.

Atraviésanla en todas direcciones caminos espléndidos que se cruzan, enlazan y combinan como una red venosa. Cada uno, orlado de árboles y flores, empalma con otro no menos admirable, y todos conducen a los caseríos y las montañas. Cuando yo vine a La Laguna por primera vez, no había ninguno de estos caminos; mas bien expresado, sí los había, abiertos se hallaban ya y formaban la misma urdimbre de ahora, pero no habían sido urbanizados y adornados.

A una administración municipal celosísima se debe semejante obra. Las anchurosas sendas, asfaltadas, tienen el piso sin un desnivel ni una rotura, unido y hasta lustroso como el pavimento

de un salón. Geráneos, retamas, alhelíes, rosales trepadores, crecen y florecen con exuberancia sobre los bordes, entre las zarzas de las cercas. Las casitas de recreo o de labor se ocultan coquetonas tras espesas cortinas de ramaje salpicado de las manchas blancas y rojas de la soberbia vegetación floral. El camino de San Diego termina al pie de la montaña del mismo nombre, donde aun se yergue el antiguo convento junto a las ruinas de una selva que debió ser muy frondosa. La avenida de la Universidad, abierta recientemente, con su doble línea de palmeras y acacias, con casi un kilómetro de desarrollo, se la pueden envidiar a La Laguna muchas ciudades de grandes recursos económicos y ruidosas campanillas: no digamos si habrán de envidiársela Las Palmas y Santa Cruz, desde los tristes desiertos en que ambas se aparecen. La plaza de la Junta Suprema, reformada también en los últimos tiempos, es un parterre precioso; las rosas se desbordan de los arriates como de inmensos canastillos, y todo el mundo las respeta considerándolas gala y tesoro de la ciudad. Hay unos cartelitos en que se aconseja al vecindario amar y conservar las flores y las plantas; consejo seguido de conminación de multa. Aún sin este consejo ni esta amenaza, los laguneros las amarían y respetarían. Así prueban ser verdaderamente cultos.

Y, según avanzamos por las hermosas aveni-

das y limpios senderos, el panorama multiplica sus perspectivas, sus aspectos encantadores. Otoño ha llovido sobre los prados la lluvia de oro de esa flor silvestre que llaman «maravilla». Aquí, arrastra el pesado arado una yunta perezosa, cual todas las yuntas; allá, un molino eleva sus aspas inmóviles como brazos implorantes, o los agita furiosamente en el espacio azul; voltean los canchales de una prosáica noria, avanza una carreta tirada por bueyes y cargada de heno oloroso. Mas allá, por la carretera de Tejina que custodian gigantescos eucaliptos, corre un automóvil como una exhalación. Juegos de luces y sombras inefables me hacen fijar la mirada en las cumbres lejanas. Grupos de pinos magestuosos, de olímpicos laureles y cipreses elegíacos, palmeras aisladas en su graciosa altivez, lindos naranjos que semejan árboles de joyería o de confitería, nísperos, manzanos, granados, albérchigos, melocotoneros, frutales sinnúmero; figuras eclógicas de zagales y zagalas que pasan cantando; mozas garridas que dejan en pos largo temblor de risas como un desgranamiento de perlas sonoras...

Mientras reina este tiempo suavísimo, primavera en invierno, Mayo en Diciembre, vivo al aire libre, en el campo lagunero. Me embarga la dulzura de vivir sin pensar. Salgo del hotel, doy cuatro pasos, y héme en la vega, frente al dédalo de caminos que me llaman fascinadores, como

en la adolescencia los puntos cardinales de la imaginación. ¡Grato, sabroso veraneo invernal! ¡Clima prodigioso el de Canarias, y sortilegio indefinible el de La Laguna!

¿Cuál elegiré entre esas sendas anchurosas, arboladas y floridas? Es indiferente: cualquiera. Todas me darán por unas horas, en tanto las transite, la ilusión de la felicidad...

LA LAGUNA PIDE UN POETA

LA vega lagunera está siempre desierta; sólo interrumpe la paz campesina el paso de los automóviles que van a los pueblos de la comarca, o el de los bueyeros, labradores y vendedores que se dirigen a cumplir sus respectivas faenas. No hay transeutes en los caminos; si acaso algún alumno del Instituto o la Universidad discurre con un libro abierto, junto a los ojos, abismado en la rumiación mental de lo que estudia.

Los comarcanos muéstranse impasibles en presencia de las bellezas múltiples y arrobadoras del panorama. La costumbre de verlas acaso les impide gustarlas; la posesión tal vez les quita conocimiento. Se deslizan como sombras rastreadoras, sin mirar lo que les rodea, sin atender a las solici-

taciones de las cosas. No les entran en el espíritu.

Esta falta de sensibilidad para el paisaje, no sólo la echamos de ver en los campesinos; la observamos igualmente en los letrados y la comprobamos, llenos de asombro, en los artistas. Tierra de poetas ha sido esta tierra, henchida de poesía bucólica. Sin embargo, ninguno de ellos ha cantado el esplendor de la Vega como merecía ser cantado, ninguno se ha detenido a ver y escuchar las formas y las voces de esta nueva Arcadia, ninguno las ha puesto en un poema. Y hay aquí altos porta-liras; pero como miran lejos, dejan de percibir en su interior la belleza circundante. La sienten, sí—¿como no habían de sentirla siendo tan accesibles al goce estético?—pero no la expresan literariamente. Diríase que son incapaces de reaccionar ante ella.

Sorprende la comprobación de esta esterilidad imaginativa y sensorial respecto de cuadros tan deliciosos. Y mucho más asombra y confunde cuando se recuerda que las lirás mudas para entonar las alabanzas de Agüere, han elevado cantos excelsos a otras hermosuras menos calificadas, y han vibrado con los estremecimientos de una soberana inspiración al glorificar los grandes ideales. Sólo la realidad inmediata de la idílica Laguna les deja fríos, cual si no la viesen. Alusiones incidentales, recuerdos efusivos, evocaciones rápidas, saludos fervientes en todo el curso de sus obras; de ahí no pasaron. Y La

Laguna, vergel y archivo espléndidos, pide un poeta que le entregue el alma.

¿Llegará al fin ese poeta tanto tiempo esperado? Poco ha, en uno de nuestros paseos matinales por la carretera de Tejina, entre la doble guardia de eucaliptos gigantescos, bajo el hechizo creciente de una mañana incomparable, poseídos de la embriaguez de paganía y hechicería que nos rodeaba, le dije a Manuel Verdugo:

—¿Por qué no canta usted *esto*?

--Lo admiro demasiado,—me contestó,—pero nunca sentí, ni creo sentiré, el impulso de exteriorizar mis impresiones en el lenguaje rítmico. Es que en La Laguna la poesía campestre no se enlaza con hechos históricos o creaciones artísticas resonantes. Habla sólo la naturaleza, y no basta. En cambio, en el agro romano y en la campiña de Nápoles, la doble dominación avasalló mi ánimo, sugiriéndome sensaciones e ideas transportables al verso... Aquí pienso mucho, siento más, y no se me ocurre manifestarlo sino en coloquios amistosos, en íntimas pláticas, como esta...

Las razones de Verdugo no me satisfacen. Hay algo que me intriga en el silencio de los poetas laguneros para con su hermosa Laguna, que todos aman y ninguno canta apasionadamente, exclusivamente...

Se les podría aplicar, en el caso, las palabras evangélicas: *tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen...*

LAS MERCEDES

EL silencio del bosque fué turbado por nuestra presencia. Un grupo de amigos y compañeros quiso festejarme en aquel lugar recóndito y bellissimo donde reina la paz de las grandes soledades. El día, que amaneció ceñudo, tornóse bonancible a la hora de emprender la marcha. Un automóvil nos condujo velozmente hasta el pueblecito de las Mercedes; desde este punto seguimos a pie, por entre campos de sembraduras, quebradas y rastrojos.

Acompañábanme Champsaur, Verdugo y Maffiotte, tres artistas enamorados como yo de la proteiforme naturaleza. Los jóvenes que forman la redacción del periódico *La Verdad*, organizadores del festejo, se habían adelantado para recibirnos y preparar la comida campestre con que se proponían obsequiarnos.

Yo iba por primera vez al monte famoso; ellos lo conocían de antiguo, y durante la excursión no cesaban de ponderarme sus bellezas. Maffiotte, que nos guiaba, en lugar de llevarnos rectamente por el camino más corto, nos desvió y extravió entre cercados de hortalizas. Las últimas lluvias habían humedecido y reblandecido el terreno, en el cual nos hundíamos sin poder avanzar. Ondulantes nubes blanquísimas se deshilachaban sobre las masas de verdura, que el sol oculto dardeaba de cuando en cuando. La sucesión fantástica de claridades y sombras daban un aspecto teatral a la selva, ya próxima. Los árboles parecían saludarnos haciéndonos gentiles reverencias. A nuestra espalda, la vega de La Laguna se abría en inmenso círculo, encuadrado por sus montañas de graciosos y singulares cortes. Sonaba melancólico el repique de las esquilas de los rebaños.

Toda esta suavidad del ambiente y el paisaje, bañada en la luz *discreta* del otoño, dulcificaba lentamente nuestro pensamiento. Las ansiedades del vivir se quedaban muy atrás: conforme adelantábamos en nuestro camino de obstáculos, nos sentíamos ligeros, despreocupados, casi felices. Perdía peso nuestra alma y ascendía hacia la altura, libre y gozosa, con las alas desplegadas a todos los vientos de la exaltación. El campo es hermoso porque es saludable, porque nos asegura la independencia, principal

elemento de la dicha. Sólo en el campo nos reconocemos libres. Las ciudades son jaulas para los hombres reglamentados, sometidos al yugo de los acontecimientos, las costumbres, las normas, las conveniencias; en el campo diríase que nada de eso existe, o que existe lejos, como realidad que no nos alcanza... Se debilita mucho al alejarse...

Mientras dura nuestro holgorio, vacaciones de ciudadanos cansados de serlo, somos campesinos con todas las ventajas de la vuelta al estado natural. Libres, ingenuos, emancipados, *reconstituidos*, nos escapamos del mundo y el mundo nos abandona. Rompemos nuestras cadenas.

¡Ojalá, en lo que a mí se refiere, hubiera podido prolongar indefinidamente el asueto, el éxtasis libertador, dormir el resto de mi vida cansada al amparo de un árbol amigo!

* * *

Los chicos de *La Verdad* llevaron al bosque su alegría juvenil, y me contagiaron. Además el agradecimiento a sus atenciones, y bondades hizo temblar mi palabra cuando les di las gracias, conmovido.

Allí estábamos *en familia*. Teníamos la conciencia de nuestra fuerza como raza; afirmábamos nuestra personalidad colectiva, nuestra historia, nuestro espíritu, nuestra sangre...

Aquellos colosos, testigos del remoto pasado en que nuestros abuelos hicieron su obra y escribieron su epopeya, nos susurraban al oído frases misteriosas... En cada tronco, en cada rama, en cada hoja abaniqueante, leíamos una fecha o un nombre... Y yo, al modo de un santo y seña para la batalla, de un conjuro para el triunfo, lancé la palabra *regionalismo*.

Hay que tomar posesión de nuestro tesoro legendario e histórico, y sobre él cimentar nuestra regeneración política, con materiales propios. Desde la selva de las Mercedes tocamos llamada, zafarrancho... Un cuerno de caza, en un día de placer, nos sirvió para dar el grito...

Había en la floresta una murga que habían contratado a fin de amenizar la reunión. Sus tocatas, maravilla de buena voluntad, adquirían en tales sitios, circunstancialmente, un valor poético: parecían cantos de jilgueros alborotados, concierto de voces de la fronda... Los cohetes culebreaban como geniecillos luminosos haciendo mil locuras y mil piruetas. Me pusieron los muchachos una coronita de frescos laureles, y yo me la dejé poner complacido, puesta la memoria en Salvador Rueda, el héroe de cien coronaciones... La gente, repartida entre los boscajes, agrupada en las galerías de pinos, le daba al espectáculo un aspecto de apoteosis escénica.

Comimos y brindamos en aquel agreste

escondrijo del Llano de los Viejos, romántico como una balada germánica, atrayente y sugeridor como el sueño de una noche de verano. Al volver, por la nueva carretera, incomparable, que terminará en la espléndida hermosura de Las Mercedes, renegábamos de la ciudadanía.

¡Ninguno quería reintegrarse ciudadano!

LA ZONA INCONTAMINADA

LA Laguna es una ciudad ejemplar y benemérita en muchos conceptos. Se conserva incorruptible, gracias a un extraño poder de preservación que le ha permitido modernizarse sin desvirtuarse. No hay allí casas consagradas al vicio; no hay sacerdotisas del placer; no hay mujeres de aquellas que Cervantes consideraba necesarias para mantener saludable a la República. Según las crónicas, se instaló un establecimiento de esa índole en el siglo XVII, pero pronto se cerró. Faltóle *atmósfera*. El anatema público y la censura *eclesiástica* dispersaron a las hijas de Satanás. La misma barca que las trajo, se las llevó otra vez, hacia Citerea.

Desde entonces, ninguna nueva tentativa de proxenetismo clandestino ha escandalizado a los laguneros. Estos viven libres de tentaciones pecaminosas. La planta maldita no crece, agos-

tada por la sombra de los templos católicos y por el aire cargado de efluvios místicos. Nadie intenta cultivarla, aclimatarla... Las costumbres severas, intransigentes en punto al pecado máximo, le impiden desarrollarse...

Y La Laguna permanece incólume, sin preocupaciones nefandas; toda absorta en la contemplación del más allá y en el cuidado del más acá, pero exenta de sacudimientos malsanos. Tiene el alma tranquila. El tercer enemigo, la carne, poco le inquieta.

Consigno el hecho, porque asume un valor ético extraordinario, constituyendo una indicación de indemnidad y de higiene psicológica que pocos pueblos en el mundo pueden ofrecer. Hasta en las miserables aldeas perdidas entre montañas, se introduce el microbio de la prostitución. En La Laguna no entra.

Cuando algún forastero, irremisiblemente pervertido, busca un foco infeccioso de amor venal, va a dar contra las tapias de un convento o los muros de una iglesia, y allí el conjuro del misticismo le quita la tentación diabólica.

Si insiste en querer pecar, huye de La Laguna como un apestado, y el pueblo continúa sereno e inmune...

Es un gran hogar santificado por el incensario y el hisopo.

* * *

Durante mi estancia en La Laguna, tropiezo con cierta pecadora, aún no arrepentida, que va de paseo. Un amigo me indica la silueta fugaz, inquietante.

— ¿La vé usted?—me dice;—atraviesa las calles como si temiese caer y producir contagio. Su aspecto evoca el de los leprosos en la Edad Media, maldecidos y aterrados, *fuera del ambiente*. Mas allá de los Rodeos, se sentirá *respetada*. No se adonde la llevará el tranvía; quizás muy cerca, porque la *zona inmune* termina ahí en la raya de San Benito, al empezar los campos de mies, propicios a todas las sensualidades...

EL POETA ZEROLO

TAMBIÉN para este jerarca de nuestra poesía isleña se pide un homenaje. Y es la juventud quien lo pide; la juventud, que apenas le conoce. Antonio Zerolo, hombre representativo de una escuela y una tendencia literarias muy distanciadas de los gustos corrientes, está en una lejanía prestigiosa respecto de los jóvenes cuya admiración, un poco ficticia, pretende coronarle hoy. Pero esos jóvenes saben que Zerolo encarna un periodo de la historia intelectual tinerfeña; la época en que habían poetas románticos y románticos políticos.

De los últimos ninguno queda ya; la política se ha convertido en «modus» vil, se ha hecho zurzidora de voluntades y conciencias al hacerse positivista, *han matado los ideales* que antaño la sustentaran. De los primeros queda él, Zerolo...

Un gran penacho de llamas agitado por los nuevos vientos, impotentes para extinguirlas...

Los jóvenes le profesan un culto patriótico hereditario. Está con ellos, aunque ellos no comprenden bien porque lo está. Quizás ignoran completamente su obra, no la han leído, no la han gustado, no se la han asimilado merced a esa fácil apropiación involuntaria de los temas poéticos populares, irradiados, que impregnan la atmósfera psíquica y forman patrimonio colectivo. Le oyeron, acaso, recitar espléndidamente una de sus composiciones alti-sonoras en una velada o en una fiesta del gay saber, y seducidos por su arte declamatorio, le aplaudieron; porque Zerolo ha sido el más bravo, intenso y sugestivo recitador de Canarias, un clarín de la lírica escénica, un oficiante órfico... Nada más. El tiempo abrió su honda sima entre los recién venidos y el poeta tradicional. Pero Zerolo vive en la ardiente Juvenilia como un astro traspuesto que prolonga sin fin sus resplandores... Esas celestes claridades provienen de él, oculto... Zerolo, ausentado y hundido en sombras, los ilumina desde lejos. Y cuando sus contemporáneos le olvidan, ellos, los de la última hora, le quieren coronar...

Sin duda la voz de esos muchachos es la voz de la patria, tardíamente justiciera y reparadora.

* * *

Antonio Zerolo, intérprete generoso, inspirado, «convencido» de todas las ideas y sentimientos esenciales, lírico entonado y brillantísimo, ejerció en Canarias un verdadero apostolado estético.

La palabra rítmica, el verbo con alas de lumbre, le sirvió para cantar todo lo que hay de bueno y bello en la naturaleza, en la vida... Cantarlo; es decir, adorarlo, y mover a que lo adoraran... Sus alígeros versos subieron como mariposas o como palomas hacia el azul... La savia romántica que los nutrió, era una fuente fresca, pura, cristalina, que, al correr, daba deliciosas notas cantantes. Era la música que adormecía en sus cunas a los que hoy le quieren coronar...

Y esa música ha sido «el acompañamiento» de su infancia, como fuera el de otras anteriores generaciones, vitalmente medidas a su arrullo, a su conjuro despiertas... Esa música es la grande alma difusa del «maestro cantor». (1)

(1) Este artículo fué escrito pocos meses antes de la muerte del ilustre poeta.

LA DEL ALBA SERÍA...

VIVÍA hace muchos años en la vieja ciudad de La Laguna una familia muy temerosa de Dios y muy bien disciplinada bajo el yugo paterno, rígido e inflexible como el deber.

El padre lo era todo; la esposa y los hijos, nada absolutamente. Lo era a la antigua, con severidades espartanas. No transigía sobre ningún punto de moral casera y se mostraba radicalísimo en la apreciación del aspecto religioso de la vida. Quería que sus hijos le miraran como a un juez, siempre dispuesto a hacer justicia sumaria. Tenía gestos definitivos en el mando de la nave familiar, y procedimientos más definitivos aún. Sus sentencias, traducidas en tandas de azotes, las aplicaba él mismo con sus propias manos. El instrumento de ejecución fulminante, una buena estaca, nunca la perdía de vista; la

acariciaba en el trabajo, en la mesa, en la tertulia, en el paseo y hasta en el tálamo conyugal. Decía el hombre, cejijunto: «Ordeno tal cosa». —«Amén»,—respondían los chicos aterrados. Entre el mandato y el cumplimiento de la orden, debían mediar pocos segundos.

Había mandado que, al sonar el toque de Animas, sus herederos estuviesen puntuales en casa para rezar y acostarse, como gallinas recogidas en el gallinero u ovejas llamadas al aprisco. Conviene saber que en La Laguna se anunciaba por aquel tiempo con la misma campana y de análoga manera el tránsito de la muerte y la alegría del alba despertadora. (No sé si todavía hoy los dos toques se asemejan). Conviene saber, también, que los así emplazados barbaban ya y aspiraban a las delicias del matrimonio. El amor los tenía inquietos; pero rara vez faltaban a la cita. Cuando ocurría este hecho insólito, el *pater* los recibía a estacazos. Antes de llegar a la escalera, los palos les llovían, continuos y recios como granizo. Y los mozallones aguantaban el turbión bajando la cabeza, escurriéndose hacia el interior de la casa, donde la madre les indemnizaba con sus besos amorosos. Siempre detrás de un padre realista, hay una madre romántica. Las madres sólo saben amar, ¡divino ejercicio!

* * *

Pues sucedió que una noche infausta el amor retuvo entre sus brazos adormecedores, embrujadores, a uno de los mozalbetes, y regresó a la vivienda cuando los gallos tocaban su clarín de paz... La del alba sería, la hora en que Don Quijote salió de la venta... La hora en que Julieta y Romeo se despedían enajenados...

En el zaguán le esperaba el padre, furioso, armado de la estaca de la justicia doméstica. Apenas entró el galán, el garrote vibró como un rayo y empezó a descargar la lluvia contundente que tomó en seguida la crudeza de una gran borrasca. Entre dos luces, no se pega bien. Enloquecido por su santa ira, desorientado por el claro-oscuro de la madrugada, daba el viejo palos de ciego, muchos más contra las paredes que sobre las costillas del culpable. Mientras, se desgranaban en la atmósfera cristalina graves campanadas saludando a la aurora en su advenimiento.

Cubrióse y defendióse el cachi-diablo lo mejor que pudo, y al fin, tartamudeó:

—Padre... son... las Animas!

VAMOS A GRACIA...

Muy bien, bravo! Así, con palmas ruidosas, aplaudo yo la idea de tributar un homenaje a don Patricio Estévez, que vive sus últimos años en Gracia, el viejo hogar de sus mayores, y en la gracia de su pueblo, amado y venerado por todos...

La vida de don Patricio, como la de su hermano don Nicolás en la historia de España, es una gran raya esplendente que cruza recta, recta, la historia de Tenerife y la prensa de Canarias, yendo a perderse en lejanías ideales.

En la vida de don Patricio hallaron refugio las «antiguas» virtudes marchitadas por el cambio sobrevenido en nuestro clima moral, y allí, dentro de su alma, crecieron y perduran prósperas, lozanas, hermosísimas... Durante muchos años, el pueblo de Tenerife se ha asomado a esa

vida como a un claro espejo para verse y reconocerse. Lo que murió y no debió morir nunca, vive en don Patricio...

Es don Patricio un nombre y un símbolo, como su egregio hermano. Nombre, porque con el suyo se designan muchas grandes cosas mortalmente desmayadas o moribundas. Símbolo, porque cuando se quiere representar el gran pasado superviviente, se menciona al hombre que está en Gracia... y en la gracia de todos. Y un viento de resurrección sopla desde el lecho de dolores que lo retiene enfermo y abatido... Acribillado de heridas, se acuesta sobre espinas.

Porque ese varón justo no sabe de la Fortuna sino que existe para otros, cual la mayor parte de los varones justos. Jamás le visitó, temerosa de ofenderlo o humillarlo con sus favores vendidos. La Fortuna no compra a los que no se venden. Y la vida de don Patricio, blanca y limpia como la nieve de sus canas, necesariamente hubo de alejarle de la Fortuna, cortesana plebeya, amiga de los cortesanos.

Bien está, aunque esté mal, donde está—herido, acostado sobre espinas—el patriarca tinerfeño. La lealtad, la firmeza de convicciones, la abnegación, el espíritu de sacrificio, el punto de honor, el sentimiento del bien, le asisten. ¡Buenos enfermeros de tan simpático enfermo! Y el manto raído con que le cubre la pobreza, será un día su mejor mortaja...

¿Su mejor elogio? Decir que en los combates del periodismo donde gastó sus alientos sin mellar sus armas, fué «el caballero sin tacha y sin reproche»... No sólo peleó caballerosamente, sino que enseñó a pelear. Puso escuela de alta esgrima y consumada estrategia.

Tanto prestigio aureoló su persona, que, a despecho de su intransigencia sañuda en las luchas provinciales, muchas veces violentas como respiraderos volcánicos, «Gran Canaria le respeta en la medida que Tenerife le ama». Es el respeto a aquellas grandes cosas, muertas, expirantes u olvidadas, que, vivas junto a don Patricio, le acompañan en su glorioso lecho de dolor. ¿Lecho de Procusto? No. Sus tormentos le dulcifican y le vigorizan moralmente. Vedle tendido, pero siempre erguido, como una espada que se endereza venciendo todas las flexiones...

* * *

Bien está donde está, el patriarca tinerfeño. Pero el pueblo de Tenerife irá una mañana histórica a visitarle, le hará compañía, se lo disputará a sus enfermeras, las virtudes desterradas acogidas a su cabecera, las vírgenes cristianas de la Caridad...

Y le ofrecerá una corona de roble y laurel, una corona cívica...

LA OBSESIÓN DEL «CUPLÉ»

DOÑA Ursula López, artista de canto alegre y vestuario deslumbrador, al pasar por Canarias nos dejó una herencia filarmónica que verdaderamente nos abruma. Popularizó unas coplitas, picarescas o sentimentales, según las alternativas de su arte y de su ánimo, tan seducidas como ella misma. Hoy los pilluelos del arroyo se despiertan cantándolas y se duermen repitiéndolas. Es un sonsonete de la gente anónima que se arrulla con cantares, como la niñez. En todo el Archipiélago, conquistado por la música fácil, por la música de imitación, no cesa de oirse: ¡*gitanillo, gitanillo...*!

Y hasta los perros ladran en su lengua incomprendida el célebre cuplé. Si doña Ursula hubiera sospechado que nos íbamos a quedar con ella

quedándonos con sus cantatas, les quita la letra de seguro. Su presencia perpétua simplemente musical no nos molestaría, muy al revés; pero la persecución de sus decires escénicos nos tiene desazonados, nerviosos. Estamos dispuestos a matar al gitanillo, para libertarnos de su machaqueo. Cortaremos la cola de ese cometa teatral que fué aquí doña Ursula, y viviremos sin acompañamiento lírico.

Yo jamás voy a los lugares donde se cantan coplas insípidas; me cautiva la ópera, pero detesto la canzoneta contemporánea. Las divas me vuelven loco, pero en las *divettes* sólo admiro la belleza, cuando son bellas, como la señora López, nuestra amiga y compatriota. Esto no obstante, hace ya muchos días, desde que nos abandonó doña Ursula, oigo sin tregua por todas partes gritar entre sollozos, como si la llamaran sus apasionados: ¡gitanillo, gitanillo!... Los pordioseros, para pedir limosna, también lanzan esa quejumbre de tierno amor. Tanta gitanería me desespera.

Salí de Gran Canaria entre donaires y lamentos del repertorio ursulino, víneme a Tenerife ansioso de no oírlos más, y apenas puse el pie en Santa Cruz, me recibió el joven gitano. Luego, en La Laguna, otra estrella del género, llamada doña Clotilde, mi vecina de hotel, entonaba la coplita en voz baja, diariamente, desde su cuarto, próximo al mío. Ocurrióseme, por excepción, ir

una noche al teatro, y la propia doña Clotilde me regaló el oído con la eterna cantata. Los chicos del Instituto, los empleados del tranvía, los mozos de los cafés, las criadas de la vecindad, los «magos» y zagales de la vega, no dejan en paz al desgraciado bohenio.

Las multas municipales deberían ser aplicadas severamente en casos como éste, harto lastimoso. Bien se ve que la música del cine domestica y desbrava, como la lira órfica. El mal está en que, si se convierte en costumbre, y suena, suena, suena a todas horas, y se arrastra por las calles desentonada y enronquecida, no nos permite pensar ni escribir, ni dormir a los que la aborrecemos por sabérnosla de memoria.

Y en nuestro país *de imitación*, debemos evitar los malos ejemplos. ¡Viva mil años doña Ursula, y muera el gitanillo!

EL PALACIO DE NAVA

EN la vieja plaza del Adelantado el viejo palacio es como un monumento fúnebre... Su negra fachada luce en sus líneas la severa elegancia de la arquitectura del Renacimiento. ¡Hermoso sepulcro! En el ancho patio la yerba, que crece viciosa, pone pinceladas de un verde crudo, sombrío, sobre las baldosas húmedas, jamás barridas... El tono de la descomposición cadavérica, manchas de podredumbre... La soledad y la melancolía de los cementerios campesinos señorean aquel espacio abierto a los vientos y las lluvias, que, poco a poco, en el desfile de los años, siempre silenciosos para los moradores del vetusto caserón, dejaron un rastro de muerte... Y ya no hay moradores... Según íbase el tiempo en fuga lenta y soñolienta, los individuos

de la ilustre estirpe abandonaban el cementerio familiar con rumbo al de todos. El árbol patricio se deshojaba tristemente. Las cosas allá dentro lloraban taciturnas al tránsito de una gran familia hacia lo eterno obscuro... Los ecos de la calle se prolongaban en los aposentos solitarios, con repetición irónica. Los pájaros viajeros se detenían a hacer estancia y nido en los corredores, en las salas profundas...

Y los transeuntes, al circular frente al palacio mortuorio, sentíanse inclinados a hacer la señal de la cruz. Algunos, en efecto, se persignaban. Un culto de veneración supersticiosa lo envolvía en homenajes reverentes.

Yo entré en él con curiosidad y aún con espíritu de reverencia, preso en el encanto indefinible de las añejas tradiciones. Respiré el polvo amontonado de las centurias que estaba allí en todas partes, un aire de decrepitud momificada, yerta... Todo decía ausencia, dispersión, lejanías gloriosas y fulgores pretéritos... Subí las pétreas escaleras, en cuyos vastos peldaños brotaba el yerbaral invasor, devorador; escaleras que hollaron otrora cortejos ceremoniosos de recepciones y fiestas nupciales. Recorrí las galerías desiertas, pobladas de enhiestos hidalgos y matronas graves en un remoto ayer, y no encontré un alma...

Quedaba, sin embargo, un alma en pena, el último brote de la encina heráldica, que se extin-

guía con el aliento cansado de una viejecita casi centenaria, un indeciso espectro...

Ya ella también *se fué*.

En la tarde del Corpus, cuando pasaba la procesión deslumbradora, cuando pasaba Dios, se abrían los balcones del palacio, tendidos de heráldicos reposteros, y surgía trémula aquella sombra del pasado. Se asomaba a un balcón la señora doña Antonia María de Nava-Grimón, Llarena, del Castillo, Fernández de Córdoba, Pérez de Barradas, y no sé cuantos otros apellidos, sonoros y solemnes como repique de Catedral. La dama cargada de fueros y honores aristocráticos se prosternaba un momento ante la Suma Omnipotencia. Un relicario vivo, humano, aparecía a los ojos de la muchedumbre devota que lo admiraba al propio tiempo que adoraba al Santísimo...

Después, la señora doña Antonia María, con su carga de reliquias, volvía a hundirse en su inmenso mausoleo granítico...

Por fin, salió de la tumba doméstica y entró en el panteón de los Nava...

Salió y entró con el mismo paso callado que mantuvo toda su vida, paso de fantasma errante en el terror nocturno.

OROTAVA

INVITATORIO

CONNAIS *tu le pays au fleurit l'oranger...?*
 Pues oye, viajero, oye la tierna romanza de Mignon, y luego ven a este Valle paradisiaco, y verás como los naranjos florecen aquí.

Y como florecen también los más variados árboles y plantas en la dulzura de un clima que no tiene igual. Ahora brilla en el Teide la candidez de la nieve, y están aquestos campos tan verdes y galanos como si corriesen los días del poético Mayo o del *oloroso* Abril. Las mariposas no se han ido, no se van; se quedan junto a sus hermanas las rosas, que tampoco se van nunca. Los pájaros cantores no se callan; dura siempre su música embelesadora desgranada en suavísimos trinos, porque en la plenitud del invierno no cesan de sentir las lindasavecillas en sus menu-

dos cuerpos la caricia solar... Su canto es un *Excelsior* elevado a la confortante sonrisa y al blando halago del padre Sol, como la romanza de Mignon es un himno a los esplendores del Mediodía.

Ven, viajero, *globe trotter*, Judío Errante que recorres y mides sin descanso la extensión del planeta; ven a reposar en estos lugares. Aquí todo florecé. La vida se abre cual una inmensa flor. La nieve de las alturas no es sino un adorno diamantino, una diadema de brillantes ceñida por el Valle de Taoro, propicio a los buenos sueños más que ninguna otra comarca de la tierra. Aquí el Febrero de que ha hablado Mistral, es plácido.

Ven, hombre fatigado de la lucha, y suelta tu carga un momento para respirar estas brisas primaverales. Ven, anciano, y contempla por última vez, antes de morir, el prestigio de Natura. Venid, y gozaréis las delicias del nuevo paraíso. Venid a cantar la tierna romanza de Mignon frente a los rosales y a los naranjos florecidos...

LOS MOLINOS DE LA OROTAVA

HAY en esa villa de la Orotava, arcáica y florida, noble y triste como una vieja dama en una fiesta fuera de su ambiente propio y extraña a su ancianidad; hay en la villa de la Orotava un rinconcito de placidez, de poesía bucólica, que atrae al visitante.

Por allí todo recuerda la vida rural y los afanes campesinos. Las residencias solariegas, señoriales, están un poco lejos: se oye el dulce soliloquio del agua que discurre en las acequias, y se percibe el sano olor del maíz y el trigo triturados, pulverizados, para convertirlos en alimento del pobre. El estruendo y tráfgo de los molinos harineros con sus muelas y sus tolvas en actividad, llena el espacio. Una muchedumbre atareada, afanada, circula entre los toscos artefactos, llevando el grano nutritivo, recogiendo en

sacos la harina, polvillo áureo y bien oliente que acaricia el olfato como una promesa de felicidad humilde...

Cerca, las rosas silvestres se desbordan de los tapiales con esa exuberancia de la vegetación floral en esta privilegiada zona, donde los jardines elevan en colores y perfumes un perpetuo homenaje al Creador... Un magnolio de desarrollo atlético parece querer escaparse de su cárcel de tierra, y ha roto el cinturón pétreo que lo oprime agitando en el aire, al impulso de la brisa, sus cien brazos nervudos... Su actitud es un gallardo gesto de desafío. Todo lo que le rodea parece pequeño; diríase intimidado ante el coloso.

El cuadro sencillo, cautivador, respira paz aldeana, dulzura y melancolía... Nada más pictórico.

Cerca también, unas cuantas casitas rústicas recogen y reflejan esa paz, esa dulzura, esa melancolía. En ellas muestra su faz afable una pobreza decorosa, honrada, que se adorna de flores.

Y los molinos, infatigables obreros, preparan el pan, mientras en derredor acompaña su trabajo la naturaleza cantando y sonriendo; pero no es alegre su sonrisa, ni lo es su canto.

Sonríe y canta como una «diva» que tiene el corazón angustiado. Le aflige el mal de la guerra, cuyos efectos se hacen sentir aquí intensamente.

Los campos están solitarios; la banana, el fruto de oro, se pudre en los racimos, o se da a las bestias después de haber alimentado a los hombres, quienes, por ella, se salvan de perecer. Pero la antigua riqueza ya apenas se valoriza. Las tierras reposan y los trabajadores huelgan, amenazados por el hambre que de cerca les persigue como una loba embravecida.

UN MODELO (1)

EL progreso isleño cuenta con ciertos obreros silenciosos, escondidos, eclipsados por la virtud de la modestia, pero poderosísimos en su laboriosa perseverancia. Hacen obra de hormigas y llenan cada una de sus horas con una buena acción o con acto útil; crean belleza, preparan riqueza, convencen y cautivan con su ejemplo hasta a los más recalcitrantes y, en su absoluto desinterés, creen no haber hecho nada. Se imponen sacrificios pecuniarios en favor de la patria, a la cual aman y sirven sin pedirle otra cosa sino un puñado de su bendita tierra para

(1) Aunque don Domingo Aguilar murió hace algunos años, yo rindo tributo a su santa memoria reproduciendo este artículo publicado antes de su muerte.

dormir en paz. Obtienen el respeto, el cariño y el reconocimiento de sus conciudadanos, pero envejecen y mueren sin haber comprendido la inmensa importancia de su personal cooperación en la labor social.

Pocos son en número estos hombres, ¡ojalá fueran muchos! Bastarían unas docenas de ellos para revolucionar y transformar un país; su tranquila energía, rectamente aplicada, su patriotismo sincero y eficaz, su trabajo obscuro y transcendentalísimo, opera cambios profundos que no alcanza la actividad perturbadora de las multitudes movidas por el resorte del egoísmo, enardecidas por la fiebre del éxito. Uno vale más que mil, siempre que ese uno tenga una potencia de voluntad reconcentrada y persistente, multiplicándose en el silencio y agigantándose ante los obstáculos.

De esta manera es mi noble amigo D. Domingo Aguilar, el primer propagandista del arbolado en tierra canaria, propagandista por el hecho. Cincuenta mil árboles plantados por su mano en el valle de la Orotava constituyen el blasón de su nobleza; las legiones de discípulos e imitadores que siguen sus pasos y se inspiran en sus obras, cantan en voz baja sus alabanzas para no disgustarle, porque conocen el extremo de su humildad quisquillosa, casi absurda. Yo las canto en alta voz, arrojando el riesgo de turbar su calma de patriarca y su dignidad de patricio. Es justo

decirle, antes que desaparezca, lo que los venideros escribirán en su epitafio; sería honroso honrar en su venerable persona las virtudes excepcionales que la engrandecen.

Don Domingo Aguilar ha vivido exclusivamente para la patria y para el prójimo; ha gastado su fortuna en hacer el bien, y ha llegado a sus últimos años sin sospechar que está coronado de gloria y bendecido por la gratitud de un pueblo.

Sepa esto, al menos. Diganselo los que están próximos a él en alguna forma solemne. El evangelista del arbolado en Canarias debe convencerse de que toda la predicación de estos últimos tiempos en demanda de la restauración forestal es un efecto de su propio entusiasmo comunicado a unos pocos sectarios que movió su admirable ejemplo. ¡Cuántas empresas fecundas y generosas cabría llevar a dichoso término en Canarias si abundaran los ciudadanos de tal temple y el medio social les fuera propicio!

ROBINSON Y DON QUIJOTE

UNA temporada de semi-rusticación en el hotel Taoro entona las fuerzas y redobla los bríos. Aquí se disfrutaban al par los atractivos de la vida social de los grandes centros europeos, y los de la vida del campo.

Por el día vagamos a través de los bosques y jardines que rodean al edificio; por la noche, hemos de ponernos de tiros largos, de veinticinco alfileres, para hacer honores a Santa Bucólica, uno de los santos más venerados del almanaque inglés. Y es de admirar la solemnidad con que estos buenos britanos cumplen la augusta función de comer. Inclinados gravemente sobre sus platos, parecen meditar en el magno, vitalísimo problema de la alimentación.

Sería bueno que los españoles meditáramos

también, así, prácticamente, en el mismo problema. Este pueblo inglés que come tanto, y con tanta dignidad y reposo, quizá en el abundante ingerir y en el concienzudo digerir tiene el secreto de su poderío y de su predominio indiscutibles. Por el contrario, la encomiada sobriedad española es, sin disputa, una de las causas del enflaquecimiento y decadencia en que vivimos postrados los que comemos tan parcamente como comía Don Quijote. Al Ingenioso Hidalgo, por la poca substancia de su puchero familiar, se le amenguaron los alientos y se le dislocó el juicio hasta el extremo de hacerle ver en toscas aldeanas hermosas doncellas y lanzarle a las malandanzas que, por su desdicha, pensó que eran prósperas aventuras. De la propia manera, y por igual causa, la nación hispana, desfacedora de entuertos en la historia, ha recibido muchísimos palos de desalmados yangüeses.

¡Cuánta diferencia entre ese símbolo nacional del *Quijote*, y aquel otro símbolo, nacional igualmente, del *Robinsón Crusoe*! Las dos razas, con su distinto sentido de la vida, están en ellos maravillosamente personificadas. Téngase en cuenta, para mayor inteligencia de las respectivas historias, que el Caballero de la Triste figura, no comió nunca *roast-beef*, ni tomó *lunch*, ni té de las cuatro con galletas. Se alimentó de unos escrúpulos de carne, pescó en un mar de caldo escasísimos garbanzos castellanos, y aún me

figuro que pudo decir anticipándose al festivo Roberto Robert: No hay acróbata en el mundo que haya dado el salto que yo he dado muchas veces, al pasar de un lunes a un sábado sin tropezar con un garbanzo en el camino.

Este problema de la nutrición británica reclama todavía algunas cuartillas, que he de consagrarle, pero no hoy, porque en materia periódica soy partidario convencido del sistema homeopático.

VARIOS

ICOD DE LOS VINOS

HACE algunos días visité por tercera o cuarta vez, la ciudad de Icod, ufana en medio de sus campos feraces y ricos. Desde San Juan de la Rambla, la campiña empieza a mostrarse árida y severa, ornada a trechos por oscuros pinos que parecen penitentes en oración. Luego, cuando ya la villa está próxima, se desarrollan pomposos los viñedos y los platanares. En el fondo el Teide, que desde la Orqtava, entre las blondas sutiles de las nubes, tiene turgencias de un redondeado seno de mujer, surge en Icod deforme, monstruoso, aterrador, pero lleno de magnificencia. Empequeñece todo cuanto le rodea; le impone a todo el sello de su soberanía.

El pueblo es una calle muy larga, muy ancha,

una gran columna vertebral con pequeñas líneas que forman otras tantas callejas, las cuales no bien han comenzado acaban en el agro vecino e invasor. Por allí penetra en Icod, cantando y triunfando, la vida. El encanto de estas poblaciones consiste principalmente en una identificación absoluta con la naturaleza creadora y vivificadora, en el abrazo estrechísimo que el campo les da.

Icod lucha, se afana y progresa; se le desborda un espíritu de ansiedad combatiente y militante, de amor a lo nuevo, que le empuja hacia los triunfos del trabajo y la paz, doble lema cuyo contenido debe ser nuestro Evangelio. Siempre fué Icod laborioso, pero no pacífico siempre. Tiempos hubo en que le mordió y emponzoñó el caciquismo, la filoxera de la política rural, y entonces se volvió manzana de discordia, fruta manchada por las primeras vetas negras de la podredumbre; pero aplastó al enemigo y se limpió la roña inmundada. Hoy crece en salud perfecta, como sus viñas.

Y volví a visitar el drago celeberrimo que guarda en su recinto, un árbol venerable, un «abuelo» amado y reverenciado. El Ayuntamiento adquirió, poco ha, según me dicen, el edificio donde habita ese coloso de la vegetación, para que le sirva, sin temor ninguno a profanaciones ni captaciones, de palacio y templo. Erizado de brazos amenazadores, creyérase un guerrero que monta la guardia, un bárbaro jefe de tribu.

Me gusta como peregrino ejemplar botánico, pero no como símbolo de una región y una raza, por ser un árbol siniestro, que echa sangre...

Por las venas de Icod circula la sangre generosa de sus vinos afamados. Véase en esta frase una frase de circunstancias, un abuso metafórico. El vino dice alegría pagana, actividad, fecundidad... Y ese pueblo vive entre las amenazas de dos monstruos, el Teide y el drago legendario. Solamente una de ellas, la del Teide, puede tomarse en serio...

* * *

La primera vez que visité Icod, acudí invitado a presidir una Fiesta del Arbol, la más hermosa que se ha celebrado en las islas.

Hervía el pueblo de gente, y la gente de entusiasmo. Los campesinos, en parada dominical, habían invadido calles y plazas. Yo hablé desde un tablادillo que parecía un cadalso adornado de flores. Caía a plano un sol de justicia; para librarme de sus rayos, el señor Morales Clavijo, uno de los notables de la localidad, ató un paraguas a un poste de la tribuna, y me cobijé bajo el paraguas. Mi discurso brotó, ardiente, entre sudores copiosísimos; mi rostro echaba lumbre. Todos semejábamos cangrejos cocidos; pero aquel calor congelés elevó la

temperatura moral de la fiesta a un grado verdaderamente tórrido.

Y se realizó un trabajo propagandista y una obra práctica no superada en ninguna otra parte del Archipiélago. Y quizás puso entonces Icod la primera piedra de su reconstrucción cívica y patriótica en una nueva época.

Después, ha hecho muchas cosas buenas, mirando a su Teide y a su drago, sin contar la municipalización del árbol ferozmente simbólico...

FIESTAS POPULARES TINERFEÑAS

CARRERAS DE BARCOS

EL espectáculo curioso de las «carreras de barcos» creo que es exclusivo de Tenerife. Ignoro si en algún punto de las otras islas se lo practica y conoce; pero me inclino a creer que no.

Nada más original, porque evoca la idea de unas regatas marítimas en tierra firme. Los campesinos materializan y compendian así sus instintos aventureros, una visión de fuga que les acompaña en su vida bucólica. Parecen hallarse a cubierto de inquietudes espirituales, preservados de las grandes agitaciones por las aisladoras costumbres rústicas, y, sin embargo, lo primero que se les ocurre en sus fiestas es hacer un simulacro de navegación en competencia, accidentada, arriesgada... En el aislamiento del campo se les impone la ley que gobierna todo lo humano, desde las naciones hasta los individuos.

Aparejan de fragatas o bergantines sus carretas de labor a las que van uncidos los calmosos bueyes. Les dan aire de viejas naves piráticas. «Embarcan» como tripulaciones a sus familias, a sus amigos, a sus compadres, y así dispuesto todo dan la señal de la partida.

Son de oírse entonces los bárbaros gritos de estimulación y de triunfo, los «ajijidos», las increpaciones y las burlas que se cruzan incesantemente de uno a otro contrahecho navío. Las mujeres toman parte en el alboroto con el «crescendo» de sus voces chillonas. Se berrea, se apedrea con la palabra, y la embriaguez de la victoria perseguida por cada bando militante, la pasión de la velocidad, una especie de frenesí bélico les posee en conjunto, cual si les enardeciera la prisa de llegar sin saber adonde ni para qué... El sedimento salvaje de la rustiquería viene a la superficie en desahogos verbales y chispazos de cólera.

El amor propio se mezcla en el juego, e irrita los ánimos. *Los vencidos* se desfogan con insultos, y diríase que el pro o el contra de la carrera les supone a los unos la felicidad, a los otros la derrota insoportable.

Un impulso ardiente de beligerancia transforma a los mansos labradores en capitanes y marineros que *sienten* las impresiones profundas de una lucha en el piélago sin moverse de la tierra. Los buques imitados corren como si lo

fuesen de veras y oscilan como si rompiesen un furioso oleaje.

Arrancan los barcos-carretas al paso de los bueyes vivamente aguijoneados. No salen a la vez, sino cuando cada piloto lo determina, y el fallo de la apuesta dictase «a ojo de buen naviero», es decir, «una junta técnica» elegida por sufragio libre, resuelve y aclara los casos. Las dotaciones suelen enzarzarse en riñas, y en el desorden, como el diablillo alcohol anda de por medio, suele haber también violentos choques personales, garrotazos y descalabraduras.

Delante de los buques-carros va un mocetón que guía y azuza a las sufridas reses del tiro, harto reacias a correr, se comprende. El peligro es extremo para este azuzador alocado. Si cae, animales y carromatos lo aplastan.

Se producen, a veces, abusos de otro género más escabroso. Las mujeres chillan, los hombres vociferan, los chiquillos lloran y, en resumen, aquello recuerda el fragor de un campo de batalla.

Sobre los campos apacibles, dormidos en la paz del ambiente, han pasado furibundos como una profanación, Neptuno y Marte...

* * *

Estas azarosas pantomimas, ya poco representadas, son un número del programa de festejos patronales en las aldeas de Tenerife.

Procesión del santo local, luminarias y «carre-ras». Tras las andas de la gloriosa imagen marcha a paso grave, medido, imponente, «la librea», un pelotón de labriegos que visten extra-vagantes trajes de fantasía, una guardia devota cuyo aspecto resulta carnalesco en sumo grado. El capitán de tal tropa lleva inverosímiles adornos indumentarios, y camina militarmente con gran prosopopeya. Su cargo honorífico es hereditario, muy apetecible entre sus congéneres, y muy espectacular. Los suyos se lo envidian. Por lo general «ha estado en Cuba», y esta circunstancia acrece su predicamento. Durante el gracioso desfile, rasga los aires esta añeja copla, llena de celo y recelo:

Bien está San Pedro en Güimar,
y San Juan en Bajamar,
y San Mateo en la Punta;
cada Santo en su lugar...

«Suum cuique»... Nada más razonable.

PUNTA DEL HIDALGO

EL campo ha sido barrido por los vendavales del equinoccio, y ahora aparece sombrío y yerto después de la flagelación. Las cosas se quejan: hay una angustia en la naturaleza castigada por la tempestad. Pero es la serena hora en que todo se suaviza y se esfuma lentamente, disponiéndose al reposo nocturno. El cansancio provoca el sueño.

Estas montañas toman, a la puesta solar, un tinte carmináceo que se acentúa hasta el rojo en sus oquedades y anfractuosidades; efecto pictórico, pero subitáneo. Es como si un brochazo de púrpura corriera sobre las altas rocas, y al punto se borrara. El fausto decorativo del poniente encendido en llamas hace resplandecer las cumbres. El mar, en cambio, palidece y se pone

triste, con la tristeza inexpresable que lo sobrecoge al atardecer, cuando el sol «lo ha abandonado»... Blanquea sobre el monte el caserío humilde, entre los cilicios de los nopales, y alguna vivienda lanza en el crepúsculo la nota estridente de los colorines de su fachada, como el grito de una máscara ebria... Los puntanos, mitad labradores, mitad marineros, regresan a sus hogares con sus redes o sus instrumentos de labranza, tardos y melancólicos...

En un rincón se esconde, más que se muestra, la iglesuca con su campanario mocho y su cascada esquila que sólo suena una vez por semana convocando al rebaño de Cristo para la misa dominical. Si avanzamos un poco hacia la derecha, en una cortadura entre dos montañas, divisamos una «casa perdida», una de esas casas campesinas que nos parecen doblemente viejas en la soledad y el silencio. Está habitada, y creyérse que no lo está, de tal modo en ella la vida tiene semejanza con la muerte.

El Océano escupe su sal corrosiva sobre los sembrados próximos; las emanaciones salinas le dan acritud y aspereza a todo el paisaje, en que domina el verde feo y sucio de los cultivos de exportación, verde ingrato. Unos camellos traídos aquí para los menesteres agrícolas, me miran preocupados, severos, y «no me reconocen»... Al extremo de su largo cuello ondulante, su pequeña

cabeza se desmaya de hastío. Añoran, quizá, el desierto...

Esta zona agro-marítima me encanta por su carácter complejo, exótico... Lo debe a la barrera montañosa que la cierra, erizada de picachos agudos, agujas amenazantes, cascós, morretes, gibas monstruosas y fantásticas... Las cimas afectan formas singulares en que se disciernen contornos y perfiles vagamente humanos... Los Dos Hermanos llaman a una doble eminencia que evoca la imagen de dos gemelos unidos por el tronco, los rostros juntos, como si los aproximara el impulso añoroso de darse un beso... Y así los demás accidentes de la cadena abrupta...

La tierra cultivada se tiende hasta el extremo límite de la costa; el Atlántico la acaricia o la flagela, según su humor. En los días malos, le ladra como un can furioso y dijéramos que quiere devorarla. Luego se revuelve en su duro lecho, se retira a sus antros inviolables, hace retemblar los arcos rocallosos, los tunelillos y canalillos a cuyo través las aguas se deslizan y «se quedan» las espumas, coaguladas en vastos cuajarones turbios... Esta «marina» no es isleña. O lo es, pero desnaturalizada, «septentrionalizada» por elementos extraños a nuestras latitudes. También lo está el campo, desalitrado y fértil, abierto por el arado y aspersionado por la marea...

.

Y el mayor atractivo de la Punta se lo da el mar...

¡Thalasa! ¡Thalasa!

Largo rato he contemplado esta tarde el afán eterno de las olas. Tienen las olas una carrera muy breve; pero corren tanto que llegan a la playa fatigadas, despeinadas por la brisa juguetona, y mueren dulcemente, exhalando un débil gemido. ¿Por qué se apresuran, si saben que han de morir? ¡Ay! Así nos apresuramos nosotros, los pobrecitos hombres. Breve es nuestra carrera, cual la de las olas; pero tanto corremos que llegamos a la orilla de la eternidad rotos, deshechos, azotados por los vientos de nuestras pasiones, y morimos, no dulcemente, sino con agonía desgarradora, quejándonos de haber nacido. Y hasta el último momento nos acompañan, a nuestra derecha el Dolor, a nuestra izquierda el Desengaño, los dos sayones, los dos cómitres inexorables...

.

¡Thalasa! ¡Thalasa!

Cansado de recibir salpicaduras cenagosas de los torrentes y los pantanos, me vuelvo al mar, que si me salpica no me mancha; al mar, demasiado grande para no ser limpio y bueno; demasiado fuerte para no ser compasivo y generoso; demasiado sonoro para no oirme,

aunque oye sin cesar su propia voz estentórea; demasiado amigo del hombre para no pasar su oleaje sobre nuestras culpas, y lavarlas y perdonarlas...

* * *

Esta zona ha sufrido una gran transformación que la ha hecho feraz y productiva mediante un cambio beneficioso de las condiciones de la tierra. Esas condiciones, refractarias a la labor agrícola, se han rectificado en el espacio de unos cuantos lustros.

Y el prodigio es obra de un solo hombre a quien por delicadeza no puedo nombrar aquí, pues está muy cerca de mi corazón. El convencionalismo social impone tales reservas y, cuando queríamos hablar más libremente, nos obliga a callarnos. Pero no impide decir el milagro sin mencionar al santo que lo realizó, discreción pudibunda inútil para los que conocen el santo milagrero.

Eran terrenos casi eriales estos terrenos salitrosos, esterilizados por la «marecía». Las pocas fincas formadas en medio del páramo pedregoso, estaban abandonadas, como si sus dueños hubieran creído que sería en vano gastar dinero en ellas y que inevitablemente habrían de dárseles en tributo al mar... Llegó un día un hombre

de voluntad fuerte, de mirada certera y aguda, de grandes energías combativas, vió claras las posibilidades del futuro, un futuro próximo, y todo cambió bajo su impulso, bajo su dirección.

Las tierras fueron bonificadas y puestas en capacidad de producir; se cubrieron de la verdura de los cultivos y rindieron óptimos frutos. Surgieron plantaciones de caña dulce, plataneras, tomates, campos de patatas, cuadrados de leguminosas, donde antaño imperaban la aridez, el abandono y la «non curanza». Abriéronse caminos, hízose una carretera, aseguróse la comunicación de la zona con los centros consumidores y los puertos de embarque... Avenidas entre hileras de «tarajales», plantas que atraen y absorben el salitre, se extendieron desde la montaña hasta el océano. El agua, requerida con perseverancia y pericia, acudió para cumplir su sagrada misión fecundadora; los antiguos eriales florecieron. Por todos lados, era un renacimiento, un advenimiento vital bajo el conjuro de una varita mágica que obraba mutaciones nunca soñadas.

Se alzó la vasta fábrica de un trapiche, y las faenas de la molienda ocuparon a muchísimos comarcanos que anteriormente se morían de hambre, sin más recursos que los precarios e inciertos de la pesca, esclavos del mar. Enjambres de trabajadores animaron la campiña, otrora muerta, desolada como una necrópolis.

Todos tenían ya el pan seguro, el hogar resguardado contra las grandes penurias, el horizonte de la vida despejado. Huyó la miseria, cundió un bienestar tranquilo y risueño que abarcaba la comarca entera, rescatada de la servidumbre de las olas...

El luchador no se desalentaba ante los obstáculos, porque nació para batallar y vencer en estas briosas porfías. Arruinado el cultivo de la caña de azúcar, que acaparaba la actividad campesina, trazó otros planes, planteó otros negocios, y la prosperidad ambiente siguió su curso dentro de nuevos cauces. Alimentó el río de la exportación trasatlántica con una producción intensa, mantuvo el ritmo poderoso del trabajo fomentado por sus manos creadoras como un fuego salvador, reparo de los cuerpos, lumbre, alimento y paz de los hogares... Las labores de siembra y recogida emplearon un ejército afanoso donde hombres, mujeres y chiquillos se confundían en una especie de culto común y fraterno, ahuyentador del Hambre... Los almacenes de «empaquetado» emplearon a centenares de obreros, quizás redimidos así, quizás salvados de caer entre las redes de las tentaciones que arma la Miseria... Los camiones, los vehículos de transporte y acarreo, las bestias de labor, circulaban incesantemente. Parecía que hubiera caído una bendición sobre estos campos desde lo alto de los cielos...

Y todo, lo repito, es obra de un hombre que sigue su marcha sereno, infatigable, sin mirar atrás, con la vista siempre fija en un lejano punto luminoso; un hacedor de bien que, después de producirlo, lo siembra a manos llenas sin detenerse a arrancar la mala yerba brotada en su sendero, humana cizaña; un hombre, en fin, del cual no puedo decir lo que pienso ni lo que siento libremente, pero tampoco podía silenciar la maravilla de la tierra despertada y avivada al vuelo de sus pasos vencedores... El Hidalgo de la Punta del Hidalgo...

«LA LUCHA»

VUELVE a estar en auge la «lucha» canaria, una de las costumbres y ejercicios verdaderamente típicos de este país, que evoca ante nosotros, hombres físicamente degenerados, la visión de la atlética raza guanchesca, la cual debió, por esto mismo, ser inclinada a los deportes y aún a los abusos de la fuerza corporal. Los guanches fueron, sobre todo, gentes de buenos puños y de sólida, maciza, cuadrada envergadura. Cuando hoy contemplamos sus momias, conservadas en nuestros museos, muy bien mantenidas merced a un sistema de embalsamamiento maravilloso; cuando admiramos sus cráneos y sus osamentas hercúleas, reconocemos que la raza primitiva de Canarias tenía caracteres superiores en lo que atañe a la material conformación. Si aquellos aborígenes

poseían, además de un cuerpo titánico un cerebro lleno de luz, no cabe duda que pertenecían a un tipo humano selecto. Y los variados vestigios que dejaron en pos de sí, prueban que alcanzaron a vislumbrar algunos elementos de cultura y que desarrollaron no pocos progresos civiles y militares.

Si, por otra parte, estos nuestros actuales «luchadores» no son descendientes de los colosos guanchinescos, merecerían serlo en razón del vigor y el empuje que les permite pujar gallardamente en la moderna palestra. Son mocetones formidables, capaces de derribar a un buey a puñetazos, y capaces, también, de burlar con las estratagemas de la astucia las brutalidades de la fuerza.

Porque nuestra «lucha» es esto, que reproduce las eternas condiciones de las porfías sociales: habilidad contra violencia, ingenio contra bestialidad, cautela y mala intención contra acometividad impetuosa y bravía. Y por que es esto, interesa, y por que es esto, apasiona. Abunda en lances extraordinarios. En ocasiones un pigmeo brega afanosamente con un gigante, y éste cae derribado y vencido porque aquél, siéndole muy inferior en recursos físicos, le aventaja en coraje y audacia, en una cualidad que los del oficio designan con una palabra sola: «corazón». Las luchas más empeñadas, más movidas, más interesantes, resultan, como se

comprenderá, aquéllas que se realizan bajo tal desequilibrio aparente, resuelto en verdadera armonía. La «fuerza prima sobre el derecho», según la frase bismarckiana; pero no prevalece, por lo común, en nuestros juegos atléticos sobre las sorpresas del ingenio, las osadías del valor y las fogosidades del instinto defensivo.

* * *

Tiene el gran «sport» isleño su especial terminología, su jerga, su vocabulario, que constituyen la característica profesional, como en tauromaquia. Un torero, sin embargo, en nada se asemeja a un luchador; le es opuesto, contrario. El torero juega con el animal fiero y lo burla, pero desarrolla poco esfuerzo muscular; el luchador distiende sus músculos como tirantes cuerdas, al mismo tiempo que pone en tortura su magín para esquivar, en una «agarrada» cuerpo a cuerpo, golpes y sorpresas del contrincante. El torero suele ser en lo corpóreo un tipo mezquino, desmedrado, «pobre»; el luchador es, por la inversa, un bello ejemplar de raza, «rico» en energías físicas. El torero practica un arte complicado y pintoresco a fin de domeñar la animalidad ciega de su adversario, el toro; el luchador compite con un semejante, con otro hombre, procurando igualar condiciones en una

beligerancia noble y racional. Por último, la fiesta taurina es fiesta de sangre, y nuestra varonil fiesta canaria es gallarda competencia del poder humano sin resultados cruentos. El mayor deterioro de un «luchada» suele consistir en que un atleta caiga con poca fortuna y reciba un mal porrazo... La «lucha», bien organizada, ennoblecida, mantenida a la altura de sus prestigios tradicionales, es un ejercicio educador y fortalecedor que recuerda, aunque de lejos, la altiva dignidad de los Juegos Olímpicos resucitados en nuestra época. No es helénico precisamente el empaque de los campeones de nuestro palenque, ni en nuestro circo se respira la atmósfera de Atenas; pero hay cierto sentido «clásico» en estas duras y viriles contiendas que exaltan la personalidad, que consagran a menudo la victoria de la inteligencia sobre la fuerza bruta.

Se me replicará objetándome que igual triunfo, y aún mayor, se logra en las lidias taurinas. Cierto; el torero hace brillar la razón, el entendimiento y el arrojo humanos contra la bestia enardecida, a la cual reta y muchas veces vence; mas la partida resulta enormemente desproporcionada. El hombre no ha sido formado para luchar «por gusto» con la bestia, sino para luchar con su bestia propia, que dormita pero no muere. Hay algo que constituye una negación. Nuestro espectáculo nacional cede en beneficio de los ganaderos, no de la ganadería; ni menos

aún del pueblo español, que no se educa por tales medios, sino que se barbariza; ni, finalmente y muchos menos, de los lidiadores, que, para ganarse la vida, desafían sin gloria a la muerte y se restan al trabajo de los oficios y profesiones, donde podrían conquistar la honra individual y acrecer la general riqueza.

* * *

En resumen, yo voto en absoluto por la lucha isleña, aunque no me cuente entre sus apasionados partidarios. Apenas sé lo que es un «desvío», una «agachadilla», una «burra», un «cango»: sólo advierto y confirmo que los héroes de nuestra arena, aclamados por la multitud frenética, alzados sobre el pavés de los entusiasmos populares como triunfadores cívicos, como hijos beneméritos de la patria, representan el culto del hombre a sí mismo, a las cualidades que determinan su dominio sobre la naturaleza. La lucha canaria debería aprenderse en los gimnasios.

Hoy resurge después de un largo período en que se la tuvo olvidada por causas diversas.

Sus devotos la recordaban con ardiente simpatía, pero no pensaban en promover su restauración, y ha sido preciso rehabilitarla en parte; que se constituyera una falange de lucha-

dores jóvenes, formados por los viejos maestros, quienes han conseguido infundirles su fe militante, debilitada con los años, mas no muerta.

* * *

Las «luchas» forman hombres. La educación física desenvuelve la fuerza, cooperadora de la inteligencia, resorte supremo invocado por las sectas materialistas modernas para vencer en los pugilatos del «struggle for life». Sin aceptar esta exageración impía, reconozco que es indispensable vigorizar a los individuos y dar temple titánico a los pueblos. La vida es lucha—se ha repetido miles de veces—, y toda lucha tiene su aspecto físico.

Una nivelación plebeya confunde a todo el público en manifestaciones idénticas de regocijo o de descontento... Se grita, se pateo, se silba, se aplaude, se agitan manos y pies con un brío monstruoso, lo mismo que en las plazas de toros. La muchedumbre se torna soberana en el tumulto. El héroe triunfador y el atleta favorito suben a su pedestal, adoptando gestos imperiales. Las cabezas se doblan como espigas a un viento huracanado que viene de las profundidades de la historia.

La hercúlea Roma resucita.

EL JARDIN BOTÁNICO

ESCRIBO estas líneas desde la Orotava, adonde he venido a buscar paz y reposo, y la Naturaleza me los ha dado. Aquí todo está sereno; cuesta trabajo convencerse de que, allá lejos, los hombres, enfurecidos como bestias feroces, se acometen y se matan. Ningún sitio en el mundo cual este valle encantador para adormecerse en la dulzura melancólica de un ambiente «amigo», ninguno más propio para suavizar las hondas heridas del corazón. Apartado del tumulto ciudadano, entre la montaña que me dice «asciende», y el mar infinito que me dice «huye», las horas se van veloces, encantadas. Y el dolor lacerante baja el tono hasta el suspiro de la resignación, hasta el gemido apagado de la conformidad cristiana. Lloran conmigo dulce-

mente las cosas que me rodean. Manos invisibles me acarician.

Esto vine a buscar a la Orotava, y esto encontré desde luego.

* * *

Hay en la Orotava un Jardín Botánico de universal nombradía. Visitándolo pocas tardes ha, penetróme como nunca la sensación de calma, de olvido y de abandono que se experimenta en estos campos; que de ellos se exhala y se difunde, alma del paisaje... Imagináos lo que será ese vergel en una comarca tan privilegiada y tan bella, en una zona donde medran las plantas de todas las latitudes y las flores de todos los climas. El Botánico de la Orotava contiene un resúmen de la flora terráquea entera. Allí el pino del Norte no está nostálgico por la ausencia de la gallarda palmera del Sur; la siente vivir y palpitar a su lado, alarga su ramaje obscuro para besarla en un impulso de amor... Los dos colosos se tienden los brazos y se cuentan sus secretos. Suprimida la distancia, celebran sus bodas, y el famoso «lied» de Heine pierde su realidad poética, pero no su poesía.

Junto a los frutales del trópico se alzan erguidos, pomposos, recios, los árboles de las

tierras frías, el tilo, el roble, el castaño; el baobab cuchichea con la palma canariense, de figura elegantísima y belleza inspiradora, imagen de la mujer canaria; los cocoteros se inclinan ante los cactus erizados de espinas, agresivos y tristes como los beduinos del desierto; el ciprés calvo, «*taxodium distico*», árbol anfibio, susceptible de acomodarse en los dos elementos tierra y agua, se yergue muy cerca del mate del Paraguay («*ilex paraguayanus*»), un ejemplar de siete años y tres metros de altura, que se ha logrado milagrosamente contra la opinión de los técnicos, y la desconfianza de los empíricos; los ficus de especies diversas y los plátanos de alegre verdor, se confunden; las araucarias simétricas, monótonas, prosáicas, horribles, multiplican sin fin sus series de ramas paralelas, como andamiajes, a dos pasos de las acacias esbeltas y bonitas, con cierto aire de coquetería refinada que trasciende a bulevar parisién; los sauces se desmayan en brazos de los laureles que cantan gloria; los eucaliptus, hijos de Australia como tantos otros miembros de la vasta asamblea, reparten generosos su balsámico, salutífero aroma; las plantas rastreras, reptiles de la vegetación, se abrazan y trepan por los troncos centenarios, parecidos a columnas de catedrales. Y por ellos suben también ejércitos de hormigas, el azote del Valle, y en los ámbitos entonan los pajarillos sus saluciones a la noche próxima, y zumban las

avispas, y revolotean las mariposas, esas flores de la fauna...

Nada más peregrino: estoy en la selva de las selvas y en el jardín de los jardines. El mundo, tan cercano al mismo tiempo que tan remoto, se me esfuma completamente. Casi solo dentro del amplio recinto, envuelto ya en las sombras del crepúsculo, bañado por los últimos rayos solares, «invitado al sueño», mi fantasía emprende una carrera loca. No quiere dormir sino correr, no quiere descansar sino soñar. Transpórtase a los días genésicos, a la alborada radiante y pura de la Creación, sonrisa de Dios mirando su obra recién nacida en sus manos... Las plantas diurnas, plegan sus hojas y se duermen plácidamente; las que con la luz viven, idólatras del sol, se han muerto para resucitar mañana. Y yo me reconozco más despierto que nunca, mientras las rosas palidecen en la sombra.

Así, despierto, sueño con la fraternidad universal. Esos árboles, esas plantas, esas flores, hermanados, «reconciliados», me la simbolizan y me la materializan. El Botánico de la Orotava antójaseme un templo en que se practica la religión de las religiones, el verdadero Templo de la Paz.

EL DOMINGO EN EL CAMPO

CUAL es el misterio de esa melancolía reconcentrada que nos invade durante las eternas horas de un día festivo en el campo? En la ciudad la tristeza del domingo se comprende bien; cesa el trabajo y, al debilitarse el ritmo vital, nos oprime el recordatorio de la muerte. El vaivén de los días laborables, la prisa con que andan las gentes, la preocupación de los negocios, el vértigo de la vida ocupada y regulada nos mantienen demasiado atentos, demasiado despiertos. La fiebre de la actividad ciudadana adormece nuestra imaginación o la hace esclava del trafagar afanoso de los demás. Aunque permanezcamos inactivos, nos penetra y subyuga el anhelo de los hombres, nuestros hermanos laboriosos. La idea del fin, próximo e inevitable para todos los

seres, se disuelve en el tumulto de lo material y prosáico. Por eso, cuando el día festivo baja sensiblemente el diapasón de la vida ordinaria, cuando viene la tregua religiosa que profana el ansia del placer y del olvido, caemos bajo el imperio de las meditaciones trascendentales. Y la muerte surge como un fantasma amenazador en nuestra conciencia.

Ningún festejo dominguero, ningún espectáculo, ahuyenta a la Enemiga. El domingo nos hace la presentación de la muerte, y en el reposo agitado del séptimo día, nos asalta el miedo del más allá negro y terrible. Yo, por mi parte, nunca he podido atravesar ese desierto falsamente alegre, sin sentir la sacudida del horror trágico que infunde la amenaza de la consumación.

Pero en el campo, donde apenas se nota la caída del tiempo, el paso del día de labor al día de fiesta, donde un domingo es una jornada más, triste, lenta y fatigosa, ¿por qué nos amargamos y ensombrecemos cuando llega el domingo?

Casi todo está como estaba la vispera. No hay apenas otro cambio sino el del traje de los campesinos, que pasan endomingados, desocupados. Cantan, beben, juegan o bailan, en vez de trabajar. Se ha debilitado poquísimo el ritmo de la vida rústica, y sin embargo, el observador ocioso, el espectador tranquilo y extraño, experimenta una depresión mucho más fuerte que en las ciudades.

La muerte se le aproxima más. ¿Cómo explicar este contrasentido? ¿Cómo discernir las causas de este contraste?

Acaso sea que en los campos el domingo sólo aumenta el sentimiento de la soledad y el abandono, mientras que en las poblaciones el domingo disminuye el peso de la acción y de la sobrecarga mental. Desde lo primero hay menos distancia a la muerte, que no desde lo segundo.

El domingo campesino se encuentra dominado por la sombra del cementerio. El domingo ciudadano es un descanso en la brega aturdidora de vivir...

LA ESCLAVITUD ETERNA

EL campo reposa a principios de Agosto, como fatigado de un exceso de fecundidad que se patentiza por donde quiera en los secos rastrojos y en el trajín de las faenas que hacen competir la labor de los hombres con la de los animales. Un constante acarreo conmueve la campiña. Sobre las eras se amontona el heno, la alegría bucólica de las *descamisadas* evoca cuadros pastorales de los viejos poetas, y en las viñas penden los racimos báquicos, semejando las uvas grandes perlas negras, transparentes, prometedoras...

El calor diríase que desorganiza todas las cosas; el aliento abrasado de la caucula detiene la expansión vital y provoca gestos de cansancio hasta en los árboles, que tienen aspecto de

enfermos y vencidos... Todo se queja sordamente, como de la intensidad atroz de un supervivir... La canción del agua es más alta, porque el agua no se entretiene a jugar entre las guijas o entre las plantas verdes y jugosas de las orillas de las corrientes, sino que huye también; huye con prisa de llegar a un remanso y en él dormirse. Hay en la naturaleza tendencia invencible al sueño, y cada crepúsculo es un despertar lento y penoso. Entre las sombras se restablece la vida normal, sumamente plácida por el contraste con los espasmos y sobreexcitaciones del día; parecida a una convalecencia...

Ha pasado el *levante*, al modo que pasa el *sirocco*, que pasa el *simoun*... Rastros de quemazón señalan su paso, y atestiguan su poder las yerbas místicas, las flores muertas, los frutos malogrados... Están los campos cual si les hubieran puesto *candela*, cual si hubiera corrido sobre ellos una tremenda legión de caballos de Atila...

No hay voces que animen la campiña ardiente y muda, mortífera en el colmo de su exuberancia. Muchos pajarillos han caído asfixiados; muchos raudales que discurrían gozosos y parleros se han escondido no se sabe donde, buscando la frescura protectora de los senos de la tierra.

Este silencio produce una impresión trágica de congoja. Ha cesado la música natural. No

hay voces. Sólo una voz persiste y se mantiene elevada, doblemente sonora, en medio del bochorno: la voz humana, la voz del hombre, siervo del trabajo que, bajo el sol implacable, sube cargada de amargura y de sufrimiento como una lamentación de la esclavitud eterna...

Y nunca es más acerba la esclavitud que cuando la naturaleza, extremando sus rigores, se convierte en cómitre despiadado de aquéllos que amándola y cultivándola viven...

INDICE

	<u>Págs.</u>
Dos palabras al lector	7
A Tenerife	13
Prólogo	15
Dos palabras	23
I Introito	27
II El doctor Chil	31
III Arboles	37
IV El Certámen	41
V Tacoronte	43
VI La Matanza	47
VII Puesta de sol	51
VIII El Taoro	55
IX La Laguna	59
X Agua-García	63
XI Hacia la selva obscura	67
XII En la selva obscura	71
XIII La «Maga»	75
XIV Alfombras de flores	79
XV En el Valle	83

	<u>Págs.</u>
xvi En nombre de la libertad	87
xvii Impresiones	91
xviii Mayo	95
xix Las bodas de Camacho	99
xx Las bodas de Camacho	103
xxi Buen camino	107
xxii Llamamiento	111
xxiii Una excursión	115
xxiv En el campo	119
xxv Juegos Florales	121
xxvi El puente destruido	131
xxvii La Villa-Chasseriau	133
xxviii San Diego del Monte	137
xxix El Instituto	143
xxx Los obreros	147
xxxi Santa Cruz.	151
xxxii Salón «Frégoli»	159
xxxiii Samburgo, o el hombre misterioso	163
xxxiv Gloria in excelsis	167
xxxv Vista de conjunto	173
xxxvi La Laguna pide un poeta	179
xxxvii Las Mercedes	183
xxxviii La zona incontaminada	189
xxxix El poeta Zerolo	193
xl La del alba sería.	197
xli Vamos a Gracia	201
xlII La obsesión del «cuplé»	205
xlIII El palacio de Nava	209

	<u>Págs.</u>
XLIV	Invitatorio 215
XLV	Los molinos de la Orotava 217
XLVI	Un modelo 221
XLVII	Robinson y Don Quijote. 225
XLVIII	Icod de los vinos 231
XLIX	Carreras de barcos 235
L	Punta del Hidalgo 239
LI	«La Lucha» 247
LII	El Jardín Botánico 253
LIII	El domingo en el campo 257
LIV	La esclavitud eterna 261

FE DE ERRATAS

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
62	3	describiría	descubriría
112	7	auto de fe	acto de fe
193	11	habían	había